

# Las memorias de lord Byron

Robert Nye

## CONTRAPORTADA

Poeta maldito y extravagante, prototipo del héroe romántico por excelencia, lord Byron fue calificado de loco, malo y peligroso por todas sus amantes y por los críticos literarios. Fruto de muchos años de investigación, esta novela sitúa a Byron en su justo lugar entre los poetas ingleses y restituye la lucidez y la humanidad de un hombre que quiso ante todo ser fiel a sus sentimientos más allá del puritanismo de la sociedad inglesa de la época.

Robert Nye nació en Londres en 1939. Dedicado desde su juventud a la poesía, ha colaborado como crítico en revistas y periódicos, y sus reseñas se publican regularmente en *The Times* y *The Guardián*. Junto a ésta, sus novelas *Falstaff*, *Merlin*, *Faust* y *The voyage of Destiny*, demuestran su maestría en el género de la novela histórica. Actualmente reside en Irlanda con su mujer y sus dos hijos.

SALVAT

Diseño de cubierta: Ferran Cartes/Montse Plass

Traducción: Antonio Desmots

Traducción cedida por Editorial Edhasa

Título original: *The Memoirs of Lord Byron*

© 1994 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)

© 1989 Robert Nye

© 1991 Antonio Desmots (De la traducción)

© 1991 Edhasa

ISBN: 84-345-9042-5 (Obra completa)

ISBN: 84-345-9058-1 (Volumen 16)

Depósito Legal: B-35449-1994

Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona

Impreso por CAYFOSA. Noviembre 1994

Printed in Spain-Impreso en España

*Yo les pediría a los cielos ser tan de barro  
como soy de sangre, carne, tuétanos, pasión y sentimiento,  
para que así por fin el pasado fuera definitivamente pasado,  
y en el futuro... (pero estoy escribiendo este pliego  
después de haber bebido todo el día demasiado,  
de manera que tengo la sensación de estar en el techo).  
Pero el futuro, como digo, es una muy seria cosa,  
así que, ¡por el amor de Dios, vino del Rin con gaseosa!*

## Capítulo I

### *Pierdo parte de mi virginidad*

Mis pasiones se desarrollaron muy pronto, tan pronto que muy pocos me creerán ahora que voy a datar la época y a narrar los hechos. No obstante, yo, George Gordon, sexto lord Byron, soy un hombre sencillo y mi estilo es el de comenzar por el principio, que es lo que sigue.

Mi padre murió cuando yo tenía tres años, nombrándome en su testamento heredero único de sus bienes inmuebles y personales. Para entonces había saqueado y derrochado a su antojo la parca fortuna de mi madre, y la pequeña herencia de otra esposa anterior, de manera que sólo me legó deudas y los gastos del funeral. No es mi parecer que mi padre amase a mi madre en exceso, pues en el momento de su fallecimiento había escapado de sus acreedores yéndose a Francia, donde su hermana tenía una casa en Valenciennes, mientras su esposa y su único hijo sobrevivían con apuros en unas habitaciones amuebladas de Aberdeen. En una ocasión oí decir a mi tía que, según mi padre, mi madre era muy simpática de lejos, pero que él desafiaba a cualquiera de los apóstoles a convivir con ella un par de meses. Esa misma tía me contó que lo único que recordaba haberle oído decir sobre mí era que jamás llegaría a andar, dado que tenía un pie deforme. En todo esto, mi padre tenía razón con respecto a mi madre, pero se equivocaba con respecto a mí. Es cierto que soy *patihendido*, lo que significa que tengo una pequeña deformidad en el pie derecho, cuyos dedos están vueltos hacia dentro, debido, creo yo, a la conducta de mi madre cuando me estaba trayendo a este mundo, puesto que su mojigatería le hizo rechazar la necesaria asistencia médica. También es cierto que toda mi vida he tenido que usar un zapato especial como consecuencia de lo anterior, luego de que fracasaran los tirantes de hierro y la cera caliente. Pero corría antes de aprender a andar, y ahora, cojeando, me muevo más deprisa que muchos. ¿Seré acaso *Le Diable Boiteux*?, pues, que se sepa, ningún ángel ha tropezado con una estrella, a no ser la encarnación del mismísimo demonio. De todas maneras, resulta tedioso ir por la vida andando al lado de uno de los propios pies, y cuento con que en mi siguiente existencia, a modo de compensación, dispondré de dos pies, si no de cuatro. Cabe también la posibilidad, si el cristianismo está en lo cierto y nuestros despojos resucitan, de que tenga dos pies decentes cuando suene la trompeta, y en eso confío, pues, si no, me quedaré muy retrasado cuando se agolpe la gente camino del paraíso. Sin embargo, qué reconfortante es ser un tarado. Cuando un miembro se debilita, siempre hay otro que lo compensa. Como dijo la reina de las amazonas: «Los lisiados son los que mejor follan». (También se me da bastante bien estar de pie sin moverme.)

No era yo tan joven cuando falleció mi padre como para no acordarme perfectamente de él y sentir un muy precoz horror por el matrimonio de resultas de haber presenciado las riñas familiares. De todos modos, he de admitir que mi madre, cuando perdió la felicidad conyugal sin ninguna perspectiva de recuperarla, parecía echar algo en falta. La muerte de mi padre dejó a la triste criatura en un estado inconsolable. Después de haber llorado y sollozado, recorriendo arriba y abajo la mayor parte de las calles de la granítica Aberdeen, aquella indómita viuda de provincias volcó en mí, sin más ni más, su amor y su odio. No es que fuera mala mujer la viuda de mi pródigo padre, pero no era una buena madre. En realidad, no me parece excesivo admitir, ahora que ella ha muerto, que mi madre estaba, casi con absoluta seguridad, loca; afirmar que estaba en su sano juicio equivaldría a condenarla por criminal. (Debe señalarse que esta descendiente en línea zigzagueante de Jacobo I murió de un ataque de apoplejía que le sobrevino mientras leía una factura del tapicero.) Durante todos mis felices días infantiles de jugar al ratón y al gato, no paró de besarme y abofetearme, una cosa detrás

de la otra. A veces me mimaba con un cariño enfermizo. Yo no acertaba a saber qué era peor, y sigo sin saberlo. Ella me dio el ser, por supuesto, pero yo nunca se lo pedí, además de que todos los grandes filósofos están de acuerdo en que es preferible no haber nacido. En cuanto a su presencia física, mi madre era pequeña y rolliza, estaba dotada de una gran nariz que metía en todas partes y tenía los colores demasiado subidos. Poseía el don, bastante apreciable, de vestir con un estilo que combinaba lo andrajoso con lo chillón. Amando u odiando, embutida en sus corsés o sin ellos, vivió toda su vida a base de estallidos huracanados, por lo menos en lo que a mí tocó. A menudo, cuando ella estaba en plena ventolera, yo deseaba que me tragara un terremoto, con tal de que se hundiera conmigo mi elocuente madre. Me atacaba con atizadores y tenazas y, cuando le fallaban estas armas, con caricias. Su ternura maternal más memorable consistía en llamarme su *mocoso tullido* o su *Calibán*. ¡Que la paz sea con ella! Sólo mencionaré un incidente para demostrar cuán singular era el afecto que reinaba entre nosotros. Un atardecer en que, movida por un ataque de frenesí, había revuelto las cenizas de mi padre y lo había injuriado, después de decir (arrastrando la «r» hasta hacerla sonar como un estertor agónico) que yo también me convertiría en un auténtico *Byrrone*, que era el peor de todos los epítetos que supo inventar, me fijé en que me estaba mirando con tan suma delicadeza por encima de un pastel de carne de venado, que luego me escapé de la casa y corrí a la del farmacéutico para preguntarle si mi madre había estado allí comprando veneno. «No», dijo el boticario con una sonrisa. «¿Por qué se ríe usted entonces?», le pregunté yo. «Porque», dijo el boticario, «la señora Byron ha pasado por aquí hace diez minutos y me ha hecho la misma pregunta.»

Cuando tenía nueve años, mi muy mansa mamá me puso en manos de una joven institutriz escocesa, una devota calvinista llamada May Gray. (No hay que confiar nunca en las mujeres cuyos nombres tienen rimas internas.) Esta institutriz me llevó a pasar el verano con ella en el valle del Dee, en una casa de campo no muy apartada de Abergeldie. Era la primera vez que veía yo nuestros Alpes septentrionales y pronto me entusiasmé con los despeñaderos y las cataratas, sobre todo con el pico de águila de Loch-na-garr, cuya cumbre, asiento de nieves perpetuas, sobresalía a veces por encima de las nubes. Me costaba moverme, pero vagabundeaba a mis anchas, sosegado e inspirado por la grandiosidad del paisaje. Ejercité el cuerpo y di satisfacciones al espíritu, tambaleándome al borde de los precipicios, deleitándome en sumar el gemido de mi carácter a la voz del universo. A la señorita Gray debo mi amor por las montañas, mis conocimientos sobre las Escrituras, y la inoculación de un exceso de calvinismo, tanto para tener fe en el cristianismo como para no tenerla. A la señorita Gray debo, asimismo, la precoz aparición de mis pasiones sexuales. Aquella jovencita sentía un especial placer en leerme la Biblia por la mañana, en pegarme por la tarde hasta que las carnes me palpitaban y me dolían los huesecitos, y en meterse luego desnuda en mi cama durante la noche a jugar con mi cuerpo. Sin duda, al principio sólo pretendía estrujarme el pene con apretones puramente platónicos, pero pronto aquello se convirtió en otra cosa. Además, ni siquiera a los nueve años tenía yo nada de platónico. Físicamente, la señorita Gray era pálida, alta y delgada. (Aborrezco a las mujeres rechonchas.) También era encantadora y casta, y tenía veintitrés años. Cuando digo encantadora quiero decir que tenía los dedos muy largos. Cuando digo casta quiero decir que a *mí* nunca se me permitía tocarla a *ella*. ¡Pobrecita! En cuestión de sensibilidad, yo era presto como la Medea de Ovidio. En cuanto a la señorita Gray, cantaba para sí misma mientras jugaba o me susurraba al oído palabras estimulantes en escocés. Las palabras de estímulo, yo ni las entendía ni las necesitaba. A decir verdad, no encontraba desagradables los juegos de mi institutriz en mi cama y no conté nada sobre ellos a mi madre por entonces.

Ahora me resulta evidente que debo muchísimo a aquel súcubo religioso y desenfrenado, y no todo para mal. Su dominio erótico sobre mí duró alrededor de dos años. En cuanto a las lecturas de la Biblia, me disgustaba el Nuevo Testamento pero disfrutaba bastante con el Antiguo, sobre todo con el Salmo 93 y con la historia de Caín y Abel. Cuando consideré que había aprendido lo suficiente de las sabias manos de la señorita Gray,

aproveché una oportunidad para mencionar sus lecciones extraescolares al abogado de nuestra familia, el señor John Hanson. Él llamaba a mi madre la respetable viuda. La predestinada ordeñadora fue puesta de patitas en la calle.

Tal vez sea ésta una de las razones que dieron a la precoz melancolía de mis pensamientos esta precocidad en la vida. Después de todo, mis primeros poemas son los pensamientos de alguien con al menos diez años más de los que yo tenía al escribirlos; no me refiero a su solidez sino a las experiencias a que remiten. Los dos primeros cantos de *Childe Harold* los acabé cuando tenía veintidós años y parecen escritos por un hombre de más edad de la que probablemente tendré yo nunca.

Inicio estas *Memorias* a mitad de mi trigésimo año de camino hacia el infierno, aquí, en el mejor paradero que he conocido hasta ahora, el Palazzo Mocenigo de Venecia, el viernes trece de julio de 1818, recuperándome de unas purgaciones y sin nada peor que hacer. En cuanto a la razón última de que escriba, en tiempos se debió a tener la cabeza y el corazón llenos de cosas que necesitaba sacar al exterior, pero ahora se trata únicamente de eludir la indolencia; aunque en un país cálido la indolencia bien puede ser un placer.

## Capítulo II

### *Pierdo otro poco más de mi virginidad*

Acabo de presenciar desde mi balcón una aventurilla en medio del ir y venir del Gran Canal. Tendido en una góndola había un joven envuelto en una capa amarilla y arrastrando una mano por las cenagosas aguas verdes. Ha permanecido así durante una hora, sin gondolero que lo condujera, dorándose al sol de la mañana como un lagarto mareado. Encima, en el puente, una docena de niños se gruñían, se escupían y se tiraban conchas y naranjas unos a otros, enzarzados en una contienda mutuamente destructiva. Luego, uno de los niños se ha caído de cabeza al agua. Ninguno de sus enemigos ni de sus compañeros le ha hecho el menor caso. Ni tampoco el hombre de la capa amarilla. Pero mi pequeña hija bastarda Allegra, que estaba asomada a otra ventana del palazzo, ha visto al chico revolviéndose y se ha puesto a dar voces, pensando que seguramente se ahogaría, aunque la mayor parte de estos golfillos son verdaderas ratas de agua y se encuentran tan a sus anchas en el agua como en los puentes o en las callejas. Los gritos de Allegra han provocado gran excitación entre mis perros, así como entre los pájaros y los monos, y al cabo de un momento toda la casa era una barahúnda; las propias ventanas temblaban y trepidaban con el estrépito, y la voz estridente de Margarita se imponía por encima de todo, hasta que mi gondolero ha bajado las escaleras para pescar al desdichado niño con un bichero. Allegra quería que yo lo retuviera para ella, pero le he dicho que su madre lo echaría de menos. El chico ha escapado a todo correr y echando maldiciones, santiguándose con una mano mientras se agarraba los cojones con la otra para darse suerte, convencido de que el milord inglés era el demonio. (Nota: Tengo que explicar el lugar que ocupa Margarita dentro de mi familia antes de acabar este capítulo, pero esta mañana todavía ni yo me he acostumbrado a su presencia.) A lo largo de toda esta aventura, el joven de la capa amarilla no ha dado la menor señal de enterarse de nada. Cuando he vuelto a encerrar a Allegra con su niñera y me he llevado estas hojas al balcón para continuar escribiendo mi historia al aire libre, el lagarto seguía tumbado de espaldas en el mismo sitio, dentro de la góndola pintada de azul, ahora con la cara medio enterrada en un melón. Así es Venecia. Me gusta este lugar. Me va.

Nunca pude decir de Aberdeen que me gustara ni la mitad. Cuando tenía cinco años, mi madre me envió a una escuela de párvulos que dirigía un tal señor Bowers en aquella desabrida ciudad. El precio era de sólo cinco chelines al trimestre. La calidad de las enseñanzas del señor Bowers puede valorarse más o menos por sus honorarios, de modo que durante el tiempo que asistí a su escuela aprendí bien poco que no fuera a repetir de carrerilla la primera lección de una cartilla de lectura: «Dios creó al hombre: nosotros le debemos amor». Cuando en casa se me exigió demostrar que sabía leer, repetí estas palabras con gran rapidez y buena labia; pero en cuanto mi madre se cansó de aquel cotorreo y me pasó la página, continué repitiendo las mismas, con lo cual se descubrieron los estrechos límites de mi aprendizaje y me gané unos tirones de orejas (lo cual fue injusto, dado que las pocas letras que había aprendido me entraron por las orejas). El señor Bowers, según recuerdo, era famoso por su pulcritud. Su forma favorita de hacer ejercicio consistía en restregar el nabo contra el cogote de los alumnos mientras se inclinaba sobre nosotros, que estábamos obedientemente sentados en nuestros pupitres. Lo hacía a través de los pantalones de nanquín, de manera que nunca sabíamos exactamente de qué quejarnos. Volviendo a sus enseñanzas, yo aprendí muy pronto que en la segunda página de la cartilla aparecían las palabras: «Dios hizo a Satán y Satán pecó». Pensé entonces que era muy cierto, como sigo pensándolo ahora. En aquel

colegio se me conocía como el retorcido diablillo de la señora Byron, debido en buena parte al pie malo.

Luego se sucedió una corta lista de preceptores particulares, todos los cuales sacaron de su empleo buenos ratos con mi madre, pero se las siguieron arreglando igualmente para perjudicarme en alguna medida. El primero de ellos fue un pequeño clérigo, inteligente y muy devoto, llamado Ross, bajo cuya tutela comencé a sentir un vehemente interés por la historia, materia que se convirtió en algo así como una pasión, sobre todo cuando llegamos a las listas de buques, capitanes y reyes reinantes. Recuerdo también que el reverendo señor Ross inició a mi madre en los severos deleites de una determinada iglesia de Aberdeen donde los sermones abundaban en el fuego del infierno aún más de lo acostumbrado. Ella me llevaba a rastras a escucharlos y a aterrorizarme en consecuencia, hasta que llegó un domingo en que, estando sentado a su lado en el banco de la iglesia, me las ingenié para arrancarle el agujón del sombrero y clavarlo en su brazo rollizo en un momento crucial del sermón, con lo que su chillido puso el idóneo signo de exclamación a las promesas del predicador sobre el sino que aguardaba a los condenados. Mi siguiente preceptor, también presbiteriano, se llamaba Paterson, un joven mortalmente serio y taciturno, pero amable, con un forúnculo detrás de la oreja izquierda y una gran afición a olisquear los zapatos de mi madre, cosa que yo descubrí por casualidad una tarde en que abrí la puerta del armario de las escobas y lo encontré muy ocupado, con su instrumento en una mano y la nariz metida en una bota de montar. Por supuesto, cogí una lata de betún e hice como si no me hubiera dado cuenta de nada. El hombre era hijo de zapatero y se hurgaba la melancólica nariz lo mismo que el forúnculo, pero era tan erudito como decidido fetichista de los pies, lo cual es normal entre los escoceses. Con Paterson me inicié en el latín y en la historia de Roma, la cual encontraba adorable, en especial los sucios amores de los dioses y las diosas, y con él seguí hasta entrar en la escuela elemental de Aberdeen, que tenía el techo de brezo sostenido sobre un enrejado y en la que, durante el invierno, quemábamos turba para calentarnos. Bajo aquel techo fui pasando por sucesivas clases hasta alcanzar la de cuarto grado, momento en que me reclamaron en Inglaterra (que era donde me habían empollado) a raíz del fallecimiento de mi tío abuelo, el quinto lord Byron. Este crítico acontecimiento ocurrió cuando yo tenía diez años.

En conjunto, no tengo más remedio que pensar que fue una desgracia solapada el que llegase a acceder al título familiar. Yo no formaba parte de la línea sucesoria directa, como ya explicaré. La gran impresión que me causó el accidental esplendor que súbitamente recayó sobre mí ha contribuido de alguna manera a pervertir y descarriar mi carácter. Quizá desde que me convertí en el infante heredero tuve una excesiva conciencia de mi mucha importancia. Una dama amiga de mi madre, queriendo hacer un cumplido, comentó en cierta ocasión con una pasta de pasas en la mano: «Algún día tendremos la satisfacción de leer tus discursos en la Cámara de los Comunes, Georgie». «La verdad es que espero que no», repliqué. «Si lee usted algún discurso mío, habrá sido pronunciado en la Cámara de los Lores.» Tenía nueve años cuando lo dije y era el heredero de mi tío abuelo William, el quinto y perverso lord, desde los seis años, desde que en 1794 su hijo y primo mío cayó en Córcega durante el sitio de Calvi, en el que Nelson perdió un ojo.

Ahora se había hecho realidad el milagro tanto tiempo esperado. Como decía mi madre con su acento hiperbóreo, yo era *un lor' a la fin*. No cabe la menor duda que a ella le hizo una incomparable ilusión, luego de sus años de guerra civil con los carniceros, panaderos y fabricantes de velas de Aberdeen. Recuerdo que me hizo reparar en que uno de los privilegios más nobles de ser *lor'* era que los *lors* no podían ser encarcelados por deudas. Por mi parte, la gran metamorfosis, debo confesarlo, tuvo algo de decepcionante. Yo contaba con que aquello mejoraría mi alma, y ni siquiera hizo nada por mi aparato digestivo. Recuerdo que cuando me dieron la noticia eché a correr hasta ponerme delante de un espejo y le pregunté a mi madre si me veía distinto ahora que me había convertido en *lord* Byron, porque yo no encontraba ninguna diferencia. A la mañana siguiente, cuando por primera vez se pronunció



mi nombre con el glorioso aditamento de *Dominus*, no me salió la voz con el preceptivo *Adsum* y, después de un corto y embarazoso intervalo de silencio, me eché a llorar. Estas cosas son excusables en un niño, pero hay cosas menos excusables en mi vida debido a las cuales pienso que hubiera tenido mayores posibilidades de llegar a ser un caballero si nunca hubiese sido lord. El egoísmo hace muy fácilmente buenas migas con el rango reconocido. Mi aristocracia es sumamente feroz.

El siguiente colegio, al que me enviaron interno entre los diez y los trece años, fue el del doctor Glennie, en Dulwich. Allí prosiguió mi mamá con su desafortunado interés por mi educación a base de sacarme cada poco tiempo, a veces durante semanas enteras, sintiéndose terriblemente ofendida por las naturales reconvenciones y protestas del director. Nunca se me olvidará el momento en que, estando en una ventana del desván con uno de mis condiscípulos de Dulwich, mientras ambos contemplábamos la figura familiar de una mujer que resoplaba y jadeaba en lo alto de la escalinata de la academia, alzando los brazos al aire, llamándome a voces y masticando frambuesas a dos carrillos, mi compañero se volvió hacia mí y me dijo con todo aplomo: «Byron, tu madre es boba». Aquello ya lo había descubierto yo por mi cuenta. «Lo sé», repliqué. Por fin, en abril de 1801, a la edad de trece años y por los pelos, ingresé en Harrow, gracias a que mi madre había recibido del rey una pensión de trescientas libras destinadas a mi educación.

Aproximadamente durante los tres primeros años odié Harrow, y no sólo porque la mayor parte de mis compañeros eran más ricos y porque algunos de los mayores, en distintas ocasiones, se divertían atormentándome por el sistema de meterme el pie torcido en cubos de agua caliente, colgarme encima de la llama de una bujía en el dormitorio para tostarme el culo, embadurnarme la verga con betún de calzado, o hacerme cosquillas con plumas de pavo real después del toque de silencio. Mi aprendizaje de las cosas de la vida con May Gray había sido muy eficiente hasta donde llegó. Pero ahora aprendí que había otros jueguecitos y otros vicios, ninguno de ellos demasiado de mi gusto, a decir verdad, aunque desde luego que sentía la natural curiosidad del escolar y siempre me maravillaba de cómo respondía mi instrumento, casi contra mi voluntad, cuando los chicos mayores me bajaban los pantalones y me metían mano, o bien cuando los tutores o los prefectos me azotaban las nalgas con los bastones por alguna transgresión auténtica o inventada que merecía semejante castigo. No obstante, nunca llegué hasta el final con ninguno de los chicos de Harrow, pequeños ni grandes, y el relato de mi primera experiencia sexual completa con alguien de mi mismo género habrá de quedar para otro capítulo. May Gray y similares al margen, debo admitir que llegué a Harrow poco preparado para los sobresaltos de la vida y con las marcas de mi anterior condición de provinciano bien patentes en toda mi persona. Aunque había hecho un buen acopio de conocimientos generales gracias a mi extenso pero nada sistemático hojear de libros, estaba lamentablemente retrasado en las artes y gracias escolares que ahora se me exigían, y contemplaba además con pesimismo que me hubieran colocado entre muchachos más jóvenes que yo. Yo diría que, en general, ninguna clase de vida en común con otras personas resulta agradable para alguien de mi temperamento, tan propenso a la soledad como las cimas de las grandes montañas o el pedo que se escapa por el sumidero. La disciplina del colegio le sentaba aún peor a mi carácter congénitamente libre. Sus placeres me resultaban enojosos; sus gustos y hábitos, casi repugnantes. Al menos tuve la suerte de librarme de la indignidad de estar entre compañeros más jóvenes, gracias a la consideración del director, el doctor Drury, el cual me prometió que de momento no se me clasificaría en ninguna clase, para que tuviese así la posibilidad de instruirme de un modo decente. Este bondadoso doctor fue, entre las personas con las que me relacioné en mis primeros años, uno de los pocos que se tomó alguna molestia por comprender mi temperamento curioso y díscolo, al tiempo que me trató con respeto. Es un placer recordar que mi viejo preceptor sólo me castigaba con guante de seda. Sigo viéndolo como a un padre, cuyas admoniciones recuerdo perfectamente, si bien demasiado tarde, cada vez que cometo un error, y cuyos consejos he seguido siempre que he hecho algo bien o sensato. Tenía grandes deseos el doctor Drury de que yo fuese orador. Mis

primeros versos en Harrow, una traducción del coro del *Prometeo* de Esquilo, los acogió con la pertinente falta de entusiasmo. Nadie tenía la menor idea en aquellos tiempos de que yo volcaría mi alma, y más que el alma, en la poesía.

Las amistades que tuve en Harrow fueron sumamente intensas, aunque, como en la mayor parte de los fervorosos apegos juveniles, el ardor excedió con mucho a la perdurabilidad. En suma, fueron sin lugar a dudas demasiado románticas para ser duraderas. Mis amistades escolares constituyeron auténticas pasiones (dado que yo siempre he sido violento), pero no creo que ninguna se haya prolongado hasta hoy (y, claro, alguna se ha visto interrumpida por la muerte). Mis principales amigos fueron Hunter, Harness, Curzon, Long y Tatersall; Clare, Dorset, Charles Gordon, De Bath, Claridge, con su cara marcada por la viruela, y John Wingfield fueron mis menores favoritos, a quienes mimé con indulgencia. Nunca me aproveché de ninguno de los menores puestos a mi servicio por el reglamento del colegio cuando me llegó el turno de coger las riendas y esgrimir el látigo. Esto, bien puedo alegrarlo, era un poco raro en una época y en un lugar donde todos los muchachos con buena apariencia (incluso «Dorothy» Claridge) tenían un apodo femenino y el chico que entregaba su persona a un enamorado de mayor edad era conocido sencillamente por la «puta» del otro. Las conversaciones en los dormitorios de Harrow eran de lo más groseras en mis tiempos (tal vez hayan cambiado en la actualidad, aunque no lo creo), y se presenciaban repulsivas escenas de onanismo, masturbación mutua y obscenas orgías de chicos desnudos que se metían juntos en las camas. Yo me mantenía apartado de todo esto, no por pudibundez sino debido a una natural repugnancia. Nunca he disfrutado o gustado del contacto físico con las personas de mi mismo sexo. Sin embargo, para un jovencuelo como yo, rebosante de los más apasionados sentimientos y que sólo en casa encontraba comprensión para las facetas más rudas de mi carácter, el pequeño mundo del colegio constituyó un respiradero para los afectos y sin duda los desencadenó con el máximo ardor. Consiguientemente, las amistades que contraí tanto en el colegio como en la universidad fueron, como digo, poco menos que pasiones.

Mi amigo más apreciado en Harrow fue, sin duda, John Fitzgibbon, segundo conde de Clare. Su padre había sido lord canciller de Irlanda, pero Clare heredó el título familiar el año antes de entrar en el colegio. Tenía once años; yo, por entonces, quince. ¡Clare! ¡Amigo de mi juventud! No puedo oír el nombre de «Clare» sin que el corazón se me dispare, incluso ahora, y así lo escribo aquí, con los sentimientos de 1803-1805 intactos *ad infinitum*. (Ni siquiera la mujer cuyo verdadero nombre es Jane Clairmont pudo pervertir para mí el sonido de esta palabra cuando cambió su nombre de pila por «Claire».) Mi amigo Clare, a diferencia de la Clairmont, no albergaba en sí la menor doblez. Todo lo contrario, aquel joven estaba envuelto en una especie de luz espiritual, era algo así como transparente. Recuerdo la primera vez que lo vi, en un aula, sentado de perfil a dos pupitres de distancia, escribiendo sobre Bizancio y con un aspecto que parecía mitad ángel y mitad esculpido en mantequilla clara. Con un rostro y un donaire como el suyo, claro está, era muy solicitado por los alumnos mayores. De manera que me convertí en su héroe y en su campeón, en quien lo protegía por igual de abusos y de bujarrones. Nadábamos juntos: ése fue nuestro único contacto físico, cuando a veces nuestros cuerpos se rozaban dentro del agua. Por lo demás, y debo afirmar con toda llaneza que no me arrepiento de esto, yo nunca le puse un dedo encima a Clare, ni él a mí. Nuestra amistad fue pura durante todo el tiempo que estuvimos en el colegio y, por lo tanto, lo más precioso para los dos. Recuerdo sin ningún embarazo que hablábamos mucho, como hacen todos los muchachos serios, del amor y de la muerte, de Dios y del sentido de la vida. Él me dijo una vez, estando sentados en la capilla: «Byron, tú eres un poeta». Esta observación me cautivó. Para entonces ya había escrito yo algunos versos, por motivos que desvelaré a su debido tiempo; pero no había ninguna posibilidad de que mi amigo Clare hubiera tenido noticia de ellos y, desde luego, yo aún no me pensaba a mí mismo en absoluto como poeta, y mucho menos propalaba ese título. «¿Por qué dices eso?», le pregunté. Él se echó a reír. «Porque llevas media hora hablándome sobre la verdad», dijo él, «y no he sido

capaz de entenderte una palabra!» No es exagerado decir que en aquel momento, sentado junto a mi amigo, bajo un haz de luz solar donde bailaban las motas de polvo, aprendí tres cosas: una sobre él y dos sobre mí. En lo relativo a Clare, comprendí que la belleza no excluye la banalidad o la ignorancia. En lo tocante a mí mismo, comprendí por primera vez que mi clarividencia respecto a Clare no me impedía seguir queriéndolo como amigo y, en segundo lugar, que deseaba sobre todas las cosas que su espontánea afirmación (*Byron, tú eres un poeta*) fuese cierta. En aquel instante, Clare se convirtió en mi hermano. Aún sin tener conciencia de la importancia de lo que había dicho -habiéndolo dicho, por lo que yo sé, de una forma más bien trivial-, algo en su interior acertó a *reconocer* algo en mi interior. Lo hubiera besado; pero, por supuesto, no lo besé. Más tarde escribí algunos versos sobre él, a imitación de Valerio Flaco, tiernos pero artificiosos, donde ya lamentaba la juventud perdida antes de haberla perdido. Clare me los devolvió, sonriente, pero sin hacer ningún comentario. Algunos años después, el día anterior a mi primera partida hacia Grecia, solicité su compañía y el conde prefirió salir de compras con su madre y sus hermanas. Pero considero que se trata de una mancha insignificante dentro de una hermosa amistad, y confío en no ser mal interpretado ahora por mis contemporáneos ni por ninguna posteridad dada al escándalo si declaro categóricamente que amo a Clare más que a ningún ser varón de este mundo, concediendo a la par que en este amor debe de haber bastante sentimentalismo fruto de la distancia y mucha nostalgia por los idealismos de mis días escolares.

Y si cumplí con mi cuota de amistades colegiales, amando con extrema ternura a mis amigos, desde Claridge hasta Clare, también cumplí con mi cuota de peleas colegiales, odiando también a mis legiones de enemigos con toda la furia que nace de la pasión. Las «zurras» disfrutaban de un reconocido prestigio en Harrow, donde la tradición siempre ha consistido en dejarlas que sigan su curso a no ser que la desigualdad sea excesivamente manifiesta, probablemente una sabia precaución que, en conjunto, procura mantener la paz tolerando los pequeños brotes de natural violencia. Yo tuve por lo menos siete peleas en total, de las que gané cinco, hice tablas en una y perdí otra. En el último caso, todo el mundo estaba contra mí y no se me concedió ni un segundo de reposo. Mi cojera, claro está, me perjudicaba en este tipo de ejercicio, sobre todo si el adversario se las arreglaba para mantenerme a distancia hasta cansarme. No obstante, puedo decir que eso no les resultaba fácil. Yo estaba siempre más predispuesto a dar un guantazo que a recibirlo. El hombre que es cojo tiene con los brazos la fuerza de una coza, y a menudo yo lograba deshacerme pronto de mis adversarios.

Mi carrera escolar, pues, fue tormentosa así como romántica. Nunca gocé de gran popularidad, no más de la que he tenido como hombre, aunque al final en Harrow yo *pesaba*. Sólo al final también, en el último año y medio que estuve allí, se me enraizó y ha perdurado en mi corazón ese amor por el colegio que, contra todo lo previsible, es tan especialmente fuerte durante toda la vida en la mayor parte de los muchachos que pasan por Harrow. (Escribí *enranció*, en lugar de *enraizó*, en la frase anterior y creo que quería decir ambas cosas, aunque después me he corregido.) En cuanto al asunto general de la violencia, siempre me han gustado las trifulcas y lo admito sin ambages. Las tuve terribles con Henry Drury, el hijo del director, en cuya casa me alojé en la última época, hasta el punto de que el admirable y bondadoso doctor casi se vio forzado a insistir en que me fuese antes de concluir el curso. Fuera del colegio, mis principales diversiones eran nadar y el críquet. Incluso me gané un puesto en el equipo de Harrow que jugó contra Eton el año de la batalla de Trafalgar, pero fui descalificado por once en el primer período y por siete en el segundo, y tuve que utilizar a otro chico para que corriera por mí, debido al pie malo. Me divirtió, no obstante, hacerlo mejor que el jugador inmediatamente anterior a mí en el orden de bateadores dado que se llamaba Shakespeare.

Mis horas más felices en Harrow, en las que todo se dice y se hace, fueron las pasadas en total soledad, en cierto paraje del cementerio adyacente al colegio, cerca de la vereda, en la cresta de las colinas que miran hacia Londres, donde hay una tumba de color gris, lisa y

pulida, bajo un olmo. Me gustaba descansar encima de esta tumba. Podía pasarme allí tendido horas y horas, a veces devorando libros de viajes y naufragios para mi placer personal, pero más a menudo sin pensar en nada en concreto, hasta que la losa se iba calentando por el contacto de mi espalda. Ahora no recuerdo el nombre de la persona que estaba allí enterrada. ¿Era Peachie o era Peachey?

Mi casa de aquí, en el Gran Canal, tiene nueva señora. La primera vez que la vi fue cabalgando junto al Brenta: una muchacha veneciana de grandes ojos negros (me entusiasman los ojos hermosos), con una cara como la de Faustina y la figura de Juno, alta y enérgica cual pitonisa, con el pelo moreno derramándose a la luz de la luna. Le pregunté cómo se llamaba y le propuse una cita. Me dijo que se llamaba Margarita Cogni y, casi a la vez, me hizo saber que estaba dispuesta a ser mi amante, puesto que está casada y todas las mujeres casadas de Venecia tienen amante si pueden. «¿Cómo es eso?», le pregunté yo, burlón. Por toda respuesta, mi gloriosa Zenobia se limitó a levantar la mano derecha y frotarse la yema del pulgar con la del índice. «Pero mi encantadora niña», protesté yo, «sois demasiado hermosa para pedir caridad.» Al oírme, se echó a reír, descubriendo una hermosísima dentadura y poniendo los brazos en jarras. «¿Eso piensa el milord?», dijo. «Pues si conocierais mi choza y mi comida no cometeríais la misma equivocación.» Hicimos el amor la primera vez en el suelo de una capilla en ruinas. Recuerdo que el lugar olía a moho y que el coño le sabía a anchoas. De todas las mujeres que he conocido, creo que esta Margarita es la más pantagruélica en cuanto a apetito sexual. La segunda vez que la monté, a la luz de las estrellas y entre los aullidos de los perros salvajes, ella se tomó la molestia de advertirme de que su marido era panadero por vocación y un hombre muy fiero. No me costaba trabajo creer que necesitaba serlo para complacerla. Margarita tiene veintidós años y no sabe leer ni escribir, pero es una de esas mujeres capaces de convertirse en cualquier cosa. Estoy convencido de que si le pusiera un puñal en las manos, lo clavaría allí donde yo le indicara, y en mí mismo, si la ofendiese. Los pezones se le ponen tan puntiagudos cuando se excitan que uno podría cortarse los labios con ellos; sus muslos son un arco de triunfo: tiene las piernas largas y bien modeladas; y la boca tan roja como el infierno. Me gusta esta especie de animal y estoy completamente seguro de que hubiese preferido a Medea antes que a cualquier otra mujer que haya existido. De todos modos, anoche, al desembarcar de mi góndola, encontré a esta soberbia criatura aguardándome en los escalones del palazzo. Le di unos dulces y burdeos, y ella me la chupó. Me comí un pastel de fresas y luego me la follé. Esta mañana se ha negado a regresar con el marido, el terrible panadero; dice que, en realidad es un *becco etico* (un cornudo tísico) en comparación con su nuevo dueño y señor.

### Capítulo III

*Heredo una gran  
cantidad de tocones*

Estoy aquí sentado a la luz de mis velas y contemplo la lluvia veraniega que se escurre por los cristales de la ventana. Falta hora y media para la medianoche. En la calle, los chulos estarán haciendo bailar y parpadear sus farolillos de colores en los portales de las casas de prostitución, en la otra orilla del Rialto, y las góndolas andarán descargando nuevas damas elegantes y caras para la consabida fiesta en casa de la condesa Benzoni o el consabido baile de la condesa Albrizzi. Éste es mi santo y abominable hogar espiritual, pero esta noche he elegido mantenerme alejado de allí, haciendo signos negros sobre la blancura de una hoja de papel en mi escritorio. Y en lugar de escribir sobre el paraíso *matto grosso*, de suaves fragancias y brazos abiertos, que es Venecia, he de escribir sobre la asquerosa isla de culo apretado donde nací..

Habiendo reunido en un capítulo, si no por coherencia sí por conveniencia, los recuerdos más o menos agradables de mis tiempos escolares, voy ahora a añadir unas cuantas pinceladas a esa historia y regresar al momento anteriormente mencionado en que, a los once años de mi bendita condena a muerte, me hicieron regresar del norte de la isla para tomar posesión de mis propiedades como sexto lord Byron. Imagínate la escena, querido lector, imagínate cómo el grupito, nervioso de contento, recorre el camino hasta avistar los dominios de la abadía de Newstead, en el condado de Nottingham, solar familiar de los Byron, en las inmediaciones del bosque de Sherwood, una hermosa y ventosa mañana otoñal de 1798. En el calesín, va a mi lado mi madre, con un sombrero color púrpura, y también el súcubo, la señorita May Gray, aferrando la Biblia entre las garras para que la proteja de los diabólicos ingleses. Mamá, tan incapaz como siempre de resistirse a una ocasión de hacer comedia, inquiere del barbudo rufián de la barrera de peaje de Newstead: «¿Qué hacienda será ésta?». «Es la de lord Byron, señora», dice el hombre, «pero él ha muerto hace poco.» «Ah, ya», dice mi madre, «pero ¿quién será el heredero de ese lorrdo Byrrone?» (Ella se toca el sombrero, pone en blanco los ojos y sonrío, reventando de risa.) «Bueno, señora», dice educadamente el respetable gnomo, «se cuenta que es un jovencito que vive en Aberdeen.» Después de lo cual, hay un repiqueteo de carcajadas «aniñadas» por parte de mi orgullosa y socarrona progenitora, mientras May Gray exclama «¡Aquí lo tenéis, Dios lo bendiga!», besándome babosa y sonoramente en la nariz y llevando la farsa hasta el habitual clímax, tan convincente. Bueno, ahora recuerdo todo esto sin demasiada vergüenza, sin vomitar ni contorsionarme. Éste fue, como bien puede apreciarse, uno de los pocos momentos felices e inocentes que vivimos juntos los tres.

Pero ¡qué pena y qué dolorr! (como hubiera dicho mi madre), aquel momento vino a resultar un engaño, como muy pronto tuvimos oportunidad de ver. La herencia del título apenas supuso un solo penique en dinero disponible, la hacienda estaba hipotecada y entrampada hasta los remates de las chimeneas. En las misantrópicas manos de carnicero de mi difunto tío abuelo William, Newstead (originalmente una casa de religiosos construida por el rey Enrique II para redimir su culpa por el asesinato de Thomas á Becket) había padecido mayores catástrofes que en cualquier otra época de su historia. Creo que no es exagerado afirmar que todo estaba en ruinas, desde los dormitorios hasta las bodegas de cerveza. Al ponerle por primera vez la vista encima a la casa de mis antepasados, tuve la sensación de que los cabellos se me retorcían encima de la cabeza como un manojo de serpientes. La suciedad y el desorden eran increíbles, con las buhardillas repletas de murciélagos y de botellas vacías, y

con romazas y cardos y el mortífero beleño floreciendo entre las tablas del entarimado de la despensa. Con todo, supongo que la hacienda hubiera dispuesto de más de mil hectáreas de tierra arbolada, de no haberle parecido idóneo a mi tío abuelo masacrar todos los árboles a fin de fastidiar a sus parientes. Debo decir que no creo que mi tío abuelo William fuera un ser inocente ni un fanático dedicado a matar árboles. Taló parte de los árboles para pagar sus deudas. Por desgracia, se deshizo de los árboles un poco antes de haberse deshecho de las deudas, de modo que yo no heredé mil hectáreas de terreno arbolado de primera calidad sino mil hectáreas de tocones podridos. De una u otra manera, sé seguro que mi tío abuelo William sentía odio por los árboles, especialmente por los olmos y los robles. Me es posible comprender su pasión, aunque yo no la comparta. (Los *narcisos* están más en el punto de mira de mis aborrecimientos, por culpa de Wordsworth.) En cuanto a la abadía, tenía en el tejado un agujero tan grande que cabía un caballo, los muros estaban forrados de hongos y en el gran vestíbulo las hojas muertas llegaban hasta las rodillas. Todo lo que sobrevivía de la capilla era una armazón de piedra envuelta en telarañas y coronada de hiedra rojiza. El paraje entero despedía un delicioso aroma a lombrices.

Ahora lamento no haber visto nunca a mi tío abuelo William, el quinto lord Byron. Debió de ser un villano, por lo que me dice mi corazón. He reunido muchas anécdotas sobre él. Siempre iba armado, con una pistola en cada bolsillo, y cenaba por las noches con los trabucos bien lustrados junto a los cubiertos. Construyó dos pequeños fortines en la orilla del lago que se extiende ante la abadía, desde donde se ocupaba de vigilar algo, a la manera del aún más admirable tío Toby de Tristram Shandy, con sus soldados, sus complicadas maniobras navales y sus acciones bélicas en miniatura, disparando contra docenas de barcos a escala con un par de cañones de juguete. Otras historias que he escuchado sobre él bien pueden haber sido distorsionadas por los años, pero no por eso son menos sintomáticas del gran esplendor tenebroso de su carácter. (El hombre es un animal raro, y de toda la humanidad, los tíos abuelos son los seres más raros.) Se dice que mató a su cochero de un tiro a raíz de un trivial descuido de sus órdenes (girar a la izquierda en lugar de hacerlo a la derecha) y luego hizo un fardo con el cadáver, lo montó en el coche donde refunfuñaba la esposa y, subiéndose al pescante, él mismo condujo a la espantosa pareja de vuelta a casa. Lo hermoso del hecho radica en que fue la esposa quien se quejó al torcer a la izquierda. No obstante, da toda la sensación de que aquella forma de curar el refunfuño, obligando a la refunfuñona a soportar en el coche la compañía del cadáver de un siniestro cochero, no funcionó, puesto que se cuenta que, más tarde, mi tío abuelo William intentó asesinar a la esposa en cuestión tirándola al estanque de Newstead. Nada tiene de sorprendente, pues, que la pobre dama charlatana sintiera necesidad de hacer sus maletas y abandonarlo. (Los Byron casados muy rara vez han vivido con su cónyuge hasta que la muerte los separa.) Pese a todo lo cual, yo no me creo que mi tío abuelo William intentase jamás tirar a su esposa al estanque de Newstead. El estanque de Newstead sólo tiene un metro de profundidad y no sirve para asesinar ni siquiera a una esposa muy bajita.

Durante la última década, mi tío abuelo William adoptó toda la estampa de un auténtico recluso. Algunos dicen que este apartamiento del mundo no era monástico, sino que se produjo como consecuencia de un duelo que tuvo contra uno de sus vecinos, el señor William («el Pestoso») Chaworth, de Annesley Hall. La pelea surgió debido a que los dos caballeros sostenían opiniones opuestas sobre el importante tema filosófico de cuál era el mejor modo de proteger la caza; se enzarzaron en una furiosa y abstrusa discusión sobre este asunto en el Notts Club Dinner, situado en la Taberna de la Estrella y la Jarretera, en Pall Mall. Al parecer fue el señor Chaworth, un bravucón y pendenciero habitual, el principal culpable de que la controversia derivase en duelo. Combatieron en una habitación cerrada, a la luz de una única bujía de sebo, sin padrinos ni otros testigos. El señor Chaworth hizo una finta, que entre las tinieblas probablemente supuso efectiva, pero la espada sólo se había enganchado en el chaleco de fantasía de mi tío abuelo William, y cuando se acercó, exultante y deseando conocer la gravedad de la presunta herida, mi tío abuelo acabó con él rápidamente

de una única estocada al vientre. Por este motivo mi tío abuelo fue encerrado en la Torre de Londres y juzgado por asesinato en Westminster por sus pares de la Cámara de los Lores, pero sólo fue declarado culpable de homicidio involuntario y eludió el posterior castigo pagando con su patrimonio. Yo no doy crédito a la suposición sentimental de que mi tío abuelo volviera su espalda al mundo porque estuviese devorado por los remordimientos. Creo que era un hombre al que le gustaba cerrar la puerta de su casa, y nada más. Si se hubiera sentido tan desmedidamente culpable, ¿habría colgado en su dormitorio de un gancho de carnicero la espada con que había atravesado al señor Chaworth? Y allí estaba cuando murió. Y yo heredé la espada.

En todo caso, por la razón que fuera, o bien por ninguna razón, mi tío abuelo William pasó el resto de su vida, a partir del duelo, talando árboles y viviendo en su ruinoso abadía con dos criados por toda compañía: Joe Murray, posteriormente un fiel favorito mío, y una desaliñada cocinera de la aldea conocida como lady Betty, bajo cuya disparatada autoridad el lugar se convirtió en una pocilga. Fue Joe Murray, que tenía más de sesenta años cuando yo me hice cargo de él junto con la abadía, quien me contó la mayor parte de lo que sé sobre mi tío abuelo William. ¡Pobre Murray! Era una criatura singularmente decrepita y cuando andaba más parecía una armadura sin engrasar que un ser humano. Sin embargo, después de conocerlo lo vi recuperarse de dos enfermedades que hubieran acabado con una recua de caballos, y ahora creo que promete arrebatarse la palma de la longevidad al mismísimo Perico Botero. Gran cantor de letrillas procaces e irreverentes cuando se junta con comadres, el tal Joe Murray. Me gusta por este motivo, y por otros muchos, y encargué que le pintasen un retrato, que confío en que nunca salga de Newstead, aunque hayamos tenido que hacerlo Murray y yo. Como digo, le tenía muchísima afición, y cuando comía en Newstead, en los últimos años de mi juventud, y lo tenía sirviéndome detrás de la silla, me complacía pasarle un vaso de bucellas por encima del hombro, al ser Murray un desmesurado bebedor y entusiasta de esa concreta variedad de vino blanco.

Al querido y honrado Murray debo también otro fragmento de la historia de mi familia y el último de mis relatos sobre mi tío abuelo: el de los grillos. (El hombre es un fenómeno, y en nada es más fenomenal que en su lujuria.) Pues muy bien, señoras y caballeros, sepan que mi tío abuelo el quinto lord Byron entretenía su soledad en domesticar los grillos que pululaban por la abadía. El principal consuelo, diversión y fuente de solaz sexual de sus ultimísimos días era estirarse completamente desnudo sobre el suelo de su vestidor mientras los grillos hormigueaban por todo su cuerpo feliz. ¿Por qué feliz? Pues porque mi tío abuelo William era un apasionado estudioso de la naturaleza y sabía que a los grillos les gustaba darse banquetes a base de pulgones y áfidos, porque estos bichos segregan una especie de miel; por lo tanto, se untaba los testículos de ligamaza y permitía que una horda de pulgones paciera alrededor de su pene, con lo cual los grillos de Newstead se congregaban en esa parte de su anatomía y actuaban sobre ella con las alas. Mi tío abuelo William fue tal vez el primer hombre del condado de Nottingham que consiguió eyacular mediante la estridulación, y cuando se corría (según me contó Murray) hasta él mismo *chirriaba* de placer. Tengo la certeza de que hubo muchos chirridos antes de que muriera a la edad de setenta y seis años, sin esposa, sin robles y sin olmos, únicamente cuidado por Joe Murray, lady Betty y sus grillos. Murray me contó que la noche del tránsito de mi tío abuelo todos los grillos se fueron de la abadía de Newstead, desfilando en tal cantidad por las grandes escaleras abajo camino de la puerta que era imposible dar un paso sin pisar a aquellos animales.

Yo fui el heredero de tan magnífico (aunque excéntrico) predecesor y de semejante herencia de tocones. Cuando la inspeccionamos, la abadía estaba también superpoblada de gatos («Más valen gatos que ratas», dijo lady Betty), y yo encontré una cabeza de borrego en el armario del dormitorio de mi tío abuelo William. Muy pronto se hizo evidente que sería imposible habitar la casa solariega hasta que se hubieran efectuado grandes reformas. Aquello, por supuesto, supuso un duro golpe para mi madre, puesto que había ido allí desde

Aberdeen con ambiciones y previsiones desmesuradas, y luego de vender sus muebles (como informó a todo el mundo) por 74 libras, 17 chelines y 7 peniques. Yo por mi parte me entusiasmé con todo lo referente a Newstead desde el momento que le puse la vista encima y señalé mi llegada en condición de sexto lord Byron plantando un roble exactamente en medio del césped del lado meridional. Mi destino está ligado a ese roble: si el árbol prospera, yo también prosperaré; y si se malogra, también me malograré yo, con el permiso de Zeus. Lo planté, desde luego, en un lugar absolutamente impropio.

A veces todavía me gusta vagar con el pensamiento por la abadía tal como la conocí, aunque ahora me refiero a Newstead en una época un poco posterior (hacia 1808, cuando comencé a lograr que mi mansión fuera habitable). Nunca he sido una persona sensible a lo que creo que llaman «decoración interior», pero entre mis recuerdos conservo un inventario (obra de la empresa Farebrothers, con sede en los Edificios Beaufort, en el Strand), redactada con ocasión de la primera tentativa de vender la finca hace unos tres años.

**LOTE 131.**

Soberbia CUJA (un metro setenta) CON CUATRO COLUMNAS y doble atornillado, sobre angarillas francesas; los pies de las columnas están tallados y acabados con oro bruñido; MUEBLE de gran estilo con molduras doradas, colgaduras completas en seda verde y amarilla, flecos de rica SEDA a la francesa, cornisa dorada y rematada con una corona tallada, cordones, borlas, etc.

Ésa era mi cama.

**LOTE 132.**

Magnífica CUJA con CUATRO COLUMNAS de seis pies y doble atornillado, sobre angarillas francesas, con los pilares lacados y recubiertos de dorado; mueble color CARMESÍ INTENSO, con cortinajes y doselera de TERCIOPELO plisado escarlata, y una corona por remate; los cortinajes ricamente ribeteados de flecos escarlata y negros al estilo francés, con

Y ésa era la de mi hermana Augusta.

¿Es meramente una imperdonable nostalgia lo que hace ponerme a leer esto incluso estando aquí, en Italia, bajo las adelfas? Las damiselas podrían verme e imaginarme sumido en Dante y Goethe mientras, en realidad, yo estoy enfrascado en una poesía como ésta.

Creo que ya ha sido suficiente por ahora, y más que suficiente, en lo relativo a Newstead.

Hoy ha llegado una carta de Shelley escrita en Milán. Viene a visitarme dentro de una semana, según dice, por «un asunto de vida o muerte». Me resulta demasiado fácil adivinar de qué asunto se trata, pero de momento prefiero no pensar en eso.

¡Qué grande es el bueno de Shelley! La mayoría de los que sólo conocen sus publicaciones parecen considerarlo un espectro pomposo, pero (a mi modo de ver) es en



realidad el menos egoísta y el *más apacible* de los hombres; que yo sepa, el hombre que más ha sacrificado su fortuna y sus sentimientos por los demás. Yo lo tengo por el san Juan Bautista de la moderna poesía inglesa. No comparto en absoluto sus especulaciones mentales ni tampoco deseo compartirlas. Es un alma atormentada, pero seráfica, y no le falta valor. Me acuerdo de hace dos veranos, cuando yendo los dos en un barco pequeño, se nos vino encima un vendaval, precisamente junto a los acantilados que hay entre Meillerie y San Gingo, en el lago de Ginebra. Íbamos en total cinco en el bote: un criado, dos barqueros y nosotros. La vela estaba en malas condiciones y el barco hacía agua muy deprisa. Shelley no sabe nadar. (¡Un poeta que adora el agua pero no sabe nadar!) Me desprendí de mi chaqueta; luego, hice que él se desprendiera de la suya y se agarrara a un remo, diciéndole que creía (al ser yo un experto nadador) que podría salvarlo si se mantenía agarrado al remo y no forcejeaba. Estábamos a unos cien metros de las rocas, en medio de un desagradable oleaje: «¿Me has oído?», grité. Shelley me sonrió y dijo que no con la cabeza. «¿Estás sordo o estás loco?», le chillé. Entonces, Shelley comentó, con la mayor educación y frialdad posibles, que no tenía la menor esperanza de salvarse y que, en su opinión, yo ya tendría bastante trabajo con tratar de salvarme a mí mismo. Le insistí. Él me lo agradeció, pero declinó todos mis ofrecimientos de ayuda. Tampoco dijo grandes frases sobre la muerte y el destino, lo cual me impresionó aún más. Sencillamente se mantuvo sentado y sonriendo. Por fortuna, el barco se adrizó y, achicando, conseguimos doblar la punta y embocar San Gingo, cuyos habitantes se acercaron a la orilla y abrazaron a los barqueros, diciendo que nos habíamos salvado de milagro, pues el viento era tan fuerte que había derribado algunos grandes árboles en las montañas alpinas de los alrededores, como vimos al día siguiente. Sin embargo, este mismo Shelley, que me sorprendió por ser tan frío y sereno como cabe serlo en semejantes circunstancias (de las que yo no soy un buen juez, puesto que el conocimiento de que uno sabe nadar confiere naturalmente un cierto autocontrol cuando se está cerca de la orilla, por más que el barco se esté hundiendo), este mismo Shelley una vez, estando conmigo, se desmayó de pronto al haberle hecho ver su febril imaginación ojos en lugar de pezones en los pechos de su esposa.

## Capítulo IV

*Me enamoro tres veces  
y pierdo el resto de mi virginidad*

Mi niñita Allegra (mi hija natural) iba conmigo esta mañana en la góndola cuando estuve dando vueltas como un cisne por el archipiélago en busca de un lugar adecuado para mi tumba. Mi idea es plantar un sauce llorón y que se me entierre debajo. Las ramas de ese árbol, colgando sobre las aguas, le proporcionarán una sombra idónea a mi tumba, erigida aquí, bajo la bóveda azul celeste del sur, cerca de los cielos y del Adriático. Por lo que se refiere al epitafio, he visto recientemente varios que me han agradado más que todos los espléndidos monumentos de Roma; por ejemplo:

*Martini Luigi  
implora pace.*

*Lucrezia Picini  
implora eterna quiete.*

¿Es posible que exista algo que rebose más patetismo? Esas pocas palabras dicen todo lo que cabe decir o anhelar. Estos muertos estaban hartos de la vida; lo único que deseaban era descanso; y eso es lo que *imploran*. He aquí toda la humildad e impotente esperanza y toda la plegaria silenciosa que puede surgir de una tumba: *implora pace*. Es mi esperanza que quienquiera que me sobreviva y se ocupe de verme enterrado en el cementerio de los extranjeros del Lido haga que me pongan encima estas dos palabras y ninguna más.

Pero todavía no.

En términos generales, estaría dispuesto a admitir que abomino tanto la mera visión de los niños, que siempre he sentido el mayor respeto por el personaje de Herodes. Pero ahora Allegra lleva conmigo en Venecia casi tres meses y comienzo a considerarla la excepción que confirma la regla. Es una niña guapa, inteligente y limpia, la favorita de todo el mundo, desde mi gondolero hasta mis monos. La idea de que viniese a vivir conmigo fue de Shelley. Sin embargo, la madre, cuñada de él, esa maldita arpía llamada Claire Clairmont (no hay que fiarse nunca de las mujeres cuyo nombre se repite), ha escrito precisamente esta mañana con la propuesta absolutamente lunática de que ahora debo devolverle la niña a él. He despachado en seguida mi contestación, negándome de plano y diciéndole que, en mi opinión, hacer algo así sería como internar a una persona sana en un hospital atiborrado de enfermedades contagiosas. Los Shelley, a fin de cuentas, nunca han conseguido sacar adelante ni a uno solo de sus mocosos, y eso que han *desovado* varias veces. Mientras la pequeña Allegra ha estado en mi casa, su salud ha sido excelente y su carácter no del todo malo. A veces es vanidosa y obstinada, pero siempre está contenta. Probablemente, dentro de uno o dos años, la enviaré a Inglaterra o la meteré en algún convento de por aquí para que la eduquen, y entonces se remediarán estos defectos en la medida en que eso es posible con la naturaleza humana. Pero lo indudable es que la niña no volverá a separarse de mí para perecer a base de idealismo y de fruta verde con los Shelley, ni para que le insuflen palabrería y le enseñen que no hay ningún dios y que los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo. Los poetas no tienen

nada que ver con eso, bien podemos agradecerérselo a Dios o a Platón. Yo me temo que Shelley disparata bastante sobre la importancia de lo que algunos hacemos, para aliviarnos a nosotros mismos, con la mano derecha y unas gotas de tinta. Por mi parte, yo nunca he situado la poesía muy arriba en la escala de la inteligencia. (Esto puede parecer afectado, pero es mi sincera opinión.) Yo reivindicaría que la poesía es la lava de la imaginación, cuya erupción impide que se produzca un terremoto, y nada más; y que no podemos deducir leyes, ni reconocidas ni de ninguna otra clase, a partir de cómo fluye la lava. Shelley no quiere entender esto; ¡Shelley menos que nadie! Yo nunca he conseguido hacer entender a la gente que la poesía es la expresión de las *pasiones excitadas*, y que no existe una vida de pasión en mayor medida de lo que existe un terremoto continuado, una fiebre eterna. Además, ¿quién podría *afeitarse* en semejante estado?

Esta vieja casa huele a podrido, lo mismo que toda Venecia. También huele a animales, pero no se parece a nada (ni a todo) en el mundo. Esta noche estoy escribiendo en la sala de música. Si pronuncio una palabra en voz alta, flota y asciende hasta el techo embovedado, donde resuena. «Shelley», digo. «Augusta», digo. «Allegra.» Me gustan estos nombres. No obstante, todos nuestros nombres no son nada.

Sentado de cara a Allegra en la góndola, hoy, he confirmado una impresión general que tenía formada antes pero que nunca había acabado de admitir expresamente. Se parece mucho más a mi esposa de lo que se parece a su madre, hasta tal punto que dejó estupefacto a mi criado Fletcher, quien sencillamente se niega a creer que sea hija de la Clairmont. El parecido con lady Byron es asombroso y me consterna un poco. Es algo raro. Supongo que la muchacha también debe de asemejarse a su hermanastra Ada. Pero hace ya más de dos años que no veo a Ada, y por entonces era demasiado pequeña para parecerse a nada que no fuese un mono, lo cual es, a mi modo de ver, lo que nos ocurre a todos en la primerísima infancia y en la extrema ancianidad. Unos ojos muy azules, una frente muy especial y un hermoso cabello con tirabuzones: así es Allegra. También tiene un alma de diablo, pero eso es cosa de su papi.

Yo he amado desde antes de entender la palabra amor y lo que significa. El amor de Dante por Beatriz fue una pasión de esta clase: la niña a quien él vio sonriendo en su infancia, coronada en su adolescencia con la guirnalda de la muerte y situada más tarde entre las estrellas del cielo. El nombre de mi Beatriz fue Mary Duff, mi prima y mi primer amor, a los ocho años. Éramos sólo unos niños, pero juro que no por eso fue menos intensa nuestra pasión. Mi madre se reía de mí, los padres de la niña y los amigos de nuestras dos familias nos ridiculizaban, pero yo seguí amando a mi Beatriz triste y seriamente, con toda la ternura y la pureza de la infancia. Guardo memoria de todo lo que nos dijimos el uno al otro, de todas nuestras caricias, de sus facciones, de mi desasosiego y mi insomnio, de mis tormentos a la doncella de mi madre para que escribiese cartas dirigidas a mi amada, como acabó haciendo, con tal de apaciguarme. La pobre Nancy pensaba que yo estaba loco, y como todavía no podía escribir bien por mí mismo, pasó a ser mi secretaria. También recuerdo nuestros paseos y la suma felicidad que sentía al sentarme junto a mi Mary, en la habitación de los niños de la casa de sus padres, no lejos de las Plain-stanes de Aberdeen, mientras su hermana pequeña Helen jugaba con una radiante muñequita de porcelana y nosotros permanecíamos sentados y solemnes, haciéndonos el amor a nuestro modo infantil.

El destino nos separó, a nosotros, a quienes el tiempo tampoco nos había unido demasiado. Luego, cuando yo tenía dieciséis años y supe que mi Beatriz iba a casarse, la noticia casi me produjo convulsiones. ¿Por qué? Nuestras mayores pasiones las provocan las mujeres que no poseemos, pero hay que recordar que en este caso éramos los dos niños pequeños. La verdad es que no sé explicar ni describir mis sentimientos. Tal vez Dante los habría comprendido.

Últimamente he vuelto a pensar mucho en esta Mary Duff. Qué raro es que sintiera tanto cariño, tanta devoción por aquella niña a una edad tan inconcebible. Mi amor por ella

era tan violento, de hecho, que a veces dudo que verdaderamente me haya sentido después igual de atraído o apegado a alguien. ¡Qué celestialmente hermosa es la perfecta imagen de ella que sigo conservando en mi memoria: sus cabellos castaño oscuro con raya en medio, sus ojos de mirar vago, incluso sus vestidos! Todavía *ahora* me apesadumbraría y consternaría verla, de eso estoy seguro. La realidad, por bella que fuese, destruiría, o al menos confundiría, los rasgos de la adorable Peri que entonces existía dentro de ella y que aún sobrevive en la cámara más sagrada de mi imaginación, transcurridos más de veinte años.

Sin duda, esta precoz eclosión amorosa ocurrió como algo natural en una persona como yo, de cuerpo tan vigoroso, de personalidad tan enérgica y de imaginación tan exaltada, por no decir calenturienta. En los primeros años de la juventud se ama sin conciencia y desde antes de que se desarrollen del todo los instintos naturales; luego, pasado un tiempo, cuando sentimos una pasión profunda, descubrimos que ya antes hemos amado a ciegas. Pero, como quiera que sea, a los once años volví a quedarme prendado por segunda vez, ahora por los dulces encantos de otra prima joven, llamada Margaret Parker. En realidad era prima hermana, de modo que iba progresando. También fue ella quien inspiró mi segunda incursión poética y uno de los seres evanescentes más hermosos. (Mis primeros versos los compuse a los nueve años: un exabrupto rimado contra una vieja que detestaba; de manera que fue la rabia lo que despertó al poeta que había en mí.) Hace mucho tiempo que he olvidado los versos que escribí sobre Margaret Parker, pero a ella me sería muy difícil olvidarla. ¡Aquellos ojos oscuros, tan negros como la muerte! ¡Aquellas largas pestañas del mismo color! ¡Aquel rostro y aquella figura de porte griego, con el labio superior corto y un cuerpo que hubiera valido para molde de una estatua! Esta tal Margaret Parker, que sólo era un año mayor que yo, murió apenas un año después de conocerla, a resultas de una caída por las escaleras que le afectó la columna vertebral y dio pie a una tuberculosis. Yo no supe nada de su enfermedad (estaba en Harrow, en el campo) hasta que hubo muerto. Algunos años después probé a escribirle una elegía. Una elegía muy torpe, estropeada por el exceso de sentimiento y las insuficiencias técnicas. Casi no soy capaz de recordar nada que iguale la belleza *transparente* de mi prima ni la dulce delicadeza de su carácter durante el corto período de nuestra intimidad. Daba la impresión de que hubiera sido hecha con el material del arco iris, toda hermosura y paz. La pasión tuvo los habituales efectos sobre mi persona: no podía dormir ni comer; no podía descansar; y aunque tenía motivos para creer que Margaret me amaba, me torturaba pensar cuánto tiempo tendría que pasar antes de que pudiéramos volver a vernos. Por lo regular, se trataba de separaciones de *doce horas*, que me parecían entonces todo lo que necesitaría saber en mi vida de lo que era la eternidad. Pero a la sazón yo era un loco, y ahora no soy mucho más juicioso.

Cumplí los quince años antes de enamorarme por tercera vez. Sucedió en esta ocasión que el desafortunado y querido objeto de mi afecto me llevaba dos años enteros; pese a que (como cabe apreciar) este hecho demuestra que me iba interesando progresivamente por las personas adultas, la conmoción fue tan fuerte que me negué a regresar a Harrow durante el otoño de 1803, para pasar todo el tiempo que me fuera posible con mi amada. Ella se llamaba Mary Chaworth y era sobrina nieta del mismo señor Chaworth que mi tío William había atravesado con su espada en el duelo de la habitación cerrada. La circunstancia de que se interpusiera un cadáver entre nuestros corazones, lo que nos convertía en algo así como Romeo y Julieta, no me pasó desapercibida. ¡Mary Chaworth! ¡El mismo aire parecía aligerarse al mirarlo sus ojos! Era el *beau idéal* de todo lo que mi juvenil fantasía era capaz de concebir sobre la belleza, y de las perfecciones que mi imaginación inventó para ella he sacado yo la mayor parte de mis fábulas sobre la naturaleza celestial de las mujeres; y digo *inventó* porque es lo que quiero decir, pues, ay, al final la encontré, como a las demás de su sexo, algo inferior a los ángeles. Y sin embargo, en los primeros tiempos de nuestro trato, hubo momentos en que sentí que no sería idolatría arrodillarme en su presencia. Como sin duda lo dicho sugiere, fue desde el principio una atracción absolutamente unilateral. El ardor sólo se daba por mi parte. Yo era serio y ella volátil. Yo le gustaba como hermano menor, y

me trataba como a un niño y como de un niño se reía de mí. Ella nunca me tomó en serio como pretendiente. En realidad, estaba comprometida, por lo menos durante la última parte del tiempo en que la adoré, con un tal Jack Munsters, un imbécil cazador de zorros con mal aliento que le salió un marido malo, infiel y desaprensivo. El momento álgido de sus relaciones conmigo tuvo lugar a finales de una noche de verano, en Annesley Hall, la casa de su familia, cuando, sin que supiera ella que yo estaba en el tramo inferior de la escalera, sorprendí a su doncella preguntándole si estaba enamorada de mí y oí su carcajada y su respuesta: «¿Qué crees tú que puedo yo sentir por ese niño cojito?». La frase fue como un disparo que me alcanzara de lleno en el corazón. Salí corriendo en seguida de la casa y me perdí en la noche, sin saber muy bien por dónde iba, sin parar hasta encontrarme con que había regresado a Newstead. Si bien volví a la mañana siguiente, nunca hice mención de lo que le había oído decir. Recuerdo que fui con ella a un baile en Matlock, en el que bailó con muchas parejas mientras yo me apoyaba en una columna, siempre incapaz de bailar, por supuesto debido al pie malo. Mientras ella bailaba el vals, me llevé las manos al corazón, temiendo que los aporreos que sentía allí se oyeran por todo el salón. También recuerdo haber ido con ella a Derbyshire un día de verano, a visitar unas grutas subterráneas. Tuvimos que cruzar en barco un arroyo, negro como la tinta, que corría bajo un dintel de piedra, con las rocas tan pegadas al agua que el barquero (una especie de Caronte), para empujar el bote, tenía que ir vadeando por la popa, parándose a cada momento, mientras Mary y yo estábamos tendidos, juntos, en el fondo de la embarcación. Ella observó que mi cuerpo temblaba al estar tendido junto al suyo y lo comentó en voz alta. Yo le dije que no era porque tuviese miedo. No sé qué entendería ella. Todavía me acuerdo de mis sensaciones, pero no acierto a describirlas, y tanto da.

Después de mi experiencia con Mary Chaworth, hubo un tiempo en que me sentí tan inseguro en presencia de cualquier mujer que cuando era presentado a alguien de ese sexo, me parecía necesario contar hasta siete en voz baja antes de abrir la boca o de hacer cualquier otra cosa. A veces desearía no haberme deshecho de esa costumbre.

Supongo que antes de concluir este capítulo sobre los primeros afectos y dolencias de mi corazón, será mejor que diga algo sobre cómo fui violado. Este trascendental acontecimiento ocurrió cuando era escolar en Harrow, pero no fue obra de mis discípulos ni tampoco recae la culpa en ninguno de los profesores. Había regresado a casa, para pasar las vacaciones en Newstead, y me encontré con que la habitual escasez económica había obligado a mi querida mamá a alquilar la mansión a lord Grey de Ruthyn, un repulsivo bergante pelirrojo, de veintitrés o veinticuatro años, gran cazador de faisanes con posta y un tahúr con las cartas tratándose del bridge. Cuando no estaba estafando a mi madre con este juego, se pasaba buena parte del tiempo haciéndole la corte, cual si estuviese enamorado de su voluminosa belleza. La estúpida de mi madre se sentía muy halagada. Por mi parte, yo vi muy claro, más allá de sus reverencias, de sus bromas, de sus paseos con ella dando vueltas y vueltas al lago, tan inmóvil y frío como el ojo de Southey\*, más allá de sus misteriosos silencios y sus aún más misteriosas declaraciones de que ella era lo más parecido a Juno que jamás había adorado o deseado; vi que lord Grey de Ruthyn era en realidad más maricón que un pato, aunque nunca haya entendido bien por qué ese pobre palmípedo ha de salir siempre a cuento como el parangón de la sodomía. Vamos a ser francos, lector. Lo que el tal lord Grey perseguía no eran las decadencias de mi madre sino sus propiedades. Y puesto que yo formaba parte de aquellas propiedades en aquel momento, al tiempo que era un varón deseable y un muchacho un tanto inocente (bien que andrajoso), el grosero y lúbrico bribón muy pronto vio la oportunidad de ir por mí. Una noche, luego de haberme convencido por puro hastío de que lo acompañara durante toda la tarde a dar vueltas entre los tocones mientras él amartillaba su rifle contra los faisanes y las perdices, y fallaba, se puso a

---

\* Southey (1774-1843) formaba parte del grupo de los lakistas o poetas de los lagos. (N. del T)

enjaponarse en una gran bañera de madera castaña delante de la chimenea, invitándome a que compartiera unas rodajas de carne roja y un par de botellas de vino de Madeira, y fue a concluir su jornada deportiva tratando de sodomizarme sobre la alfombra del hogar. Yo estaba muy borracho, pero no lo bastante borracho, y me las ingenié sin muchas dificultades para cagarme y desalojarlo antes de que consumase su obra. Recuerdo sus sobacos hirsutos y rojizos, y sus cojones y su falo, que eran como los de un toro. Fue a caer de cuerpo entero sobre los morillos. «Perdonadme, señor», dije yo, «si se os ha echado a perder el placer.» Lo que me repugnaba no eran tanto sus gustos como sus modales. No obstante, nada dije a mi madre ni a nadie, salvo advertir a la pobre imbécil de que, en mi opinión, su nuevo admirador no sería gran cosa como marido. Y si no se lo conté a nadie, no fue por vergüenza ni porque deseara ninguna otra cosa que no fuese no volver a encontrarme al alcance de los meados y la mierda de lord Grey de Ruthyn, sino sencillamente porque la ley inglesa condena la sodomía con la horca y, aunque tenía motivos, no sentía grandes deseos de ver ahorcado al bujarrón.

## Capítulo V

### *Comienzo el abominable comercio de los versos*

Mi hermana Augusta me decía siempre que no soportaba los libros sin diálogos. Por eso presento aquí un breve ejemplo del género: una conversación que he tenido esta mañana con Allegra.

- ¿Has dormido bien, papaíto? -dijo ella.
- Seis horas -dije yo-. Pero he tenido un sueño.
- ¿El mismo que tuviste la semana pasada? -dijo ella.
- No, hija -dije yo-. Ha sido un sueño nuevo.
- ¿Los sueños los envía Dios? -dijo Allegra.
- Pues sí -dije yo-. Los sueños vienen del cielo.

-Entonces debemos creérnoslos -dijo Allegra.

La ternura de su sencillez me hizo avergonzarme. ¿Es santo Tomás de Aquino o es san Agustín quien habla de ciertas almas que son cristianas *de natural*? Niños que desde que nacen tienen una innata capacidad para la fe. Pese a sus orígenes (engendrada por desesperación frente a la imposibilidad, como hubiera dicho el ciudadano Marvell\*), mi hija Allegra me parece uno de esos seres notables, aun admitiendo su afición a las canciones indecentes y a las delicias turcas.

Más tarde, estaba yo dando de comer a mi urraca en la despensa cuando volvió a acercármeme Allegra y me dijo:

- Cuéntame tu sueño, papaíto.
- Pues -dije yo- he soñado que iba andando por unas aguas muy profundas y me caía una hoja en la mano. Yo dejaba la hoja entre las cañas y las aguas se la tragaban en seguida.
- ¿Y eso es todo? -preguntó Allegra.
- Eso es todo -dije yo.
- Es un buen sueño -dijo Allegra. Luego agregó-: Bien pudo tratarse de un pez.
- No, hija -dije yo-. No era un pez.
- ¿Tal vez un cangrejo? -dijo Allegra.

Tenía en la punta de la lengua la afirmación de que un hombre con mi experiencia reconoce a un crustáceo cuando lo ve, pero, en lugar de decirlo, me eché a reír y me la monté en las rodillas.

-Me retracto de mi sueño -dije-. Yo vi cómo el agua se lo tragaba. Ésa fue la parte más bonita del sueño. Me gustaría que no se me olvidara.

- Tú no sueñas de verdad, papaíto -dijo Allegra-. Tú nunca lo haces bien.
- ¿Cuándo lo cuento? -dije yo.
- No -dijo Allegra-, cuando sueñas.

Sin duda, la crítica de mi hija es cierta, y Gifford, el de la *Quarterly*, estaría de acuerdo con ella. No obstante, yo afirmo que hay más cosas en este ancho mundo que las que se

---

\* Andrew Marvell (1621-1678), poeta metafísico. (N. del T.)

pueden filosofar a partir de los sueños. Yo nunca he sido tan agudo sobre las pesadillas y las visiones como lo son algunos de mis contemporáneos. Saquémosle el mayor partido a la vida, digo yo, y dejemos los sueños para Emanuel Swedenborg.

Por supuesto, me entretengo anotando todos estos encantadores devaneos porque hay otros asuntos (no diré que más graves, pero sí con toda seguridad problemáticos) en los que no quiero pensar. Después de haber hablado con franqueza, como se habrá visto, de determinados amores menores, tengo ahora mis dudas sobre si decir tan siquiera algo sobre un amor que indiscutiblemente sí es de gran importancia y que, desde luego, ha afectado a mi corazón con mayor profundidad y mayor pesadumbre. Hay cosas que uno, debido a la consideración por quienes están vivos, apenas si puede hacer algo más que mencionarlas. Sin embargo, no mencionarlas vendría a significar que escribo con excesivo detalle sobre las cosas que menos me interesan; con lo que mi ensayo de autobiografía se parecería a la tragedia de Hamlet en un teatro rústico, representada «excluyendo al personaje del príncipe a petición del público». No se me ocurre ninguna forma sencilla de evitar el problema. Por suerte, de momento puedo dejar para más adelante estas reflexiones, puesto que la época sobre la que todavía estoy escribiendo aún no había surgido esa pasión que afligiría y bendeciría mi existencia. Pero no se escapa que, al igual que le ocurre a Allegra con el alfabeto, no tardaré mucho en tener que enfrentarme al asunto sin parpadear.

En las vacaciones de Semana Santa de 1804, comenzó la parte de vida que medio desperdicié con mi madre en la pequeña ciudad (para mí inmensamente fastidiosa) de Southwell, en el condado de Notts. Viendo la imposibilidad de vivir en Newstead salvo durante breves visitas veraniegas, y aun en tales casos acosada por su desagradable inquilino lord Grey de Ruthyn, cuya nulidad como pretendiente ya estaba reconocida, mi madre se retiró conmigo un tiempo a la ciudad de Nottingham. Nada hay que recordar de los días de Nottingham, como no sea que allí se hicieron las últimas tentativas de «curarme» el pie enfermo. Las llevó a cabo un matasanos llamado Lavender, cuyo tratamiento consistía en sentarse encima de mi pierna y retorcerme el tobillo, y luego enderezar el pie atornillándolo hábil y sistemáticamente entre dos gruesas planchas de madera de cedro pulimentada. Cuando se hubieron completado estas torturas sin la menor mejora por mi parte, mi madre se decantó por adquirir un par de botas especiales que me haría un zapatero callista llamado Shelldrake.

En la desagradable ciudad de Southwell, mi madre alquiló para nosotros una casa llamada Burgage Manor, situada junto al parque municipal. Nuestra vida allí fue menos que feliz, debido principalmente a la reiteración de aquellos temibles estallidos temperamentales que le sobrevenían a mi mamá de manera tan natural como se forman las tormentas en el golfo de Cádiz. Es cierto que yo contribuía a empeorar las cosas durante sus paroxismos, adoptando una actitud de educado interés y ofreciendo exageradas reverencias hasta el suelo durante todo el tiempo en respuesta a sus peroratas contra los *Byrrones*. (Ella conseguía pronunciar nuestro apellido de tal modo que sonaba como una enfermedad hipocondríaca o como una estampida de duendes, en lo cual, en realidad, ahora que lo pienso mejor, tal vez no fuera tan desencaminada.) Luego, hecha una furia, mi madre me tiraba los cacharos de loza y los atizadores, mientras yo me ponía a cubierto detrás de los muebles como un auténtico fantasma con botas ortopédicas.

De todas formas, si bien aquellos días de Southwell tuvieron sus miserias, también fueron testigos de ilusionadas empresas. Aquel diciembre, Napoleón fue coronado emperador en París. Y Telford comenzó la construcción del canal de Caledonia. Y fue durante este período, en la susodicha ciudad y en compañía de la menos inspiradora de las maternas musas, cuando tuvieron lugar mis primeros intentos serios de ser escritor. Ya había escrito versos en Harrow, como creo haber confesado antes, pero ahora el vicio comenzó a afianzarse en mi persona. Para gran alarma de mi elocuente madre, me volví bastante industrioso con la pluma y eché ciertos hábitos a los que me he mantenido fiel desde entonces, a saber, el de sentarme a escribir a altas horas de la noche y el de compensarlo quedándome en cama toda la



mañana del día siguiente, lo cual constituía una escandalosa dejadez para ese sentido común que asocia el madrugar con la salud y la riqueza, por no hablar de las infecciones de lombrices. (De ninguna manera hablaremos de las infecciones de lombrices.) Mi propensión a esta excelsa forma de vida es, en realidad, constitucional, puesto que siempre he tenido sentimientos suicidas cuando me levanto, de manera que tuve muy buenas razones para elegir levantarme al mediodía o después, dado que la tarde no me parece buena hora para suicidarse.

Desde luego, alguna vez me despertaba temprano en aquellos días, y entonces se me planteaba el terrible problema de qué hacer con la mañana. En Southwell, resolví este problema cultivando una moderada obsesión por las armas. En el lado opuesto del parque estaba la casa de una familia llamada Pigot, con cuyos miembros más jóvenes trabé amistad. A veces pienso que los Pigot son las únicas personas normales y decentes que he conocido en toda mi vida. (Aunque semejante juicio, que tiene bastante de melodramático, dice más de mí que de ellos.) Eliza Pigot acostumbraba leerme en voz alta a Burns mientras yo comía uvas en un sofá. Su hermano John, que estudiaba para médico, coleccionaba espadas. Él fue quien me prestó una pequeña espada de acero toledano de la que me prendé, y las mañanas en que despertaba demasiado temprano y necesitaba entretenerme, solía quedarme acostado en la cama, lanzando estocadas con la espada a los cortinajes del lecho. Este excéntrico hábito, aunque pueda considerarse indeseable desde un determinado punto de vista, no resultó ser visto con tan malos ojos por mi madre como hubiera cabido esperar, pues cuando vendió la parte del mobiliario que le pertenecía, al trasladarnos de Southwell a Newstead, el precio que consiguió por mi cama fue mucho mayor de lo que hubiera sido de tener las colgaduras en mejor estado, ya que la dama que la compró fue víctima del malentendido de suponer que los daños habían sido ocasionados con la misma espada que se usó en el duelo con Chaworth. Sin duda, la dama se resarcía de sobra de la cantidad extra abonada con los estremecimientos con que ella exhibiría, y sus amigas examinarían, la supuesta reliquia horripilante.

No obstante, como hace un momento estaba tratando de decir, la principal circunstancia que dio interés a mis días en Southwell es que fue allí y entonces donde comencé a entregarme a lo que en una ocasión mi querida esposa denominó «el abominable comercio de los versos». Debo admitir que en aquellos días, al ser yo joven y alocado, tenía una más alta opinión de la poesía y de los poetas que la que sostengo en la actualidad, aunque en ninguna etapa de mi vida he sido un gran *lector* del género. Todo el revuelo que se forma en torno del escribir y los escritores, promovido por los propios autores y por otras personas, me parece ahora un signo de afeminamiento, de degeneración y de debilidad. ¿Quién escribiría si tuviese algo mejor que hacer? En estos tiempos, siendo ya mayor y quizás no tan alocado, no siento gran estima por la actividad poética. De hecho, en este momento acabo de tirar un poema al fuego (el cual se ha avivado para mi solaz). Pero sigo queriendo ser justo con el joven que fui y, con toda honradez, debo confesar que de joven siempre estuve algo más que medio enamorado de la idea de ser un poeta famoso. En cuanto a mi personalidad adulta y lo que su fama ha conseguido, creo que bien puedo atreverme a decir que nadie ha hecho más a base de negligencia por corromper la lengua. En alguna medida, ya desde los catorce años, venía haciendo versos, pero fue entonces, en la espantosa Southwell, un suburbio de los infiernos, y bajo la afable influencia del entusiasmo de Eliza Pigot, cuando la musa se apoderó por primera vez de mi cabeza vacía. Siendo un chico gordo y vergonzoso, muy pronto dispuse del suficiente material para componer un volumen delgado y malo.

La historia de aquel pequeño primer volumen mío es muy breve y algo patética. Se concibió para dedicarlo exclusivamente a uso privado, y se imprimió en Newark, por S. y J. Ridge, quienes, me temo, vivieron una exasperante experiencia a causa de las correcciones, adiciones, revisiones, reconsideraciones, etcétera, con que constantemente los agobiaba el desasosegado autor. La aventura comenzó en agosto de 1806 y acabó en noviembre, con un pequeño volumen en cuarto de treinta y ocho poemas que ocupaban sesenta y seis páginas bajo el título de *Piezas fugitivas*. Luego me entregué a la agradable tarea de enviar los

primeros ejemplares dedicados. Los afortunados receptores fueron mis amigos los Pigot y un clérigo conocido, el reverendo John Thomas Becher, vicario de Rympton. Respetaba a Becher, con sus ojos cáusticos y su nariz de patata, y su costumbre de acariciarse el descolorido mostacho con la uña del pulgar derecho mientras reflexionaba sobre cualquier cosa que se le hubiera dicho. Este pequeño clérigo furunculoso había sido amable conmigo. Ya en aquellos tiempos, mis opiniones personales sobre la religión eran muy poco ortodoxas, pese a lo cual él me reconvenía en los términos más amigables y tolerantes. Recuerdo una ocasión en que se estaba esforzando por convencerme, ante un clarete especialmente malo, de que la Providencia contra la que yo denostaba y rugía me había favorecido en realidad con una rica gama de mercedes: rango, ingenio, fortuna (muy parcamente) y, sobre todo (decía él), «con una inteligencia que os sitúa por encima del resto de la humanidad». Oído lo cual yo me llevé un dedo a la frente y dije: «Si *esto* me sitúa por encima del resto de la humanidad, *eso* -y me señalé el pie- me coloca muy, muy por debajo de todos». Como quiera que sea, para resumir una historia que tampoco es demasiado larga, entre estos preciosos *juvenilia* míos había un poema, titulado *A Mary* que ofendió hasta los mismísimos tuétanos a mi amigo el clérigo. Me escribió en cuanto recibió el libro, en términos de generosa y juiciosa recriminación, una carta primorosamente rimada, rogándome que no permitiera a este primogénito seguir viendo la luz. Lo que me pedía era un poco delicado, pero yo le hice caso. Aquella misma tarde condené la edición íntegra (con la excepción de dos ejemplares previamente regalados) a las llamas. Si el ejemplar de los Pigot sigue existiendo, no lo sé. El de Becher tengo la absoluta seguridad de que no. Me complace también afirmar que los versos a los que él puso objeciones, por estar «trazados con demasiado ardor», han quedado a estas alturas borrados por completo de mi propia memoria, con la excepción de una única frase sobre la «postura estática del amor», que había llamado muy especialmente la atención del reverendo John Thomas. Estoy convencido de que no contenían nada que compensara su estúpida perversidad, ni siquiera algún pensamiento o expresión feliz.

Así fue como acabó (en las llamas, como debía ser) mi primera aventura en la imprenta; pero fue muy rápidamente seguida por una segunda, pues *Poemas de varias ocasiones*, un volumen algo mayor que su predecesor y, al igual que aquél, impreso para que circulara privada y anónimamente, apareció el siguiente enero (1807). Y luego, en ese mismo año, el decimonoveno de los míos, tuvo lugar lo que fue mi verdadero bautismo de fuego con *Horas de ocio*, éste destinado ya al público en general. Para que un hombre pueda convertirse en poeta (así lo atestiguan Dante y Petrarca, por no hablar de Stephen Duck), debe estar enamorado o ser muy infeliz. Yo cumplía ambos requisitos cuando escribí *Horas de ocio*, pero tal vez no lo bastante, o tal vez demasiado. El impresor del volumen siguió siendo Ridge, de Newark, pero se vendía en tres o cuatro librerías de Londres, y no era anónimo, sino que llevaba en la portada la imponente y (me parece ahora) ridícula (si bien exacta) inscripción: «Por George Gordon, lord Byron, menor de edad». Y el público en general leyó mi libro; aquellas personas del público en general que no estaban demasiado ocupadas en las costas del sur de Inglaterra haciendo preparativos contra la esperada invasión de Napoleón.

Napoleón nunca se presentó, pero bien puedo decir que yo *sí*. En otras palabras, muy pronto me convertí en un hombre (o, como mínimo, en un mayor de edad) cuyas obras eran alabadas por los críticos, admiradas por las duquesas, y vendidas por todos los libreros de la metrópolis. En suma, en una variedad de esa rara flor llamada poeta. Yo habría preferido ser otra cosa, pero tal vez no hubiera podido ser ninguna otra cosa. Si no hubiera escrito para vaciarme la cabeza, sin duda que me habría vuelto loco. Pero, por lo que respecta a eso que algunos llaman «el amor a escribir», yo no entiendo lo que significa. Yo lo siento como una tortura que he de quitarme de encima, nunca como un placer. Todo lo contrario, considero que escribir es muy doloroso.

Esta noche, al regresar del Lido, nos sorprendió una de esas tormentas de verano que se forman en este país tan deprisa como caen los rayos. La góndola estaba en peligro; los

sombreros se los llevó el viento, el bote hacía agua, los remos se perdieron, el mar se picaba, tronaba, llovía a raudales, se hacía de noche y el viento no paraba de arreciar. A nuestro regreso, luego del apretado forcejeo, me encontré con que Margarita me esperaba en la escalinata del palazzo, con sus grandes ojos negros fulgurando entre las lágrimas y la larga melena oscura, que le ondeaba al viento, empapada en lluvia, sobre la frente y el pecho. El viento le batía los cabellos y el vestido alrededor de su figura alta y delgada, y el resplandor de los relámpagos la envolvía mientras las olas rodaban a sus pies, haciéndola parecer una Medea apeada de su carro o bien la sibila de la tempestad. Al verme a salvo, no aguardó a darme la bienvenida, sino que me gritó: «¡Ah! *can'della Madonna, xe esto il tempo per andar' al'Lido?*» (¡Ah! Perro de la Virgen, ¿es éste el momento para ir al Lido?). Luego se metió a todo correr en la casa, consolándose con regañar a los criados. A decir verdad, mi ayuda de cámara, el erudito Fletcher, está aterrorizado por esta criatura. La alegría de ella, al verme esta noche a salvo de la tormenta, no dejaba de tener algo de feroz, y me hizo pensar en una tigresa que acaba de recuperar a su camada. Me ha hecho que la trajinara sobre la mesa de billar, luego en la escalera de mármol y, por tercera vez, con mucho trabajo, contra la jaula donde tengo a mi lobo.

## Capítulo VI

*Me voy a Cambridge,  
donde tengo un oso*

Ay, maestros míos, he aquí toda una conjura. Shelley vino hace dos días, tal como amenazaba. Shelley sigue siendo el mismo extravagante y nunca cambiará: alto, larguirucho, con los pelos de punta como si acabara de recibir una descarga eléctrica, pálido pero sonrojándose como la grana a la mínima, hablando por los codos mientras avanza de dos en dos por los escalones del palazzo para saludarme, con un libro de versos griegos en la mano izquierda, con su risa chirriante de siempre que parece el chillido de los pavos reales, con los ojos flameando llamas azules como los huesos de los santos, los labios enrojecidos y ligeramente entreabiertos, con su torpe precipitación y el *olor* a polvos infantiles que le es peculiar, con esa chaqueta de colegial color verde guisante que le viene demasiado pequeña y sus absurdos pantalones de marinero acampanados en los tobillos. «¡Albé!», exclamó; y luego, lanzándose hacia mí, me besó. Yo procuré esquivar el beso. Y tenía razón. Era el beso de Judas.

Tomamos el té, con tostadas y miel, en la terraza. Mi amigo adora el té y, para ser un trascendentalista, se apresura a dar cuenta de las tostadas. Mientras estábamos allí sentados, hablamos de lo que siempre hablamos entre nosotros, es decir, de Dios, de la verdad, del destino, del libre albedrío. Pero yo sabía en todo momento que lo que le había traído aquí no tenía nada que ver con todo eso. Al fin y al cabo, él ya conoce mi opinión sobre esas cuestiones, y yo la suya, y estamos de acuerdo en que discrepamos. Él cree en la perfectibilidad del hombre y yo creo que soy un mártir de las mujeres. Él cree en el Bien y en el Mal; yo no niego nada, pero dudo de todo. Él cree en la Utopía y yo creo en Venecia. (Un artículo concreto de mi credo, dicho sea de pasada, es que las mujeres de Venecia *besan* mejor que las de ninguna otra nación, un hecho bien notorio que nadie puede discutir y que debe atribuirse al culto a las imágenes y a la temprana iniciación en el besuqueo que de ahí se deriva.) Y puedo agregar que -a menos que sea descartado por meramente jocoso en estas comparaciones-, mientras estaba allí sentado, en la terraza, escuchando a Shelley declamar (verbo que utilizo a pesar del profundo amor que le tengo), mientras estaba allí sentado muy serio, me vino a la cabeza una idea terrible, y era que aun siendo él el honor y la verdad personificados, así como un muy delicado poeta, hay momentos en que no resulta agradable porque se parece demasiado a un predicador metodista que una vez soporté junto con mi madre, el cual, al percatarse de que había una sonrisa profana en parte de su congregación, exclamó con un gran rugido: «¡No hay ninguna esperanza para los que ríen!». Bueno, ahora no me estoy riendo. He aquí la razón.

-¿Cómo está Allegra? -dijo Shelley.

-Muy bien -respondí yo.

-Su madre está preocupada -dijo Shelley.

-Es una mujer atormentada -dije yo.

Shelley se estaba chupando la miel que tenía en los dedos, más bien por embarazo (creo yo) que por glotonería.

-Supongo que no hay ninguna posibilidad de que tú y Claire...

-Shelley -lo interrumpí-, estás diciendo tonterías. Yo nunca quise a Claire, ni tan siquiera simulé quererla. Pero un hombre es un hombre, y si una muchacha de dieciocho años se pavonea ante uno a todas horas...

Se produjo entre nosotros un silencio algo penoso. Luego, yo dije:

-Y de esa forma es como viene la gente al mundo.

-Allegra -dijo él.

-Allegra -dije yo.

-Byron, Claire quiere que la niña vuelva -dijo él.

-No puedo estar de acuerdo en absoluto -dije yo-. La niña no es una pelota con la que jugar. Claire renunció a ella una vez. Maldita sea, ella *quiso* que yo le quitara a Allegra de encima. Allegra es feliz aquí y yo le he tomado mucho cariño. ¿Por qué no le preguntas a ella tú mismo?

-Byron, Claire quiere verla -dijo él.

Sonreí y asentí con la cabeza. De inmediato sospeché que no había venido solo a Venecia, que Claire estaría en su mismo hotel, pero no dije nada.

-Según los actuales acuerdos -dije-, Claire tiene derecho a ver a Allegra de cuando en cuando, con tal de que yo no tenga que ver a Claire en ningún momento.

-Byron, ¿por qué no dejas que Allegra viva conmigo y con Mary? -dijo Shelley.

Educadamente, le señalé que eso ya me lo había propuesto Claire y que yo lo había rechazado, y mi amigo se quedó mirando tristemente una góndola que pasaba, ruborizándose aún más de lo habitual en él, de manera que tuve ocasión de apiadarme en silencio del pobre conspirador en que lo habían convertido su esposa y su cuñada. Esta piedad vino a acabar con mi orgullo. Shelley se percató y esa intuición le proporcionó la excusa que andaba buscando. De inmediato, tartamudeando pero con palabras elocuentes, se lanzó a un largo parlamento sobre abogados y sobre la Clairmont; sobre las historias que Claire había recopilado a propósito de las idas y venidas de mi amante al Mocenigo; sobre cómo la niñera de Allegra, una señorita suiza, se había dirigido a la esposa del cónsul británico en Venecia, la señora Hoppner, suiza a su vez, y había requerido la colaboración de esta robusta dama para que insistiera en que se adoptasen las pertinentes medidas para separar a mi hija natural de su padre natural. Fue un discurso muy feo, y Shelley se daba cuenta, especialmente una frase sobre la «prisión inmoral» que era mi casa.

Cuando hubo terminado, le ofrecí una naranja.

-Seamos serios, Byron -dijo, y lanzó la naranja al canal.

Así que me puse serio. No tenía mucho donde elegir. Dije que, si cabía, aún pensaba peor de la Clairmont ahora que estaba haciendo todo lo posible por privarme incluso de la perspectiva de un poco de felicidad con mi querida hija como pilar de mi ancianidad. Dije que, por otra parte, yo era capaz de retroceder tres pasos con respecto a mis propios deseos y anhelos, y admitir que tal vez no fuera *sensato* que Allegra permaneciera en esta mi *casa* (¿o quizá debería decir casa de fieras?). Dije que opinaba que lo principal era que se hiciese lo mejor para Allegra. De ninguna de las maneras debía pagar la niña las consecuencias del odio que hubiera entre Claire y yo. Con este fin, luego de mucho retorcer los labios y mordernos las uñas, propuse que tomaría las medidas para internar a Allegra en el mejor convento a mi alcance, donde fuera educada, donde sus dos progenitores pudiesen visitarla por separado y desde donde ella pudiera a su vez visitarlos.

Lo siguiente fueron quince minutos de altruistas improprios contra la Iglesia Católica y Romana por parte de Shelley, rematados con la exposición de una doctrina de no sé quién llamada la Belleza Intelectual. Mientras duraba aquello -y con objeto de rehuir las ganas de llorar que tenía-me entretuve fantaseando sobre la maravillosa pelea que se produciría si la arpía de Claire tenía el valor de presentarse aquí y se encontraba con Margarita.

Pero en realidad estoy demasiado sofocado por la desesperación, la rabia y el asco para escribir mucho más sobre este asunto. Baste decir, pues, que acabamos (como creo que ocurre a menudo en la vida real con estas cosas, por no referirme a las novelas) llegando a *un compromiso*. Mi queridísima Allegra y su maldita niñera suiza van a instalarse, a mis expensas, con el cónsul británico, el señor Richard Hoppner, y su santa esposa suiza. Allegra tendrá libertad para venir a estar conmigo siempre que quiera y por tanto tiempo como guste. Su madre disfrutará de los mismos privilegios.

-Byron, estoy seguro de que todo esto será para bien -dijo Shelley cuando hubimos concluido nuestro triste negocio.

Yo no dije nada; observaba a Allegra, que andaba por la escalinata del palazzo, jugando con un barquito de papel. Pero yo también tengo mis espías y mis correveidiles, y he sabido que aquella misma mañana Shelley hizo constar su opinión de que este nuevo arreglo daría más libertad a lord Byron para perder el tiempo con damas italianas cuyo olor a ajo era tan intenso que un inglés normal preferiría no acercarse a ellas, así como (y cito literalmente) con «sinvergüenzas que casi parecen haber perdido los andares y la fisonomía de los seres humanos, y que no tienen escrúpulos en admitir prácticas que en Inglaterra no sólo son inabundables sino que ni siquiera resultan concebibles». A lo cual yo sólo digo: ¿desde cuándo se ha vuelto Shelley un «inglés normal»? Y: ¿es verdaderamente tan inocente, o tan ignorante, con respecto a lo que no sólo conocen y conciben sino que además practican por lo menos mil veces al día quienes no son Shelleys en Inglaterra?

En realidad, casi me resulta creíble que Shelley se haya enamorado ahora de Claire, y si es así, bien podría ser que yo sea culpable en parte de ese desatino; algo me dice que él no la amaría si la amase yo y que él tiene la sensación de que debe amarla porque yo no la amo. En una ocasión Southey dijo que Shelley y Mary y Claire y yo, en aquellos años en que todos vivíamos juntos en Ginebra, formábamos «una liga incestuosa». Lo odio tanto por esta mentira como por sus estúpidos versos. Yo únicamente me acostaba con Claire, y ni tan siquiera a menudo, siendo nuestras relaciones más cosa de ella de lo que suele ser la norma en mis amoríos.

Pero si Shelley se está acostando ahora con su cuñada al mismo tiempo que con Mary, tengo la horrorosa sospecha de que se debe, al menos en parte, a que él nunca se ha acostado conmigo. ¡Cuán complicado y desagradable es el corazón de los hombres! Mi pequeña Allegra se halla bien a salvo de todo esto en casa de los Hoppner, sobre todo teniendo en cuenta que Margarita le daba demasiadas confituras. De manera que mi hija se ha librado de lo que su madre llamaba la «inmoral prisión» de mi compañía.

Mi liberación de la prisión moral que era Southwell se produjo en junio de 1807, cuando yo tenía diecinueve años. Siempre sentí odio por aquel lugar y todo el tiempo que pasé allí fue por necesidad. El hecho es que seguí allí porque no podía presentarme en ningún otro sitio, al estar completamente molido. El vino y las mujeres me derrotaron en aquellos primeros tiempos, y además no tenía un chavo. Así que me vi condenado a subsistir (no puedo decir vivir) en aquel cráter de monotonía hasta que expiró mi minoría de edad. Una vez que sucedió esto, casi nunca he vuelto la vista para preguntarme cómo es posible que soportase la existencia en aquel lugar. Olvidar y ser olvidado por los habitantes de Southwell es todo a lo que todavía aspiro. Sin embargo, simpatizaba con los Pigot. A veces me pregunto qué habrá sido de su vida desde entonces y qué pensarán de mí.

Estaba matriculado en los cursos universitarios de Cambridge desde octubre de 1805, de manera que era estudiante cuando tuvieron lugar mis primeras incursiones en la imprenta. Entretanto, es posible que estuviera cultivando una opinión algo hinchada sobre mí mismo y mis obras. Así que vino bien -en realidad, probablemente podría decirse que fue algo excelente para mí desde cualquier punto de vista- que se produjera entonces una inesperada y rigurosa excepción a la adulación general en que de lo contrario me hubiera encontrado, y de la que (a decir verdad) estaba casi mortalmente aburrido. Todavía no sé con certeza quién fue

la persona que escribió la crítica de *Horas de ocio* en la *Edinburgh Review*. Probablemente sería lord Brougham, a quien posteriormente he tenido sobrados motivos para odiar por su animadversión contra mí durante mi divorcio con mi esposa, pero también me ha pasado a veces por la cabeza que pudo ser algún catedrático de Cambridge estimulado a hacer crítica literaria por el par de comentarios irreverentes sobre la universidad y sus autoridades que contenía mi libro. Aquel artículo, después de todo, era exactamente el tipo de vapuleo pomposo que un catedrático de Cambridge con almorranas era capaz de perpetrar a la perfección. Quienquiera que fuese, el villano nunca dio la cara en público para reclamar sus laureles. Vertió plomo fundido sobre mi cuna. Nunca hubo una crítica tan feroz, tan implacable. El joven aspirante al templo de las musas, como se me calificaba, ni tan siquiera alcanzaba la mediocridad. Según este crítico, mis ideas ni subían ni bajaban de ese rasero: parecían aguas estancadas. Claro que ello era excusable considerando mis pocos años, minoría de edad que era perfectamente perceptible desde el principio hasta el final de la obra como el inseparable compañero de mi estilo. Me ocurrió a mí, como a muchas otras personas, que escribí muchísimos versos penosos en el intervalo entre dejar el colegio y dejar la universidad. Yo debía haber tenido presente, no obstante, que para ser poeta es necesario un poco de sentimiento, y también un poco de imaginación. Mis imitaciones de Ossian y de Homero no habrían sido calificadas de buenos ejercicios en una clase retórica, y no merecían publicarse. En resumen, el crítico afirmaba descaradamente que el joven caballero no había nacido para poeta y que, por lo tanto, debía dejar tan fascinante arte para quienes tenían gusto y talento.

El efecto que causó esto en el joven caballero fue el mismo que un acicate. Respondí a este ataque con lo que constituye tal vez mi primera obra verdaderamente importante, aunque ahora la repudie; me refiero a mi breve sátira *Bardos ingleses y críticos escoceses*.

Hice demasiado honor al sucio criticastro de la *Edinburgh Review*, pese a que implícitamente decía que él era toda mi inspiración. En realidad, unos trescientos ochenta versos de mi poema estaban ya escritos cuando se publicó el ataque, con lo que debería ser lo bastante honrado para confesar que su aguijónazo no tuvo otro efecto que el de dirigir todas mis energías hacia aquel concreto empeño. Agregué a la obra una buena cantidad de pareados y bien puede creer el lector que las puntas y las hojas de los que ya estaban escritos fueron afiladas y empapadas en ácido. (Fue por entonces cuando se me ocurrió por primera vez que Barrabás era un editor y Poncio Pilatos un crítico.) Pero si digo que mi respuesta fue *impulsiva*, no por eso ha de entenderse que la palabra signifique una prisa que no permitiera una minuciosa elaboración. Luego del primer torbellino interior -un amigo que llegó en el momento en que acababa de leer yo la crítica pensó que había sido desafiado a un duelo, y creo que me bebí tres botellas de burdeos aquella noche, después de cenar-, luego de pasado el aturdimiento, decidí responder al golpe con todo el cuidado y la fuerza que requería la ocasión. Me habían asestado un duro golpe y derribado, pero ahora me pondría en pie y seguiría combatiendo. Mi editor era Cawthorne (una empresa londinense en esta ocasión) y el éxito fue rápido. No hay nada como llenar un libro de nombres de celebridades vivas relacionadas con asuntos mas o menos infamatorios para asegurarle una buena venta, y en este caso creo que puedo afirmar que la obra atestiguó el espíritu de su autor. Estaban allí mi inteligencia y mi hipocondría, mientras que en las anteriores producciones sólo comparecía la mitad de mi corazón. Con *Bardos ingleses y críticos escoceses*, la mitad de Londres se rió a carcajadas de la otra mitad, y sollozaron todos los habitantes de Edimburgo. Aunque el volumen se había publicado anónimamente, a nadie se le ocultaba mi identidad.

Pero fue un éxito logrado a un alto precio, y no tardó en llegar la factura. Lo que quiero decir es que muy poco después entablé amistad con varias de las personas a las que había atacado, lo cual hizo las cosas incómodas en el mejor de los casos, y me llenó de genuinos remordimientos en el peor. (Por regla general, lo sensato es que un escritor comparta la mesa con tan pocos escritores como le sea posible, y lo ideal es que se limite a tratarse con

los autores difuntos.) Después de haberse vendido cuatro ediciones pequeñas, hice lo increíble por retirar el libro. Ahora me niego a permitir que se reedite lo que sigue siendo, en mi opinión, un buen poema a la vez que un despreciable monumento a la cólera inoportuna y a la indiscriminada acritud.

Mientras acontecía todo esto, yo me paseaba de un lado a otro por Cambridge, esa ciudad que es una especie de conspiración para poner excesos de carne sobre los huesos de los hombres y tedio en su corazón. Mis habitaciones estaban en el patio de Neville del Trinity, el llamado Muttonhall Corner. Mi carrera en Cambridge fue una combinación de severa sencillez e infatigable disipación, o bien de severa disipación e infatigable sencillez, según cómo se mire. Pasé buena parte del tiempo nadando y buceando con un antiguo compañero de Harrow, Ned Long; competíamos en sacar platos y monedas de un estanque de algo más de cuatro metros de profundidad. También leíamos, sobre todo los poemas de Tom Moore, y hacíamos música, siendo Long el solista de violonchelo o flauta y yo el público. En todas estas ocasiones nuestra principal bebida era la soda, refresco que ha sido un paño de lágrimas de toda confianza durante una gran parte de mi vida, y que sigo tragando con la mano izquierda mientras escribo estas líneas con la derecha.

En aquella época me definía como deísta condenado a no ser nunca feliz, llevaba un pañuelo milanés en la cabeza y cultivaba una amistad romántica y sentimental con un cantor de coro, John Edleston, dos años menor que yo, casi de mi misma talla (un metro setenta y dos), esbelto como una caña y dotado de una hermosa voz. Por una curiosa casualidad, aquel excelente muchacho y yo habíamos nacido el mismo día, incluso a la misma hora. Sin duda, vi en él mi propio retrato, mejorado por un espejo de calidad y un buen marco. Fue mi compañero casi inseparable durante alrededor de un año. Lo primero que me llamó la atención fue su voz, su semblante acabó de retenerla y, luego, sus maneras me ganaron para siempre. A menudo íbamos juntos a caballo hasta Grantchester en una mañana y nos bañábamos en la alberca del molino de Trumpington. Creo que podría decirse que en una ocasión lo salvé de ahogarse en aquella charca. Él me regaló un corazón de cornalina y yo escribí una composición en verso, demasiado sentimental, donde le llamaba «Thyrza», tomando el nombre del *Abel* de Gessner. De haber sido una muchacha, le hubiera hecho la corte. Tal como eran las cosas, nuestra amistad fue apasionada pero pura, casi poética. El pobre y bien amado cantor murió muy joven, de tisis.

Entre las demás personas con las que intimé en Cambridge, destaca en primer lugar y sobre todas John Cam Hobhouse, mi buen amigo Hobby. Hobhouse me resultaba sumamente antipático al principio, pues sólo abría la yema que le hacía la boca en su cara de huevo frito para meterse con mi sombrero blanco, mi casaca gris, mi cabello negro, mi pañuelo milanés y todo lo mío, teniéndome (según él mismo me dijo más tarde) por un redomado fanfarrón. Yo lo consideraba (y lo considero) un holgazán muy decente. Fue la publicación de mi bastante atroz *Horas de ocio* lo que hizo que parpadearan los ojos del liberal de Hobby, lo que le hizo empezar a preguntarse si, después de todo, no tendría algo aquel solitario dandy maniático. Inició su amistad conmigo una mañana, después de decirme que le «había gustado bastante» el libro, y desde entonces se ha convertido en fiel amigo mío hasta hoy y en el único hombre de mi misma posición social que espero que lo siga siendo siempre. El resto de la aristocracia inglesa se limitará, indiscutiblemente, a enviar sus carruajes a mi funeral. Yo cuento con que Cam asista. Y sólo diga lo que quiera decir.

Estaba también Charles Skinner Matthews, con sus greñas de pelo negro indómito y sus pantalones estrechos que nunca alcanzaban a los zapatos como es debido, por mucho que se esforzara su sastre. Matthews, que llamaba a *Miscellany*, obra publicada por Hobhouse y que no «marchaba» satisfactoriamente, su *Miss-sell-any*, siempre fue admirado por mí y por los demás como la persona más divertida, con mucho, de nuestro círculo. Por desgracia, propendía a ser petulante y escéptico, como es habitual entre los bardajas con talento, y aireaba sin mucha delicadeza sus opiniones republicanas a propios y extraños, pero que yo



sepa no tenía otros defectos graves. En aquellos tiempos de Cambridge, a veces participaba en los ejercicios de natación, aunque yo siempre le dije que se ahogaría si alguna vez se encontraba con problemas estando en el agua, dado que nadaba con la cabeza demasiado levantada. En este aspecto, lamento mucho haber sabido lo que decía, como pronto se verá.

Otros buenos amigos míos fueron William Bankes, el explorador, con sus mochilas de botellas de champán; y el cadavérico Scrope Davies, que era becado del King's College y otro competidor en natación, considerado por algunos una compañía poco recomendable para mí en los posteriores días londinenses. Scrope era jugador. Tenía otra pasión, que satisfacía yendo una vez al mes a una casa de prostitución, anunciando siempre su visita con una nota que decía lo siguiente: «Querida Peggy, estaré contigo mañana por la tarde entre las ocho y las nueve en punto. ¡Látigo y knut! Con mis mejores deseos...». Hablaba con una especie de balbuceo, hacía broma de todas las ambiciones satánicas y me llamaba «el Viejo Barón Inglés» porque decía que yo siempre andaba explicando que mi familia era una de las baronías inglesas más antiguas y no de esos aristócratas de la última hornada. Todos éramos buenos compañeros, eructábamos y nos tirábamos pedos en amor y compañía, masticábamos haciendo ruido y leíamos novelas francesas.

En Cambridge, en una torreta que había al final de mi escalera, tenía yo un oso amaestrado, del cual acostumbraba a decir que pretendía conseguirle una plaza de becario, una baladronada no demasiado ingeniosa de la que me sentía muy orgulloso por entonces. El oso se llamaba Osa Mayor. Lo tuve conmigo porque estaban prohibidos los perros de caza.

El resto de mi carrera universitaria nada tuvo de especial. Me proporcionó, no obstante, mi primera degustación de la libertad y la independencia, de las que procuré disfrutar sin demasiada cordura pero a fondo. Sin embargo, podría decirse que las cosas se aguaron, sobre todo hacia el final, debido a la vida disipada. (Y es que por entonces sentía un placer intenso e insano en describir mi vida como un torbellino de vicios y en hablar de mi conciencia como si fuera un cadáver estragado por la corrupción.) Ahora debo confesar, sin disimulos de ninguna clase, que en realidad nunca fui un libertino lujurioso ni un bebedor insaciable, y que, de hecho, ya para entonces, había iniciado mi casi constante batalla contra la natural tendencia a echar carnes. Aunque la vanidad siempre ha sido uno de mis móviles en este empeño, tal vez haya algo del todo despreciable desde el punto de vista moral en la larga y fatigosa batalla por «mantenerse en forma» llevada a cabo por un hombre que de ninguna de las maneras es indiferente a las tentaciones de la mesa, aun siendo bastante estrecho de paladar. Después de todo, e incluso concediendo que algún papel debe de haber desempeñado la vanidad en este aspecto de mi vida, es indiscutible que la principal motivación ha sido la necesidad de mantener el peso para que el pie deforme pudiera prestarme algún servicio. Durante la casi totalidad de mi existencia adulta, mi dieta principal ha consistido en galletas sin mantequilla y soda. A veces casi me he vuelto loco de hambre, y de tarde en tarde, me he entregado a orgías de patatas con pescado, un revoltillo machacado y empapado en vinagre que devoro como un perro famélico. Y también (demasiado a menudo) he tenido que pagar por este desenfreno en forma de ataques de indigestión que me han hecho revolcarme por los suelos como un agonizante. Quizá mi vida haya sido en general desenfrenada, pero creo que nadie puede honradamente negar que también ha incluido un autocontrol fuera de lo normal, y que mi sistemática abstinencia bien puede considerarse que forma parte inseparable de ese tenaz coraje que me ha empujado a tomar parte, y me ha permitido hacerlo con bastante amplitud, en actividades atléticas muy arduas, y eso a pesar de mi inferioridad física y a pesar del dolor que me suponía. Tampoco hay por qué disimular la vanidad en un libro cuyo objetivo es el de presentarme o representarme *tal como soy*. Y tal vez sea éste el lugar de confesar que un amigo que estaba describiéndome como ingenioso y complaciente dijo que, en el fondo, soy escandalosamente presuntuoso, que pienso que todo el mundo debería estar siempre hablando de mí y de mi poesía, y admirándonos. Yo no sé si esto es cierto, pero no

puedo desechar por completo la impresión de mis amigos; quizás esas impresiones sean más veraces que la cara que uno ve en su propio espejo.

No se trata de que lo que perciben los amigos sea siempre cierto. Me acuerdo ahora de un pequeño incidente... Recuerdo que Scrope Davies se presentó de improviso en mi dormitorio (creo que fue en 1807, cuando yo estaba en pleno desmán de dandismo) y me encontró con los papeles de rizar el pelo puestos. «Pero, Byron», dijo él, con aquella sonrisita viperina suya, «yo creía que tenías el cabello rizado de natural...» «Y así es», repliqué yo. «¡Todas las noches se me riza!» Lo que importa en este ejemplo (como en muchos otros) es que sacrifiqué la verdad a la agudeza. Es cierto que el pelo se me riza de forma natural. Los papeles no eran más que una forma de colaborar con la acción de la naturaleza y apresurar el proceso.

Otros entusiasmos de mis días de Cambridge que merecen ser mencionados son el boxeo y la esgrima, así como alguna incursión en el tiro con pistola. John «Gentleman» Jackson, el campeón pugilístico de la época, fue mi maestro y director físico, y su retrato sigue adornando las paredes de mi vestidor. Allí se aprecia una figura verdaderamente formidable, aunque el rostro bien pocas expectativas despierta entre las damas. Pero es que semejante profesión está muy poco pensada para fomentar la belleza del semblante. La misma buena reputación tenía mi maestro de esgrima, Henry Angelo, que compartía la vivienda con Jackson en el número 13 de Bond Street. Mis recuerdos más felices de la universidad son las horas que pasé en mi estudio con los guantes y los floretes, aunque también tengo buenos recuerdos del aroma de ciertos cafés de Benet Street, donde me gustaba instalarme a leer a Pope y a comer tartas de ciruela a escondidas. Yo siempre he sido «papista» en mis preferencias poéticas; aquel hombrecillo de los tiempos de la reina Ana nos supera a todos los demás\*.

A pesar de disponer de una asignación (500 libras al año) que hubiera podido ser más que suficiente para un sujeto cuidadoso, cuando salí de Cambridge estaba lamentablemente endeudado. La preocupación de mi desasosegada madre era muy grande. Debía creo, unas nueve o diez mil libras, y el pobre «Spooney» (Hanson, el abogado de mi familia) se veía casi mortalmente perseguido, por los acreedores y también por mí. Lo cierto es que nunca me he acostumbrado a prescindir de nada, salvo en la comida, e incluso ahí siempre he tenido el vicio secreto de los pasteles de ciruela para adobar los versos. Fue un graduado descontento quien dijo adiós en 1808 a una universidad que se había preocupado de él tan poco como él de ella.

Esta noche me he separado de Shelley de bastante mejor humor, aun cuando él haya considerado oportuno comentar al despedirnos que, en su opinión, mi actual carrera concluirá pronto con algún acontecimiento violento. Antes, habíamos montado a caballo juntos por el Lido y habíamos regresado en mi góndola, pasando frente a la isla donde encierran a los locos. Al pasar frente a la isla, las campanas de la iglesia estaban convocando a los prisioneros a la oración. Shelley manifestó sentirse tan consternado como siempre que alguien reza, e incluso más al tratarse de locos. Pero yo dije que quizás los locos tengan más necesidad de rezar que el resto de nosotros. Mi amigo no salió de su abatimiento y Margarita no colaboró a mejorar las cosas al soltar un *gruñido* cuando quise presentárselo.

---

\* Pope significa en inglés Papa. (N. del t.)

## Capítulo VII

*Mi perro coge la rabia y muere  
mientras yo ocupo mi escaño  
en la Cámara de los Lores*

Llueve. Allegra se ha ido a casa de los Hoppner. Yo echo de menos sus disparates. Tengo dolor de muelas. El reloj se ha parado. Uno de los monos ha vomitado en la escalera y el olor es repugnante. Fletcher se ha ido de putas. Además de todo, confieso que estoy empezando a cansarme de Margarita. Antes, la tigresa de mi amante me hacía reír, por lo menos, con su costumbre de parar y santiguarse en medio del fornicio cuando suena la campana de una iglesia, por muy lejos que sea. Pero ahora incluso este gesto con encanto pagano ha comenzado a hacérseme soso. (Hay demasiadas campanas de iglesia en Venecia, que tocan indiscriminadamente día y noche.) Margarita está muy hermosa con su *fazziolo*, pero, ¡ay!, ella aspira a un sombrero con plumas, como los de las damiselas de Brighton, y en cuanto le tiro sus sombreros al fuego se los compra nuevos con mis cuartos. Además, es terriblemente celosa de mis otros amores y su conducta se vuelve cada vez más incontrolable conforme va ganando confianza conmigo. La última noche del Carnaval, arrancó la máscara del rostro de la señora Contarini, que iba de mi brazo. Se lo reproché, diciéndole que no debía hacer una cosa así a una señora de alta alcurnia, que era «una dama», etcétera. Ella me respondió: *Se ella é dama, mi io son Veneziana* («Si ella es una dama, yo soy una veneciana»). Esto hubiera sonado muy hermoso hace unos quinientos años. Pero ¡ay!, Venecia, su pueblo y sus nobles es muy probable que regresen pronto al mar.

El *cómo* voy a quitarme de encima a Margarita es otro problema, pero un problema que no hay que resolver esta noche...

Lector, te confieso en este punto al que he llegado en la historia de mi vida que estoy pensando muy en serio en la posibilidad de vender mi alma; dicho en otras palabras, que estoy pensando en vender la abadía de Newstead. Sería una forma segura de escapar de mis dificultades pecuniarias, a fin de cuentas. No obstante, los pocos meses vividos allí me convencieron muy pronto de que Newstead no estaba (en aquellos momentos) para venderla. Era como vivir en el paisaje intelectual y emocional de algunos de mis poemas primerizos: los muros incrustados de moho, la melancolía de la hiedra, las rosas llenas de gusanos, la podredumbre. También el espectáculo del viento y la lluvia, y de la grandeza sin futuro. Por no hablar de los cientos de ruidos tenebrosos que eran la música intrínseca de la casa: chasquidos y suspiros, crujidos de la madera y goteras. Pase lo que pase, decidí, Newstead y yo debemos permanecer o perecer juntos. Habiendo vivido en aquel lugar y habiendo volcado mi inquieto corazón sobre aquel lugar, me convencí sin demasiado esfuerzo (pero sí con considerable desilusión, como se verá) de que ninguna presión, pasada ni futura, ningún fantasma ni ningún prestamista, calamidad ni apremio de pago, me moverían jamás a malvender aquel último y esencial vestigio de mi herencia. Albergaba mi pecho por entonces ese orgullo que hace al hombre capaz de soportar penalidades y creerse un héroe por eso mismo. Soporté allí privaciones y aflicciones peores que las del falo de lord Grey de Ruthyn en mis nalgas, pero creo que aun cuando hubiera podido conseguir a cambio de la abadía de Newstead la mejor fortuna del país, hubiera rechazado la oferta sin pensármelo. Spooney siempre me estaba recomendando vender para pagar mis deudas y asegurarme el porvenir. Yo me sentía un hombre de honor en aquellos tiempos y estaba completa y solemnemente decidido a no vender mi solar.

Sobre esta resolución debo decir que creo que fue tan sincera como cualquier otra de las mías. Sin embargo, me apresuro a insultarme, agregando que en 1812 las cosas me parecían lo bastante distintas como para ser capaz de beneficiarme de las 25.000 libras que pagó a título de adelanto el señor Claughton, quien había convenido en comprar mi propiedad por 140.000, pero no pudo en aquel momento satisfacer lo pactado. Y ahora, este mismo año, por fin toda la finca está en vías de ser vendida a un antiguo condiscípulo mío, Thomas Wildman, actualmente coronel del ejército. Las circunstancias son otras; después de todo, han cambiado absolutamente. Yo nunca volveré a pisar Inglaterra.

Pero en mi ardorosa juventud sentía ese inocente y sentimental orgullo por el solar empapado en humedad de mis antepasados, donde, por lo menos en parte, pude llevar una vida sencilla y dedicar casi todo el tiempo a los *Bardos ingleses* y a un puñado de canciones. Mi mayor placer era, según recuerdo, tenderme de espaldas entre los cojines del fondo del bote, en el lago, y alzar los ojos al azul del cielo veraniego, sin pensar en nada en especial, aunque sin duda, de haberme preguntado alguien, hubiera dicho que cavilaba sobre el Sino y el Destino o sobre algún otro dolor de muelas igual de rimbombante. También me gustaba leer en aquella postura dentro del barco. Cuando me sentía cansado de la lectura o de soñar despierto, y quizás un poco pegajoso como consecuencia de tanto ejercicio, me limitaba a dejarme caer al agradable frescor de las aguas del lago, de las que en seguida me rescataba mi querido perro de Terranova, llamado *Contramaestre*.

*Contramaestre* era un buen perro, leal y cariñoso, pero cogió la rabia, ay, y murió en medio de un ataque de locura mientras yo le secaba los espumarajos de la boca con mi mano desnuda. Esto hace que lo considere superior a varias de las mujeres que he conocido: ni siquiera estando enloquecido mordía a nadie más que a sí mismo. La pérdida me causó una inmensa pesadumbre y mandé construir una tumba en el emplazamiento del altar mayor de la ruिनosa capilla de la abadía, con las siguientes palabras grabadas en un lateral del pedestal que sostenía una antigua urna:

Cerca de este lugar  
están depositados los restos de  
quien poseía belleza sin vanidad,  
fuerza sin insolencia,  
coraje sin ferocidad,  
y todas las virtudes del hombre sin vicios.  
Esta alabanza, que sería vacua adulación  
si la pusiera sobre cenizas humanas,  
es un justo tributo a la memoria de  
*CONTRAMAESTRE*, un perro  
que nació en Terracota en mayo de 1803

He de decir que es mi deseo y mi intención reunirme allí con *Contramaestre* cuando me llegue mi hora. Una vez ofrecí esta misma Oportunidad a Joe Murray, aquel anciano caballero que heredé de mi tío abuelo junto con el bosque amputado y la propia abadía. El viejo Joe, empero, no supo apreciar el honor. «Mi señor bien puede yacer con perros, si es su gusto», dijo, «pero yo preferiría ser enterrado como un cristiano.»

Newstead me encantaba por muchas razones, de las que no era la menor la variedad de aposentos. A mi dormitorio, por ejemplo, le llamaban la Celda de los Cuervos, por su proximidad a la colonia de tales aves cuyos graznidos se oían sin parar entre los viejos robles que hay junto a la ventana. Se accedía al dormitorio por una escalera de caracol hecha de piedra, como las de los campanarios de las iglesias, y daba por una puerta a otra estancia (más pequeña) llamada la habitación encantada, porque se supone que allí se aparece un Hermano Negro en vísperas de producirse alguna muerte en la casa o algún cambio en la propiedad de la abadía. Este cuarto era uno de los que se usaban para alojar a los monjes enfermos o moribundos, con objeto de que pudieran oír los oficios de la capilla, contigua a esta esquina de la casa. A mí me parecía la perfecta antecámara para una alcoba.

También había en Newstead una mazmorra que me encantaba usar como cuarto de baño. Era una especie de sótano muy oscuro, situado en uno de los antiguos claustros, al que se bajaba por altos escalones de piedra. Este divertido cuarto de baño mío había sido antiguamente el depósito donde reposaban los cadáveres de los monjes hasta el momento de enterrarlos. Y hablando de monjes, también tuve en aquella época una copa para beber hecha con la calavera de uno de aquellos compadres. La calavera había aparecido al cavar, e hice que la engastaran en plata y la adaptaran para usos festivos, un decadente antojo juvenil que ahora considero reprehensible, dado que estaba inspirado en fuentes impuras (Beckford, Monk Lewis, etcétera). En todo caso, no bebí de esta calavera el domingo 22 de enero de 1809, que fue el día en que alcancé la mayoría de edad. Aunque sí hubo cierta celebración en Newstead, festejo en consonancia con la opresiva pobreza del dueño, y se asó un ternero para mis arrendatarios parientes. Pero yo no participé, pues me hallaba en Londres, en el hotel Reddish de St. James Street, y celebré la efemérides cenando huevos con tocino y una botella de cerveza. Éstos son mis alimentos y bebidas preferidos, en realidad, pero como ni los huevos ni el tocino ni la cerveza me convienen, nunca los consumo salvo en las grandes ocasiones y banquetes, más o menos una vez cada cinco años.

El 13 de marzo de aquel mismo año ocupé mi escaño en la Cámara de los Lores y me sentí muy ofendido con mi primo y tutor, lord Carlisle, dada la frialdad y la desabrida cara larga con que él consideró adecuado recibir mi implícita solicitud de consejo y ayuda en estas ordalías bastante de temer. Le había pedido su apoyo y protección con objeto de ser debidamente presentado a la asamblea. Me respondió con dolorosa indiferencia, extraviando además los necesarios documentos legales, con objeto de retrasar mi admisión, y negándose a presentarme a mis pares. Asimismo, me temo que yo a mi vez quizás ofendiera al lord canciller Eldon, debido a la falta de entusiasmo con que respondí a su bienvenida. En este incidente, él confundió mi seriedad en público con desdén personal. Mi frialdad era el aire estudiado de quien teme que una actitud más cordial pueda interpretarse como una manifestación de disponibilidad a entrar en algún partido. Yo no quería tener nada que ver con ningún partido.

Con la excepción, claro está, de las fiestas en casas particulares\*. Menos de un mes después de haber ocupado mi escaño en la Cámara de los Lores, regresé a Newstead para agasajar a un grupo de amigos solteros, entre otros, Hobhouse, Matthews, Scrope Davies y varios más, siete u ocho en total. Nos entretuvimos con diversiones harto estúpidas, tales como disfrazarnos de monjes y todas las demás farsas que aparecen descritas con sobrada grandiosidad y exageración al principio de *La peregrinación de Childe Harold*. Todo se desenvolvió, a decir verdad, a una escala más modesta de lo que se da a entender en mi poema, ocupando de hecho el lugar de las «chicas pafias» de mi relato dos domésticas flacuchas y una cierta mujer casada, algo falta de pudor, que en una ocasión en que había salido a pasear conmigo a caballo por Brighton se vistió de muchacho para hacerse pasar por hermano mío. Ay, también andaba un poco falta de la destreza verbal que cabía esperar en mi

---

\* El chiste no traducido es que partido es *party* y la fiesta particular en cuestión, *house-party*. (N. del T.)

hermanito. Habiendo sido su montura objeto de la admiración de una dama madura conocida mía, aquella mujer dejó lamentablemente traslucir la farsa que estábamos representando, al responder sin pensárselo: «¡Ezo é! Er jaco me lo dio mi hermano».

Nuestras fiestas en Newstead se prolongaban hasta altas horas de la noche, con lo que nos levantábamos a la una (a excepción del ciudadano Matthews, que se reincorporaba a las once, lo cual le valió una reputación incomparable) y nunca acabábamos el desayuno hasta pasadas las dos y media de la tarde. Luego, dedicábamos el resto del día a montar a caballo, a boxear, a practicar esgrima, a embarcarnos y a jugar con el oso y el lobo que tenía yo encadenados junto a la puerta de la entrada. En mi condición de anfitrión, todos ellos me trataban de «Abad», apodo con el que me quedé para estos concretos amigos durante los años posteriores, a pesar de (o quizá por) mi regla de vida tan acusadamente antimonástica. No obstante, quienes tienen interés en desacreditarme por ser un mero buscador de sensaciones han hecho circular versiones neciamente embellecidas y ordinarias sobre el desenfreno de aquella fiesta y de otras. Lo cierto es que la mayor parte de nuestros placeres fueron inocentes hasta un extremo pueril, si bien nos reportaron tantas carcajadas como es normal entre jóvenes que procuran divertirse juntos. Por ejemplo, una noche Hobhouse, al pasar por la Gran Galería, oyó brotar un gemido resonante de un ataúd de piedra que había descubierto yo en la vana persecución de un tesoro que, según creía, se hallaba enterrado debajo de los claustros. Al acercarse a investigar, temblando algo más de lo que conviene a un escéptico declarado, se levantó del ataúd una figura con vestiduras de monje que le apagó la vela de un soplido. Hobhouse se hubiera desmayado, o se hubiera convertido al papismo en aquel mismo instante, de no haberle revelado en medio de la oscuridad una risita aguda que su asaltante sólo tenía de fantasma lo que el ciudadano Matthews.

No obstante, bien puede decirse que todo esto constituye un conjunto de hechos a todas luces estúpidos que han servido de base a las estrofas iniciales de uno de los poemas menos ridículos de la lengua inglesa, pues en realidad así fue. Si menciono nuestra afición a las trivialidades es meramente por contradecir los rumores sobre la supuesta vida licenciosa y apasionada que se me atribuye haber hecho en los tiempos de la abadía. Yo no me llevé allí a ninguna querida londinense y seduje a bien pocas criadas. La mayor parte del tiempo que estuve en Newstead lo pasé en postura supina sobre el sofá, leyendo. Tenderme de espaldas e ir pasando las páginas de un libro a intervalos regulares ha sido siempre una de mis formas favoritas de placer físico. Es absolutamente cierto que cometí unas cuantas picardías descabelladas con los jóvenes caballeros amigos míos, pero no hicimos nada que no pueda hacer un caballero joven sin perjuicio para sí mismo ni para nadie. En cuanto a las temporadas, más abundantes que las contrarias, en que no hubo ninguna clase de compañía en Newstead, ni para divertirme ni para que yo la divirtiera, y en las que no me dediqué a leer *La dunciada*\* en mi sofá ni a dejarme ir a la deriva por el lago en mi barca, entonces es sumamente probable que estuviera inmerso en mí mismo durante horas, bien en un baño de agua caliente, o bien trotando de un lado a otro por las colinas del parque, con el cuerpo entero envuelto y cargado con siete chalecos, un pesado gabán y bufandas. Estas extravagantes actividades físicas no se deben a ningún motivo más siniestro ni más saludable que mi guerra por mantenerme ligero de peso, guerra que sigo librando hasta el día de hoy y en la que he ganado la mayor parte de las batallas. Cuando tenía diecinueve años, pesaba noventa y tres kilos. El día de mi vigésimo aniversario, había rebajado el peso a setenta y siete. Desde entonces, nunca he superado en mucho la cifra menor, aunque eso me ha supuesto pasarme la mayor parte de la vida hambriento. A mí no me cuesta nada ayunar durante cuarenta y ocho horas. Hace dos años, vivía permanentemente a la dieta de una fina rodaja de pan para desayunar, una cena de verduras frescas y únicamente té verde y gaseosa en el intermedio. Actualmente, cuando se me ocurre la idea de que me estoy consumiendo,

---

\* Poema satírico de Alexander Pope (1688-1744). (N. del T.)

mastico tabaco, goma de almáciga o láudano. Qué distinto, sin duda alguna, de la imagen de lord Byron que se han hecho todas las damitas de Londres. Pero es que la discordancia es mi estilo favorito, lo mismo en la vida que en la literatura. Yo siempre he sido un hombre que se derrama el plato del té sobre los testículos al entregar la taza a la mujer que lo tiene fascinado, para mayor oprobio de mis pantalones de nanquín.

## Capítulo VIII

*Emprendo mi primer peregrinaje,  
cruzo a nado el Helesponto  
y salvo a una muchacha  
metida dentro de un saco*

*Muy señor mío:*

*Le informo con gran pesar de la muerte de mi apreciado amo y señor, que falleció esta mañana a las diez en punto a resultas de un rápido deterioro y de fiebres lentas, como consecuencia de la angustia, los baños de mar y las mujeres, y de cabalgar al sol contra mis consejos...*

Esta mañana he enviado una carta en estos términos a Hobhouse, firmándola «Fletcher». Pero, en realidad, la broma recae sobre mí. Por primera vez en mi vida, me parece que es materialmente posible que me maten las mujeres, mejor dicho, una mujer, la bestia de Margarita. Al principio, inocentemente, la tomé por un ave pasajera. En cambio, ahora presenta todos los consabidos síntomas de estar haciendo el nido: abofetea a mis demás mujeres; aterroriza a mi ayuda de cámara con su feroz modo de gobernar la casa e incluso a Tita, mi gondolero, con su apasionado modo de afilar los cuchillos; da demasiados bombones a los monos y al zorro; y está atiborrando la casa de terror e indigestión. No voy a poder soportarlo mucho más tiempo. Uno de nosotros tendrá que irse, y puesto que yo soy quien paga el alquiler anual (4.800 francos) de esta vivienda, lo mejor será que se vaya ella.

Alentándome, como tengo por costumbre, con alguna digresión personal, llegó el momento en que, buscando alguna manera de escapar de mí mismo, emprendí mi primer peregrinaje. Salir de Inglaterra era una necesidad imperiosa para mi vida mental. Al abandonar las nieblas patrias, tuve la sensación de estar rompiendo las rejas de la cárcel en la que me había pasado toda la vida. A manera de espléndido interludio, experimenté un deleite que hasta entonces me había sido desconocido; mis mórbidos ideales, mi melancolía, mis dudas y mi desesperanza, todo fue a parar al fondo de las cálidas aguas azules meridionales, como si los amorosos besos de la brisa marina penetraran hasta dentro de mi alma. Nada, creo yo, me aporta tanto vigor y tanto alivio como el gran espectáculo de la naturaleza: el viento que apresan y encauzan las velas henchidas; las olas espumosas, hendidas y surcadas por una quilla triunfante; las oscuras profundidades fantasmales que se abren bajo mis pies y las infinitas alturas resplandecientes que me coronan la cabeza; la vida envolviéndome por todas partes, transitando, arremolinándose, emborrachándose con su voluptuosidad; el perfume salobre de la vegetación marina entremezclándose con mi sangre; la fuerza de la indomeñable voluntad del hombre poniéndose de manifiesto en su lucha contra los elementos y la dignidad humana haciéndose real en cada momento bajo la forma de cada pequeña victoria. Mi alma absolutamente siempre rejuvenece un poco cuando tengo que viajar por mar. De todas formas, ya está bien de principios generales de filosofía marítima para un capítulo. Tampoco me propongo ahora presentar ninguna clase de detallada descripción sobre los incidentes de los dos años que estuve ausente de Inglaterra, desde julio de 1809 hasta el mismo mes de 1811. La excursión tuvo una perdurable influencia sobre mi carrera así como sobre mi fama, pero para lo esencial de su espíritu, creo que el lector hará mejor en consultar el poema que emanó de este viaje; por supuesto, *La peregrinación de Childe Harold*. Allí dejé dicho todo lo que tenía que decir sobre el asunto de la primera etapa de mi vida representada como un viaje para



conocerme a mí mismo, con cuantas meditaciones pueda necesitar cualquiera sobre las ruinas de los imperios, la libertad de Grecia, las montañas, el Tiempo, el mar y todo lo que se quiera. Mi intención es tan sólo mencionar aquí aquellas cosas concretas que contribuyan al propósito de la presente obra, arrojando alguna luz o alguna oscuridad sobre mi carácter.

Me recuerdo, a bordo del paquebote, manteniéndome apartado de los demás pasajeros, en el mejor estilo de Childe Harold, volcado sobre la barandilla y los obenques bajo la serenidad de la luz de la luna. Era mi deseo presentar un aspecto casi fantasmal. Con este fin, sólo pasé una velada en la cabina, con el resto de los pasajeros. Entre esas otras personas se encontraba John Galt, el novelista escocés, pero confieso que no estaba en aquellos momentos de humor para hacer justicia al señor Galt. Su suavidad de modales y su ecuanimidad me sorprendieron, si bien, a decir verdad, su estilo no tenía la suficiente deferencia para mis gustos aristocráticos de la época, y al ver que no me era posible infundirle un respeto lo bastante profundo por mi sublime persona, fuese como par o como poeta, experimenté una cierta inquina contra él. La cual se ha desvanecido del todo. Yo creo que Galt sospechaba que yo era orgulloso e irascible, en lo que no andaba muy equivocado. En aquellos días, como ya he admitido, mi aristocracia era furibunda. Esta actitud ha cambiado mucho conforme me he ido convirtiendo, quizás, en un hombre de mundo y más maduro. Sin embargo, creo que siempre he estado dispuesto por mi parte a reconocer los méritos de lo verdaderamente valioso o de las capacidades, sea cual sea el nivel social en que se den.

¿Qué es lo que ahora recuerdo de mis viajes? El haber atravesado el golfo de Vizcaya en medio de una galerna, por supuesto, y haber vomitado en el sombrero; y luego las encantadas y encantadoras costas de la antigua Lusitania, la ancha desembocadura del Tajo, toda rodeada de montañas con las cumbres descollantes medio veladas entre nubes, las frutas doradas escondidas tras gruesas hojas color esmeralda, el aire tan cargado de fragancias que apenas podía aspirar de tanto como me excitaban. En mi imaginación, sigo viendo a Lisboa contemplándose a sí misma en el espejo de sus aguas luminosas y las arboledas floridas de Cintra, en cuyas estrechas callejuelas tan sólo se distinguen monasterios habitados por penitentes y las cruces que señalan los lugares donde hubo muertes y asesinatos. Recuerdo, siempre y sobre todo, las rocas de granito con sus cimas dentadas que parecían -en el veloz tránsito del día a la noche- moverse llevadas por el viento. También, esos valles oscuros y profundos, donde la vegetación septentrional se duele de la ausencia de sol, los declives cubiertos de naranjos, los altozanos coronados de madre selvas plateadas, el rugido de un centenar de arroyuelos desmoronándose en cascadas y la lejana perspectiva del mar que reflejaba la luz en su seno azul celeste. Vi una corrida de toros en Cádiz y me enamoré de la señora Constance Spencer-Smith en Malta. Tardó más en borrármeme el toro que la dama.

Como poeta, deseaba por encima de todas las cosas visitar el país donde nacieron las formas artísticas, el lugar donde tuvieron su más acabada expresión; Grecia, quiero decir. No hay ningún país en el mundo que haya llevado a cabo o materializado con tanta perfección como Grecia la belleza de las ideas. Una vez allí, desde mi navío, avanzando entre los promontorios griegos, vi la sombra de ese peñasco que cuelga sobre el mar de Léucade, donde Safo aplacó en las aguas los infinitos deseos de su corazón. Desde allí, contemplé asimismo la pequeña bahía donde el genio pragmático de Occidente, personificado en Augusto, se impuso al genio exaltado de Oriente, representado por ese personaje fuerte pero lujurioso que es Marco Antonio, el que sacrificó su amor a Roma por la devoción a Cleopatra, la maga, la poetisa, la encantadora, la diosa gatuna capaz de resucitar con sus tiernos abrazos y sus diligentes danzas la teogonía oriental incluso dentro de los templos griegos. Vi el monte Parnaso, cubierto de nieves, y grabé mi nombre como cualquier otro vándalo en el templo de Sunion.

Después de haber navegado junto a las costas del Ática, continué hasta Albania, donde me sentí muy atraído por un espectáculo casi antípoda de la severidad helénica: las

costumbres orientales, la hipérbole, los ropajes sensuales y las voluptuosas fiestas asiáticas. Padebí una gonorrea, dos ataques de fiebres terciarias y hemorroides.

Yo había participado en alguna cacería en Southwell, más porque eso era lo que tocaba hacer ahí que por ninguna clase de amor rural a la caza. (A quien en realidad me hubiera gustado dispararle era, por supuesto, a lord Grey de Ruthyn.) Me disgustan los deportes campestres, aun cuando participe en muy escasa medida en ellos, y siempre he sido amigo de los animales, especialmente de los perros. Por supuesto, es matándolos como participamos en sus juegos, pero fue en el curso de esta primera peregrinación cuando cacé mi último pájaro. Disparé contra un aguilucho en las riberas del golfo de Lepanto, cerca de Vostitza. El animal sólo resultó herido y quise salvarlo, de tan luminosa como era su mirada. Pero languideció y murió al cabo de pocos días, con los ojos puestos en el cielo, y desde entonces nunca he intentado, ni lo intentaré, matar a ninguna otra ave.

Si bien aquella mirada del aguilucho me afligió muchísimo, nada me halagó tanto durante todo el recorrido como mi entrevista en Tepelene con Alí Pachá. En un pabellón de mármol blanco, reclinados en mullidos cojines de rica seda, a un lado un plato ambarino con perfumes y al otro lado café, con sendas grandes pipas delante de nosotros y luces doradas entrando torrencialmente por las celosías y dejando entrever las palmeras que se mezclaban con los cipreses, en semejante escenario conversamos Alí Pachá y yo, rodeados de albaneses con sus gorros adornados con borlas, y de macedonios envueltos en sus mantos rojos, y de negros traídos con grandes gastos desde Nubia. Él, Alí Pachá, me dijo que estaba convencido de que yo era un hombre bien nacido porque tenía las orejas pequeñas, el pelo rizado y las manos finas y blancas. Durante años me ha encantado recordar esta descripción, Dios sabrá por qué. Actualmente me siento inclinado a considerarla más adecuada para un ayudante de barbero. Alí Pachá me dijo también que él era muy aficionado a los ingleses, especialmente a los marineros ingleses. Me invitó a visitarlo por la noche, invitación que esquivé, no sin alguna dificultad.

En las cercanías de Corfú, a bordo de un buque de guerra turco, como consecuencia de la ignorancia del capitán y de la tripulación, estuve a punto de perecer, pese a que el temporal no era demasiado violento. Al oscurecer todo fue aún peor de como había sido durante el día, y una súbita racha de viento, alrededor de la medianoche, lanzó al navío a una hondonada entre las olas del mar, que se le estrellaron encima por la popa, le arrancaron el timón, afectaron las cuadernas de proa y destrozaron el espejo de popa. Fletcher llamaba a voces a su esposa (que estaba en Newstead); los griegos rezaban a todos los santos; los musulmanes, a Alá; el capitán estalló en lágrimas y abandonó la cubierta, dándonos instrucciones para que nos encomendáramos a Dios. Hobhouse -he olvidado mencionar que mi amigo Cam iba conmigo en este viaje- cree que me comporté en esta ocasión con una frialdad y un valor admirables. En verdad, consciente de que mi cojera me impedía ser de ninguna utilidad en la emergencia, me envolví en mi capa de viaje, me tumbé en la cubierta y me puse a dormir. Si lo hice por valor o por cansancio combinado con resignación a lo imponderable y renuncia a rezar, lo dejo al juicio de los demás. Nunca se ha contado entre mis defectos la *falta* de valor. Creo que esto sí puedo decirlo.

Por eso debo mencionar también mi travesía a nado del Helesponto, desde Sestos a Abydos, remedando a Leandro, de la que todavía me siento muy contento. Yo no tenía ningún especial interés en demostrar que Leandro había sido un nadador decente ni tampoco en demostrar que los poetas mienten. Yo doy por supuesto que la parte más sensata de la humanidad ya está convencida de que los poetas mienten y que esa cuestión no tiene demasiado interés, ni desde luego precisaba de mi desmentido por el sistema de mojarme pero no ahogarme en el Helesponto. Lo que me inspiró la travesía a nado fue el deseo de hacerlo por mí mismo, y nada más. Tal inspiración ha sido suficiente, a decir verdad, para sus buenas nueve décimas partes de todas las aventuras de mi vida. De cualquier modo, en mi travesía a nado del Helesponto me acompañó el señor William Ekenhead, oficial de la fragata *Salsette*.

Fue un baño frío de más de seis kilómetros, con una traicionera corriente de costado, y me llevó una hora y diez minutos. Yo nunca me he sentido un lisiado dentro del agua. De hecho, en el escudo de mi familia, hay una sirena que sostiene la divisa *Crede Byron*. Y aquí, en Venecia, hay quienes a veces me llaman «el pez inglés».

Mi «Doncella de Atenas» forma parte también de esta peregrinación. Su auténtico nombre era Teresa Macri y era la menor de tres hermanas, ninguna de las cuales había cumplido los quince años, con cuya madre viuda viví yo durante algún tiempo en la capital griega. Esta muchachita fue la divinidad por servidumbre a la cual adopté la incómoda costumbre local de hacerme heridas en el pecho para manifestar mi devoción. Por lo menos, creo que fue por ella. Todavía conservo un claro recuerdo de un par de ojos azules y fríos como el hielo que me miraban durante las dolorosas operaciones, considerando que no eran nada más que el debido tributo a la belleza de su dueña, sin que de ninguna forma se sintieran movidos a derramar lágrimas de gratitud. Si aquellos ojos no hubieran estado en el rostro de Teresa Macri, entonces habrían sido de alguna de sus hermanas, Mariana o Kattinka, o de cualquier otra maga helena similar de la misma calle, o de una casa a la vuelta de la esquina, o del barrio. La Doncella de Atenas de mi relato en verso me resulta ahora más real que Teresa Macri y sus hermanas. ¿No es terrible? La realidad en sí no tiene más consistencia que el papel y tal vez la musa sea a veces más real que las criaturas mortales en las que fija su residencia de vez en cuando con objeto de deleitarnos y asombrarnos. Recuerdo el placer y el tormento de cortarme la carne con aquella navajita afilada en honor de los fríos ojos azules y juveniles que me observaban hacerlo. Ahora bien puedo remitirme a mi poema sobre la Doncella de Atenas. Lo tengo por aquí, en una determinada página de un libro encuadernado en azul. El resto es una confusa biografía que no tiene ningún interés especial. De todas formas, recuerdo que la madre de Teresa trató en último término de venderme a su hija por seiscientas libras, lo cual estuvo a punto de despojar a Teresa de ser la personificación de la musa.

En aquellos tiempos de Atenas, contraí también cierta fugaz intimidad con lady Hester Stanhope, viajera y aventurera. Su edad y su muy celebrada llaneza de modales imponían obstáculos al amor, pero lo exaltado de su carácter y su gran inclinación a la poesía nos unieron con los más estrictos lazos fraternales y espirituales. Lady Hester había huido a su vez de las nieblas inglesas en pos de la luz y la belleza de Oriente, y en cuanto hubo penetrado en las tierras asiáticas se deshizo de su fe protestante, lo mismo que las serpientes cambian de piel. Cuando la conocí, su Biblia era el universo; su deidad, el infinito inconcebible; y su profesión, la profecía, como en los tiempos de las sibilas. Lo único que le importaba en esta vida, por lo que yo entendí, era una cierta poesía desasosegante, imposible de expresar, que, negándose a materializarse en forma de palabras o de obras, la incitaba a una conducta desordenada y a llevar una existencia vagabunda. Pero su rasgo principal, hay que decirlo, era un genuino (aunque sublime) desarreglo mental. Esta mujer bien dotada y viril hubiera podido pasar por un milagro de previsión y de facultades proféticas si su muerte no hubiera puesto al descubierto su locura. No obstante, me temo que yo le causé una impresión menos que favorable. Creo que contaba que yo era a veces tan indolente que nadie podía hablar conmigo, mientras que otras veces me mostraba alegre con todo el mundo. Además, decía de mí, que era una especie de don Quijote, que había peleado con la policía por una mujer de la calle, y también que aspiraba a llegar a ser algo importante. Me consta que, a su juicio, mi aspecto revelaba una fuerte y tenebrosa propensión al vicio, pues tengo los ojos demasiado juntos para merecer su aprobación y la frente demasiado estrecha. Una conocida de ambos me refirió en cierta ocasión que a lady Hester lo único que le causaba buena impresión en mi aspecto, según sus propias palabras, era esta parte: fue bajando la mano desde las mejillas hasta la zona frontal del cuello. Y los rizos de las sienes, me concedió. Menciono todas estas minucias porque el cómo nos ven los demás tiene interés, o al menos debe tenerlo. Sospecho que a lady Hester Stanhope le disgustaba lo que ella interpretaba como mi política (lo cual, en realidad, consiste en mi entero modo de pensar) bastante más que lo que le preocupaba, en un sentido o

en otro, mi fisonomía. Yo era por entonces como una subespecie de liberal. Posteriormente he simplificado mi postura política hasta reducirla al absoluto aborrecimiento por todos los gobiernos que existen. Dios no siempre será conservador.

El tal combate con la policía a lo don Quijote, dicho sea de paso, se refiere probablemente al incidente que tuvo lugar a finales de 1810, después de haberme abandonado Hobbouse para regresar a Inglaterra. Un atardecer que iba paseándome a caballo por el Pireo, vi a un grupo de turcos que arrastraban un gran saco. Tuve el presentimiento de lo que contenía aquel saco cuando observé que se retorció solo, por lo que me interpose frente a la procesión, debo decirlo, con cierta determinación, amenazando al cabecilla de la partida con una pistola cargada. Abrieron el saco y apareció ante mi vista una muchacha joven, pálida como un cadáver pero hermosa. Su delito, al parecer, era el mismo de María Magdalena, el de haber amado demasiado; y en castigo iba a ser arrojada al mar Egeo dentro del saco. Recuerdo que yo hice el comentario de que, en Inglaterra, si todas las mujeres muy promiscuas fueran lanzadas al mar, formarían un arrecife tal que se podría ir andando de Dover a Calais. En fin, que mediante una combinación de soborno, súplica y amenazas, me las arreglé para que le fuera conmutada la pena a la moza, a condición de que se marchase de Atenas. (Puede verse una elaboración mágica de este sencillo suceso en mi poema *El infiel*.) Este tipo de cosas, digámoslo de pasada, no eran de ninguna manera raras. El propio Alí Pachá, que con tanta hospitalidad me recibió en su palacio, ordenó una vez que doce mujeres turcas acusadas de infidelidad fueran cosidas dentro de sus correspondientes sacos y arrojadas al Bósforo. Ninguna de ellas se quejó. Todas aceptaron la muerte con resignación y en silencio. ¡Hermosos juguetes del destino, se rompieron como el cristal de buena factura contra los acantilados! Dejando de lado tales bellezas, aprendí a sentir antipatía y desprecio por los turcos y por todas sus costumbres después de presenciar cómo desgarraban los perros un cadáver humano abandonado para que se pudriera en las calles de Constantinopla.

En Patrás, en el mismo otoño de 1810, me vi postrado por un ataque de fiebres palúdicas y por poco me muero, no de las fiebres sino por obra de mis médicos. El principal de estos asesinos se llamaba Romanelli. Era un curandero gordo y arrogante, con una raída peluca rubia, que llevaba dieciocho años en pie de guerra contra los enfermos de Otranto, habiendo logrado matar a muchos y lisiar a los demás. (El otro médico que me asistió no era más que un loco que confiaba en su genio natural, sin haber estudiado nunca medicina.) En tres días de sanguijuelas y pociones, el villano de Romanelli me condujo a lo que indulgentemente supuse que sería mi último suspiro, y en este estado redacté mi propio epitafio. Son versos abominables, pero no demasiado malos para un agonizante:

*Juventud, Naturaleza y Júpiter enternecido  
mucho hicieron por mantener mi fuego ENCENDIDO;  
pero como Romanelli era tan obstinado,  
pudo con los tres... ¡y de un soplido lo ha APAGADO!*

La razón de que actualmente no me halle descansando en paz bajo una lápida de mármol con estas palabras encima es que mis dos criados albaneses de la época me rescataron al afirmar que le cortarían el cuello al doctor Romanelli si no se producía una rápida curación. La consecuencia fue que el doctor Romanelli no volvió a presentarse y me recupere.

Respecto a los hábitos insociables de que encontraron pertinente quejarse el señor Galt y lady Hester Stanhope, debo decir que si bien puedo resultar sociable y hasta bastante

divertido en alguna rara ocasión, mi amor por la soledad ha sido siempre algo intrínseco de mi forma de ser. Como escribí hacia el final del peregrinaje de Childe Harold:

*¡Ay! quisiera que el desierto fuese mi morada  
y que sólo me cuidase un Alma buena,  
para olvidarme del todo de la especie humana  
y, sin odiar a nadie, sólo amarla a ella.*

Aunque bien podría pensar que esa situación es un poco excesiva, estar solo en una considerable medida sigue siendo esencial para mí, y tal necesidad no ha disminuido por el hecho de haber sido la forma de vida elegida por mí durante largos períodos desde un principio. Las horas que pasé tendido sobre la tumba del cementerio de Harrow no son más que una muestra de lo que digo. Debo confesar que nunca he pasado varias horas con nadie sin haber sentido deseos de librarme de su compañía. Aun sintiéndome tan amigable como me sentía con Hobhouse, por ejemplo, su regreso a Inglaterra a mitad de nuestro viaje me supuso un alivio. Después de todo, estuvo conmigo durante todo un año, y, desde mi punto de vista, pasar doce meses con una misma persona es absolutamente vomitivo. En cuanto a las mujeres, ¡ay!, no es posible vivir con ellas más de lo que es posible vivir sin ellas. De todos modos, tengo vedada la compañía del Alma buena que preferiría por encima de todas las demás. Pero ya llegaré a eso a su debido tiempo, cuando corresponda.

Lo que disfruté en mis dos años de peregrinación -sobre todo en la segunda parte del viaje-ha quedado desfigurado por un motivo demasiado sórdido para que apareciese en la versión idealizada que se presenta en *Childe Harold*: la preocupación por los medios materiales. En vano escribí a mi madre y a Spooney rogándoles que me auxiliasen; ninguno de los dos pudo satisfacer mis necesidades. Mi peregrinaje había sido emprendido con dinero prestado, en parte gracias a un seguro de vida, y en más de un momento pareció probable que tuviera un final prematuro e ignominioso. Luego, cuando se fue acercando la hora del regreso, tuve que afrontar la desagradable perspectiva de las numerosas negociaciones con abogados y acreedores. Esto, para un hombre que aborrece las gestiones tanto como aborrece a los obispos, constituía una grave preocupación. Todo lo que traje de mi viaje fueron unos cuantos trozos de mármol, algunas calaveras griegas encontradas en sepulcros antiguos, tres criados, dos tortugas y un frasquito con esencia de la planta que utilizó Sócrates para envenenarse.

*Apéndice:* Incapaz de dormir, acabo de releer todo esto (lo cual no es mi costumbre, debo decir). Se me ha ocurrido agregar que, junto con el veneno y lo demás, llevé conmigo a Inglaterra el *Childe Harold*, iniciado el 31 de octubre de 1809 en Jannina, pocos días después de haber conocido a Alí Pachá, y completado en Esmirna a finales de marzo del año siguiente; ligeramente revisado y alargado en Atenas, a comienzos de 1811. La estrofa del poema la tomé, por supuesto, de *La reina de las hadas* de Spencer, obra de la que llevaba conmigo una selección de citas. No obstante, como procuraré poner en claro en el próximo capítulo, en aquella época no tenía muy buena opinión de lo que había conseguido en esta obra (en un primer momento titulada *Childe Burun*, que ya lo dice todo).

La otra cosa que debo añadir es que, aparte del seguro de vida, Harold/Burun/yo tuvo ocasión de realizar este viaje gracias en buena medida a la bondad de nuestro amigo Scrope. Él me prestó el dinero para hacerlo con sus ganancias en una noche gloriosa de juego en Almack's. Lo encontré en sus habitaciones, borracho perdido, junto a un orinal lleno hasta los bordes de billetes de banco y con esta nota en la solapa: «Coge lo que quieras, Byron, pero no

me despiertes». ¡Querido Scrope! Fue conmigo de una generosidad extraordinaria; así como de una extraordinaria paciencia para aguardar la devolución de su dinero.

A propósito, en el transcurso de mis viajes oí en alguna parte un antiguo texto latino (anónimo, por supuesto) llamado *La historia de Nemo*. En este libro, Nemo o «nadie» se usa como un nombre propio. De manera que todo lo imposible, lo inadmisibile y lo prohibido resulta, por contra, permitido a nuestro amigo Nemo. Y, gracias a esta transposición, el amigo Nemo adquiere unas características que casi lo igualan con Dios (o, al menos, con el diablo), dotándolo de unos poderes y unos conocimientos únicos y excepcionales (puesto que, a fin de cuentas, sabe lo que nadie sabe), así como de una libertad extraordinaria (puesto que le está permitido hacer lo que nadie tiene permitido hacer.) Esta noche yo soy Nemo. Todo poeta lo es en algún momento. Pero yo soy el único *lord* Nemo. Nada, mi señor. Pero el viejo Lear tiene toda la razón. Nada saldrá de nada. Así que ¡buenas noches!

## Capítulo IX

*Muere mi madre; una mañana  
me despierto y me encuentro  
con que soy famoso*

He comenzado un nuevo poema, que se llamará *Don Juan*, y ya tengo acabado un canto. Pretende abordar las cosas con un apacible sentido del humor. También es épico, y burlesco, y cuando lo acabe constará de doce libros, incluyendo un vendaval en el mar (exactamente igual que la *Odisea*), un catálogo de buques (exactamente igual que la *Ilíada*), y el tema general del amor y la muerte, con muchos episodios de viajes y tempestades (como en Homero, en Virgilio y en los mejores aciertos de Shakespeare). Sin embargo, no tengo ningún plan para el poema, sólo material. En cuanto al procedimiento, es absolutamente *moderno* en la medida en que favorece las digresiones y la improvisación, alternando brusca y constantemente el humor y el tono, para crear un efecto de impaciencia que confío pueda llegar a convertirse en una absoluta discontinuidad de pensamientos y sentimientos. La estrofa es la clásica octava italiana, pero completamente anglificada y desacralizada, como en el *Whistlecraft* de Frere. En cuanto al personaje Donny Johnny, no tengo la ambición de competir con Amadeo Mozart, sino simplemente la de emplear al españolito como pretexto para mis digresiones. He aquí la estrofa que acabo de escribir en el reverso de la última página del primer canto. Tenía la esperanza de hacerla encajar en alguna parte, pero ahora comprendo que tal vez sea más apropiada como una especie de epígrafe para el experimento que son estas *Memorias*.

*Yo les pediría a los cielos ser tan de barro  
como soy de sangre, carne, tuétanos, pasión y sentimiento,  
para que así por fin el pasado fuera definitivamente pasado  
y en el futuro... (pero estoy escribiendo este pliego  
después de haber bebido todo el día demasiado,  
de manera que tengo la sensación de estar en el techo).  
Pero el futuro, como digo, es una muy seria cosa,  
así que, ¡por el amor de Dios!, ¡vino del Rin con gaseosa!*

No es que esté verdaderamente borracho, puesto que nadie ha escrito nunca tres líneas que merezcan ser leídas en las condiciones de bienestar que reportan la alquimia o la química (con la posible excepción de Coleridge y sus *Kublai Khan*). Que sea *leído* como si estuviera borracho, eso es lo que importa: embriagar al lector con mis estados de ánimo, altos y bajos.

Margarita acaba de acercárase sigilosamente, medio desnuda, para desearme las buenas noches, Me las ha dado con una bendición veneciana: *Benedetto te, e la terra che ti fara!* («Bendito seas tú y la tierra en que te convertirás»). ¿No es bonito? Ella aún me complace de vez en cuando con estas expresiones. Hace un mes, habría interrumpido diez minutos mis trabajos con el cálamo para trabajármela un rato con el pene. Ahora me limito a tomar nota de su melancólico paso por mi cámara y reanudo a toda prisa la historia de mi vida.

Cumplidos dos años de peregrinaje childesco, regresé a Inglaterra en el largo y húmedo verano de 1811, para ser recibido con algo así como gozo por el formal y siempre leal Hobhouse, que provisionalmente adoptaba el monstruoso disfraz de soldado. También otro amigo desempeñó un papel no exento de importancia en los orígenes de mi fama. Se trata de Robert Dallas, novelista y pariente mío, que ya había buscado relacionarse conmigo cuando se publicó *Horas de ocio*. Su deferente aprecio por lo que él se complacía en considerar mi genio era muy gratificante. Dallas era una persona decente, alto, cimbreño, con una cara que daba la sensación de haber estado demasiado tiempo en remojo, un individuo bastante dado a moralizar, pero íntegro. Se impuso a sí mismo la penitencia o la vocación de inculcarme, a mí su joven pariente, buenas costumbres. En esto fracasó, pero el ejercicio era ortodoxo y, sin duda, no perjudicó a su parte inmortal. Confieso que yo disfrutaba escandalizando a Dallas y embaucándolo. Me costó bastantes meses de aburrimiento su gran empeño por reformarme. El buen y querido Dallas era un amigo sincero y es un placer saludarlo como una de las primeras personas que reconoció los méritos, cualesquiera que sean, de *La peregrinación de Childe Harold*. Este reconocimiento se produjo de la siguiente manera...

Cuando cenamos juntos en el hotel Reddish de St. James Street, me preguntó con gran interés por los frutos poéticos de mis dos años en el extranjero. Creyendo entonces, como sigo creyéndolo ahora, que la sátira era mi auténtico punto fuerte, me divertí contándole que había escrito un poema llamado *Alusiones de Horacio*, parafraseando al hacendado latino, algo en el mismo estilo de *Bardos ingleses*. Dallas se llevó el manuscrito a su casa para leerlo. Pero tuvo una gran desilusión. Desayunamos juntos a la mañana siguiente y, luego de quedar claro que no sentía demasiado aprecio por mis *Alusiones*, me preguntó en tono bastante desesperanzado si no había escrito ninguna otra cosa, asombrándose de que no hubiese emborronado ni una sola hoja en respuesta a los estímulos que, a su modo de ver, tendría que haber encontrado en mis viajes por tierras extrañas. Con un poco de mala gana, le confesé que había garabateado una enorme cantidad de estrofas, siguiendo la métrica de Spencer, a propósito de esos vagabundeos. Pero le dije que no las tenía en mucha estima. Le pedí a Dallas insistentemente que hiciera lo posible por que se publicaran las *Alusiones de Horacio*.

Mi amigo me prometió hacer lo que estuviera en su mano por las *Alusiones*, de manera que lo dejé irse con el segundo fajo de hojas manuscritas bajo el brazo. Pero si Dallas se había desilusionado antes, ahora se exaltó. Aquella misma tarde me escribió: «Ha escrito usted uno de los poemas más deliciosos que yo jamás haya leído. He quedado tan fascinado por su *Childe Harold* que no he sido capaz de dejar la lectura en ningún momento».

Esto me resultó agradable, pero yo seguía sin estar convencido. Consideraba superiores las *Alusiones* y, una vez más, intenté convencer a Dallas de mi opinión cuando volvimos a vernos. Al mismo tiempo que dejaba a su disposición la obra spenceriana que tanto le gustaba, le dije que a mi modo de ver ésta no era más que una serie de meditaciones sobre lugares y acontecimientos, dotada de una unidad espuria gracias al personaje fantasmal de Harold, es decir, yo mismo en tono ampuloso. A aquellas alturas yo ya me había formado mi criterio de que, en cualquier caso, era *degradante* para un par del reino aceptar dinero por lo que escribía, aun si se trataba de versos inmortales, y juré que nunca lo aceptaría, juramento que he tenido la sensatez de retirar posteriormente. Me complace señalar aquí que el honrado Dallas, por su parte, obtuvo en estas operaciones un beneficio de unas 600 libras. (*Las Alusiones*, dicho sea de paso, siguen inéditas hasta el día de hoy, pero sin duda le darán de cenar a otro perro cuando el gusto literario popular recobre la sensibilidad más fuerte de Pope y Dryden, mis perennes maestros, en lugar de apegarse a las simplistas estupideces de la negligencia «natural» que han introducido Turdsworth\* y sus renacuajos del país de los

---

\* Turdsworth por Wordsworth; el equivalente castellano sería, en lugar de Valepalabras, Valecagarros. (N. del T.)



lagos.) A pesar de mis reservas, yo daba gran importancia a que, de ver la luz el desdichado *Childe*, lo hiciese parido por una madre de cierta categoría, de manera que, después de un par de desconcertantes casi abortos -fui rechazado por Miller, de Albemarle Street, debido a mis ataques contra el noble buscador de mármoles Elgin, cuyo editor resultó ser Miller-, le dejé a Dallas las manos libres, con lo que él envió mi poema a John Murray, de Fleet Steet, cuyo padre, un ex oficial de la Infantería de Marina, había fundado en 1768 una empresa editorial. De este modo comenzó uno de los matrimonios desiguales menos desgraciados de mi vida, pues Murray ha seguido siendo mi editor hasta el día de hoy.

Todo este alboroto, más las cuestiones legales, me retuvieron en Londres alrededor de dos semanas y me impidieron llegar a Newstead hasta que fue demasiado tarde para encontrar a mi madre con vida. En realidad, su muerte fue tan violenta como violento había sido su carácter. Estaba ya enferma cuando el ebanista y el tapicero de la localidad se le presentaron conjuntamente con las facturas de ciertas restauraciones imprescindibles realizadas en la casa. Mi mamá tuvo un arrebató de cólera que desembocó en un ataque de apoplejía, que la mató como si le hubiera caído un rayo. Con lo que tenía el sospechoso aspecto de una premonición, supe que le había dicho a su doncella, la señora Bye, sólo tres días antes de este acontecimiento: «¡Vaya extravagancia que sería morirme antes de que llegue Byron!». Aunque admito que esta historia me la refirió la propia doncella, no habiendo otros testigos para corroborarla, y es bien sabido cómo son las doncellas.

Me horroriza recordar ahora que, dos años atrás, inmediatamente antes de mi partida al extranjero envuelto en la capa de Harold, mi madre y yo habíamos tenido uno de nuestros peores altercados, que incluyó la decapitación de una estatua con un atizador. Tal vez me sienta bien confesar que en el momento de su muerte mis sentimientos por ella no distaban mucho de la total aversión. Yo debía mi pie torcido a su falsa delicadeza en la época de mi nacimiento y, sin embargo, por lo que puedo recordar de mi infancia, nunca cesó de mofarse de mí y de hacerme reproches por ser un tarado. Incluso pocos días antes de despedirnos, en uno de sus ataques de cólera me lanzó una maldición, pidiendo a los cielos que resultara ser tan deforme de espíritu como lo era de cuerpo. (Si ella pudiera leer el primer canto de *Don Juan*, no me sorprendería que lo considerara una respuesta a su maternal súplica.)

Teniendo algo de esto en cuenta, tal vez se me conceda que mi comportamiento general con ella no fue del todo impropio de un hijo. Yo le escribí constantemente cuando estuve lejos, como se supone que deben hacer los buenos hijos, y si no recuerdo mal, mi ultimísima carta, escrita desde Londres, le manifestaba mi pesar por haberme sido imposible regresar antes con ella y la esperanza de que considerara Newstead como su casa y a mí tan sólo como una visita. Al tener noticia de su enfermedad, la cual conocí el 31 de julio, me apresuré a llegar a la abadía en el carruaje más veloz que pude conseguir, pero la noticia de su muerte me alcanzó cuando aún estaba de camino. Yo le llevaba de mis viajes un chal y un poco de aceite de rosas. Estos regalos los puse dentro del ataúd. Pese a todas nuestras diferencias, sentado junto al féretro percibí lo que tenía de verdad el comentario del señor Gray: «Sólo se tiene una madre». (¡La paz sea con ella!..., cosa probable, puesto que yo no estaré ya a su lado.) Luego, el día del funeral, me encontré con que no era capaz de seguir la procesión hasta la iglesia de Hucknall Torkard. Me quedé en la puerta de la abadía y estuve contemplando cómo se alejaba el coche fúnebre. Cuando se hubo perdido de vista, llamé al joven Robert Rushton, hijo de uno de los colonos y criado mío, y le dije que buscara los guantes para hacer prácticas de boxeo. Pero estuve boxeando sin mi habitual entusiasmo, golpeando con demasiada violencia, y pronto dejé de lado los guantes.

Los eslabones de la cadena de la vida, una vez que se conmueven, se rompen con facilidad. Exactamente dos días después me enteré de la súbita muerte de mi amigo Charles Skinner Matthews, aquel firme republicano, sodomita socrático y, a veces, fantasma. Se había enredado en un fondo de algas cuando nadaba en el río Cam, y se ahogó. En aquel momento tuve la sensación de que alguna maldición se cernía sobre mí y sobre todo lo mío. Mi madre

yacía en el camposanto de Hucknall Torkard; uno de mis mejores amigos se había ahogado en una presa. Entonces, alrededor de una semana después, me enteré también de la muerte de Edleston, el cantor del coro de Cambridge cuya voz me había sonado a música cuando no cantaba. Quizás este último fallecimiento, aunque igualmente lamentable, fue el que menos me sorprendió. Desde la primera vez que lo vi, pensé que John Edleston sería una aparición fugaz en este mundo, como una flor o una mariposa. (Su mismo nombre, acabo de darme cuenta escribiéndolo al margen del texto, es de por sí un anagrama de *Lost Eden* [Paraíso perdido].)

Estos tres golpes se sucedieron uno tras otro tan deprisa que casi me dejaron estupefacto, y aunque comía y bebía, hablaba e incluso a veces me reía, durante algún tiempo apenas conseguí convencerme a mí mismo de que estaba despierto.

Invité a Hobhouse a Newstead, y juntos bebimos a la memoria de Matthews. Cuando él se hubo marchado de nuevo, me entretuve con una pequeña y reconfortante orgía sensual en la que participaban las mozas de la finca. Estuve jugando a ser ordenancista, proclamé un edicto por el que quedaban abolidas las tocas y prohibí que se cortara ninguna melena bajo ningún pretexto. Permití los corsés, pero siempre que no fuesen demasiados escotados.

En noviembre de aquel mismo año, viví una experiencia algo más alegre. Tom Moore, el poeta irlandés, se había visto metido cinco años antes en una especie de duelo jocoserio con Jeffreys, el redactor-jefe de *The Edinburgh Review*, asunto que se había convertido en motivo de numerosas chanzas y que había sido debidamente celebrado en mis *Bardos ingleses*. Moore, que era hijo de un tendero de Dublín, era muy aficionado a lanzar desafíos a duelo, quizá porque eso le hacía sentirse algo así como un caballero. Imaginándose que la insolencia de mis versos era insultante para él, incluso me había honrado con un desafío mientras yo estaba por el extranjero, pero la carta que contenía el desafío fue prudentemente retenida por mis amigos. Ahora volvió a escribirme, en tono menos beligerante, y, luego de varias misivas sin consecuencias, le escribí una carta franca y generosa que condujo a que nos reuniéramos a cenar en casa de un tercer poeta, el banquero Samuel Rogers. En seguida entablamos amistad. Sólo había otra persona, Thomas Campbell, también poeta. Ésta fue mi presentación a los hombres de letras más famosos de mi tiempo. Obsérvese que no digo a los mejores. El mejor es Shelley, por encima de toda la palabrería y de las teorías. Y Scott, si no se tienen en cuenta sus opiniones políticas. En cuanto a Coleridge, yo nunca permitiré a nadie que se mofe de *Christabel* en mi presencia; es un poema hermoso y salvaje.

En aquella cena, recuerdo que Rogers me preguntó si tomaría un poco de sopa.

-No, gracias -dije yo-. Nunca tomo sopa.

-Ah -dijo Rogers, como si considerara que aquello era una muy perspicaz actitud por mi parte-. ¿Un poco de pescado entonces?

-No, gracias -dije yo-. Nunca como pescado.

-Ah -dijo Rogers, en tono un poco menos elogioso, y ordenó servir un plato de cordero.

Yo no lo probé, como tampoco probé el queso ni las manzanas.

Mis colegas poetas comieron todos los platos cada vez más desconcertados.

-¿Un vaso de vino? -me sugirió Rogers.

-No, gracias -dije yo-. Nunca bebo vino.

Tras lo cual, demostrando una cómica desesperación y enjugándose la dura y calva cúpula que tenía por cabeza con un pañuelo de seda color púrpura, Rogers me preguntó *qué* era lo que yo comía y bebía.

-Nada -dije yo-, salvo galletas sin mantequilla y un poco de soda.

Desgraciadamente, mi afable anfitrión no tenía ninguno de estos dos artículos en su despensa, de manera que me vi obligado a complacerlo comiendo unas cuantas patatas hechas

puré en mi plato y regadas con vinagre. Más tarde supe que Rogers se encontró casualmente a Hobhouse a la semana siguiente y le contó esta historia, agregando que, en su opinión, debí de salir corriendo de su casa hacia mi club con objeto de comerme una sustanciosa cena de carne. Amablemente, Hobhouse lo sacó de su error. «¿Y hasta cuándo va a perseverar lord Byron en su excéntrica dieta?», preguntó Rogers. «Exactamente hasta que a usted deje de parecerle excéntrica», respondió Hobhouse.

Mi club, dicho sea de pasada, era el Alfred, un lugar bastante deprimente, sobrio y literario, que no obstante se tomaba la molestia de tener reserva de las galletas que eran por entonces mis favoritas. Yo insistí en invitar a Rogers y a Moore allí, juntos y por separado, e incluso a Campbell, aunque éste me gustaba menos porque era casi completamente distinto de sus obras (lo cual siempre me resultaba a mí mala señal en un escritor). Estuve paladeando durante toda una temporada el sarcasmo de Rogers, hasta que, como ocurre siempre con la malevolencia, advertí con cuánta irreflexión estaba fomentando su egotismo absolutamente fuera de lo normal. Aunque era un esnob, Moore ha seguido siendo amigo mío hasta el día de hoy. De todos los literatos que he conocido, él tiene el inestimable mérito de ser el menos manchado de tinta.

Mientras tanto, Murray se esforzaba por sacar adelante la publicación de *Childe Harold*. Enseñó las pruebas a Rogers, que era por entonces algo así como un árbitro de la moda en determinados salones literarios, sobre todo en el de lady Caroline Lamb (de quien, ay, mucho habrá que decir en el siguiente capítulo). A Rogers le gustaba mi poema, como yo tenía razones para saber, pero estaba convencido de que resultaría un fracaso en cuanto a popularidad, debido a lo que él consideraba su tono quejicoso y la vida inmoral que llevaba el héroe. En consecuencia, lo alababa, poniéndolo por las nubes en privado, como es habitual entre los escritores cuando se enfrentan a un libro nuevo en el que no ven competencia para su propio éxito. Lady Caroline Lamb se tomó sus encomios por lo que literalmente decían e hizo correr la voz, entre los chismosos de su entorno, de que el joven lord Byron había perpetrado un maravilloso poema. A Rogers, le dijo: «¡Tengo que conocerlo! ¡Me muero de ganas de conocerlo!». Después de lo cual y de pensárselo bien, Rogers le dijo que yo tenía un pie deforme y que me mordía las uñas.

Muy pocos días antes de que apareciera el *Childe*, pronuncié mi discurso de presentación en la Cámara de los Lores. Coincidió con la segunda lectura de la ley contra los destructores de telares de Nottingham, propuesta con objeto de sofocar mediante severas medidas represivas las algaradas que organizaban los tejedores para oponerse a las nuevas máquinas, considerando que los despojaban de sus medios de subsistencia. Yo había visto de primera mano algo del conflicto durante mi estancia en Newstead, adonde había sido enviada la milicia para aplastar a los trabajadores que protestaban de que con los nuevos telares un solo hombre podía hacer el trabajo de siete en cualquier fábrica. Tal vez mi cólera estuviese influida por el hecho de que el capitán de la milicia local era el brutal Jack Musters, el mismo que Mary Chaworth había preferido a mí, pero la verdad es que no necesitaba ninguna clase de motivos personales para pronunciarme en favor de la libertad y hablar con la debida simpatía por los oprimidos. Adoptando el papel de un liberal rabioso bajo los ropajes de lord, me opuse a la ley con un vigoroso discurso en el cual comparé bastante desfavorablemente las condiciones de la cristiana Inglaterra con lo que poco antes había visto en las provincias más atrasadas de Turquía. Mi estilo fue de una moderada insolencia y mi retórica tal vez un poco teatral, pero así es como soy yo: bien puedo afirmar que sentía cada una de mis palabras insolentes y teatrales. Al salir de la cámara, excitado por mi propia retórica, me encontré con Dallas. Llevaba un paraguas empapado, que parecía un buitre medio muerto, en la mano derecha y, por lo tanto, sólo me ofreció la izquierda para felicitarme. Yo me negué a aceptar aquella mano, insistiendo en que soltara al buitre y lo hiciera como es debido.

Mi discurso fue algo así como un triunfo, creo yo, pero cualquier idea que albergase sobre hacer carrera política quedó rápidamente descartada cuando a este éxito siguió el

incomparablemente mayor derivado de la publicación de *La peregrinación de Childe Harold*. Confío en que baste con decir por mi parte que una mañana me desperté y me encontré con que era famoso. Las damas se peleaban por conseguir una sonrisa de mis labios; los editores se disputaban los versos de mi pluma. Durante una temporada fui el blanco de todas las miradas de la buena sociedad; lo cual significa que fui el favorito de esos cuatro mil y pico de londinenses que siguen levantados cuando los demás duermen. A la edad de veinticuatro años, en aquella agitada primavera de 1812, yo fui el hombre del momento. Y todo esto no me despertaba sino aborrecimiento. La gloria me era odiosa y el entusiasmo me parecía vanidad. Bebí copiosas dosis en la copa de plata de la fama, pero pronto encontré desagradable el sabor y en todo momento supe que aquello era veneno.

## Capítulo X

*En el que un león literario  
yace con una cordera lunática\**

Lector, ¡ten cuidado! Me temo que en este capítulo va a haber locura; pues fue durante este período de tremenda popularidad cuando sucedió lo que, visto desde hoy, es mi infame aventura con lady Caroline Lamb. Ella fue sin ninguna duda mi genio maligno, un ángel imprescindible; y yo fui, por designación, su amante demoníaco. Sin embargo, debo confesar de buen principio, antes de descender a los detalles del caso, que mi filosofía sobre la mujer es heterodoxa hasta el punto de constituir una blasfemia contra Venus. A pesar del papel que ha jugado el bello sexo en mi vida, y a pesar del hecho de haberme visto constantemente enredado con alguna de sus representantes, en el fondo de mi corazón probablemente las desprecio, y considero que es discutible que las mujeres deban tener permitido tan siquiera sentarse a comer con los hombres. (Hago una tierna excepción a esta regla y a mi desprecio; sobre *éste* ya me explicaré a su debido tiempo, cuando mi historia lo exija y mi coraje esté a la altura de mi amor.) Hablando en general, creo que no sería demasiado injusto conmigo mismo si dijese que he tratado a la mayoría de las mujeres que he conocido con sistemático y coherente amor propio. Por su parte, ellas han sentido necesidad de lanzarse primero a sí mismas sobre mí, y luego el primer ladrillo que han tenido a mano contra mi cabeza. Ninguna de las dos cosas (para desesperación de moralistas y amoristas por igual) es posible, ay de mí, omitirla. Una vez oí contar que lord Byron tenía algo que hacía que las mujeres se sintieran muy felices. Mi respuesta fue que ninguna mujer necesita a lord Byron para ser feliz. Les basta y les sobra con mirarse al espejo y tener una caja de bombones.

Lady Caroline Lamb, la única hija (gracias a Dios) del tercer conde de Bessborough, escribió en su diario que yo resultaba «loco, malo y peligroso de conocer», antes de haber hablado conmigo media docena de palabras. Ella era, en el mejor de los casos, una especie de Ariel licencioso, un duende, una arpía, con cara de marimacho coronada de dorados cabellos empinados, con una voz arrastrada y nasal, con una bonita boca incapaz de decir nada que fuese verdad, con los ojos grandes y turbios, ligeramente bizcos, y con ese prurito entre las piernas que hay que rascar continuamente. En 1805, a los diecinueve años, este demonio se había unido en matrimonio a William Lamb, segundo hijo de lord Melbourne, hombre de cierto ingenio pero de ningún carácter. En el momento en que yo aparezco en su vida, unos siete años después, la feliz pareja vivía bajo el mismo techo, junto con los padres de Lamb, en Melbourne House, Whitehall. Lady Melbourne, que hubiera podido ser mi madre, ya era para entonces una de mis mejores y más juiciosas amigas, y despertaba un interés en mis sentimientos como pocas mujeres jóvenes han tenido la facultad de despertar. Era una persona encantadora, algo así como una moderna Aspasia, que aunaba la energía de una mente masculina con la delicadeza y la ternura propias de la mujer. A menudo he pensado que, de ser un poco más joven, lady Melbourne hubiera podido llevarme de cabeza; de todos modos, muchas veces me domó el alma, devolviéndome la apacibilidad cuando una pasión demoníaca se había afianzado en mi interior.

Su nuera, Caroline, una víbora que me salió al paso, estaba considerada por algunos como nada más que una pequeña y esbelta salvaje de deplorable vivacidad. Criada entre el lujo y la confusión, hija de una de las mejores familias de Inglaterra, con gustos literarios,

---

\* *Lamb*, el apellido de lady Caroline, significa cordero[a]. (N. del T.)

temperamento nervioso y exaltada imaginación, no había padecido ninguna educación que merezca mencionarse hasta alcanzar los quince años, pero entonces una serie de equivocadas lecturas románticas y un promiscuo entusiasmo poético habían excitado terriblemente sus pasiones y le habían procurado una violenta e incluso voraz ansia de amor. Esta joven inconsecuente necesitaba aventuras como algunos ancianos necesitan ostras; era ávida, caprichosa e insaciable. Un dislate de esta naturaleza, creado y alimentado por historias nocivas, es un torrente envenenado que desborda las fronteras entre el mundo de la poesía y el mundo de la realidad. Esta sílfide pertenecía a una leyenda de la que ella era indiscutiblemente la heroína. Pero ninguna de las leyendas existentes era lo bastante ridícula para acomodarse a ella; de modo que, en último término, tuvo que recurrir a escribir la suya propia, después de no haber conseguido vivir ninguna. «Yo sabía que yo era una furia», fue la razón que dio la primera vez que rechazó a William Lamb, al que adoraba. Debido en parte a la educación recibida, más bien a la falta de educación, pero sobre todo por una precoz perversidad que era su segunda naturaleza, carecía de todo equilibrio y autocontrol. Cuando nos conocimos, en la casa de lady Westmorland, me dio la espalda y huyó; un inteligente toque de coquetería, para una buscona. Un par de días después, en Melbourne House, me encontré con Rogers y Moore, que la visitaban. Ella había vuelto de montar por el parque y se dejó caer en un sofá sin cambiarse de ropa. Fui anunciado yo, y de nuevo huyó. «Byron», dijo Rogers, «¿cuál es su secreto? ¡Lady Caroline se sienta con nosotros llena de polvo, pero en cuanto oye su nombre sale corriendo al baño y a ponerse guapa!» Yo sonreí, espero que de forma enigmática, pero muy poco después ya no había ninguna clase de enigma a la vista sino únicamente el espectáculo de las disparatadas indiscreciones de la dama.

Supongo que se me tachará de poco caballeresco por decirlo, pero el enamoramiento de Caro me pareció casi desde el principio bastante lunático. En la primera carta que me escribió me ofrecía todas sus joyas, como si pensara que de esa forma podría *comprarme*. El adulterio era para ella un juego de poder. A partir de nuestro tercer encuentro, cuando por primera vez mantuvo quietos los pies y no huyó, avanzó hacia mí a toda velocidad y sin tregua, persiguiendo a todas horas mi compañía, cortejándome, encantándome, escuchando con avidez cada una de mis palabras, danzando por delante y por detrás de mí como si fuera mi sombra, importunándome con notas y regalos y besos. Estaba enamorada de la idea de estar enamorada de mí. Su corazón era como un volcán y manaba lava por todas sus venas. Yo, por mi parte, consideraba a mi nueva amante tan amable como absurda, desconcertante, peligrosa y fascinante. Le hice el regalo de las primeras rosas de aquella precoz primavera de 1812, diciéndole que me había enterado de que su gracia adoraba todo lo que era nuevo y raro, al menos por un momento. Ella ensayó todos los recursos que conocen las mujeres (y en eso llevan mucha ventaja a los hombres) con tal de satisfacer su deseo de complacerme, y para complacerse a su vez con la intensidad y la arbitrariedad de su propio deseo. Si dejaba pasar un solo día sin visitarla, me enviaba a uno de sus pajes con una carta de amor escrita en un estrambótico papel cuyos ribetes de encaje dibujaban conchas en las cuatro esquinas de la cuartilla. Más de una vez vino ella en persona disfrazada de paje a entregarme semejantes notas, hecha una pequeña libertina andrógina en pantalones. Hubo escenas dignas de *Faublas*. Nuestra intimidad fue cada vez a más, hasta convertirse en la comidilla de Londres, lo cual apenas era sorprendente dado que, de una u otra manera, todo Londres tenía acceso al diario de Caro. Regresábamos a casa juntos después de las fiestas, en mi carruaje, y muy pronto se nos *invitó* a fiestas juntos, como si fuéramos marido y mujer. Y al revés, si había un baile y ocurría que sólo estaba invitado yo, Caro me aguardaba desvergonzadamente en la calle a la salida. Todo era muy estúpido, muy apasionado y molesto, y a la postre vulgar.

El ciudadano Matthews (cuyas preferencias íntimas hubieran podido costarle la horca) acostumbraba exponer la teoría de que lo que a cada persona le gusta hacer en la cama dice mucho sobre su personalidad más profunda y secreta. A lady Caroline Lamb le gustaba hacer cosquillas y que yo se las hiciera mientras le contaba historias sobre cómo había sodomizado a mis compañeros en el dormitorio de Harrow, en tiendas de seda en Albania, al aire libre y

bajo las estrellas de Grecia. La mayor parte de estas historias eran, por supuesto, tonterías que yo inventaba con alegría y sin pensármelo, puesto que eso la ponía caliente y contenta, pero más tarde habría de costarme caro cuando ella decidió, por sus razones particulares y llena de animosidad contra mí, referírselas a mi esposa y a los abogados de mi esposa como si fueran el evangelio. Por lo demás, seguramente al lector le resultará obvio que dos amantes como nosotros no teníamos más remedio que enzarzarnos, cabeza contra cabeza, en muy diversas «escenas», pero, con horror y con disgusto, tengo que reconocer que algunas eran casi repetición de las que había disfrutado con mi madre: Caro hacía añicos la porcelana, me tiraba el salero y el pimentero, azotaba las cortinas y los crisantemos con su fusta, gritaba y chillaba y, por regla general, se portaba mal de un modo muy parecido a como lo hacía la viuda de mi padre. Desde luego, una vez provocado de esta forma, yo recaía en mis antiguos sistemas de importunar, haciendo reverencias y respondiendo con sonrisas a sus diatribas, observando cada berrinche con una frialdad distante y crítica, diciendo muy poco salvo algún extravagante comentario sarcástico reservado para los momentos en que su furia alcanzaba la máxima aparatosidad. De ahí se seguían lágrimas y arrepentimientos por parte de Caro, perdones medio despectivos por la mía y, luego, la inevitable sesión de cosquilleo en el sofá.

Durante algún tiempo, claro está, yo respondí con bastante gratitud a tantísima devoción y estuve en condiciones de desembarazarme de la telaraña que aquella araña sentimental tejía febrilmente a mi alrededor; pero luego empecé a cansarme de aquello y a aburrirme de ella. Mi pasión, tal como había existido, pereció, se consumió en la hoguera de Caro. Es difícil equilibrar el fervor de dos corazones cuando sólo uno de ellos arde con un fuego inagotable; el que se siente menos amoroso se deshace como hielo delante de una devoción que no le es posible comprender ni corresponder. También debo confesar que en aquella época de mi vida yo me encontraba demasiado imbuido de ánimo aventurero para desear consagrarme a la adoración de una única mujer, por mucho que esa mujer estuviera dispuesta a amarme hasta el exceso. Cuando intenté romper con Caro, le dije llanamente que no se trataba de que amase a otra, sino de que me resultaba absolutamente imposible amar a nadie. Estaba cansado de hacer el tonto, y cuando pensaba en el tiempo que había perdido y en hasta qué punto nuestro idilio me había apartado de todos mis planes, lo único que deseaba era acabar con él. Recuerdo que le comentaba a lady Melbourne, muy consciente de que aquellas opiniones le serían transmitidas directamente a su nuera, que a mi juicio lo mejor era hacer el amor de manera mecánica, de forma muy parecida a como se nada, sin pensar mientras se está dentro del agua, pero que ahora había adoptado la solemne resolución de no meterme en el agua y de no hacer el amor a nadie mientras no me viese obligado a ello. La respuesta de Caro consistió en enviarme un gran sobre color amarillo que contenía una muestra de su vello púbico. Yo nunca comprendí aquella acción, aunque tenía cierto tufo a brujería, lo mismo que una ceremonia que tuvo lugar en Bocket Hall, la casa solariega de su familia, donde Caro hizo que se quemara públicamente una efigie mía mientras las mozas de la aldea, vestidas de blanco, bailaban alrededor de la pira.

Nuestra aventura llegó finalmente a su punto culminante, me parece, en una ocasión en que Caro se presentó en mi casa y, al encontrarse con que había salido, escribió de mala manera en el ejemplar del *Vathek* de Beckford que había en la mesilla del vestíbulo: «¡Acuérdate de mí!». A mi regreso, me senté a la mesa y escribí bajo tales palabras una feroz *improvisación*:

*¡Acordarme de ti, acordarme de ti!  
Mientras Lateo enfrío de la vida el ardiente arroyo,  
el remordimiento y la vergüenza no te abandonarán a ti,  
sino que te ronda rondarán como un sueño febroso.*

¡Acordarme de ti! Ay, mucho dudo de poder olvidar.  
Tu marido también pensará en ti.  
Pues nadie de ti se va a olvidar,  
¡tan falsa para él, tan arpía para mí!

Son palabras crueles y terribles, tengo que reconocerlo; pero sigo sosteniendo que no eran falsas. Caro se sintió herida en su corazón cuando tuvo conocimiento de ellas y juró vengarse. Su peligroso amor se trocó de pronto en odio. Al no ser capaz de servirse de la daga, que se hubiera adaptado con toda naturalidad a su talento, empuñó la pluma. Una vez que hubo llenado el tintero de veneno, lo fue vertiendo sobre mi nombre. Reveló sus propias vergüenzas ante el mundo de un modo absolutamente desvergonzado. Al libro de su venganza, donde me describe como un genio del mal con toda la seductora ternura y la innata perfidia de la serpiente que embaucó a la primera mujer, lo tituló *Glenarvon*. No obstante, lo que cuenta es mentira. En este caso concreto, yo no fui el seductor; si acaso, fui el seducido. En cuanto a la similitud que guarda conmigo su desgraciado *Glenarvon*, el retrato no puede ser de ninguna manera bueno, puesto que yo nunca posaba el suficiente tiempo.

La última escena extravagante de esta triste historia tuvo lugar una tarde lluviosa del verano de 1813, cuando nos encontramos por casualidad en el salón de lady Heathcote. (Digo por casualidad, porque yo no hubiera asistido de saber que iba a estar allí Caro.) Lo que ocurrió fue algo así como un escándalo en aquel momento. Lady Heathcote invitó a Caro a que abriese el baile. Creo que lo hizo porque se sentía incómoda viendo cómo Caro mantenía sus ojos entornados clavados en mí. En cualquier caso, la invitación dio lugar a que mi antigua amante soltara una carcajada; sólo que sus carcajadas eran siempre demasiado fuertes y demasiado agudas para cualquier salón en que se hallara, y aquélla concretamente hizo vibrar los candelabros como cencerros y a mí me dio dentera. No obstante, ella hizo una bonita reverencia a la anfitriona. «¡Ay, sí!», dijo. «¡Bailaré de buena gana! ¡Estoy de un estupendo humor en este momento!» Se aproximó un joven y propuso un vals al tiempo que arrancaba la orquesta; a lo cual respondió Caro, dándose media vuelta y llamándome a mí, que estaba en la otra punta de la reunión: «¿Debo entender que *puedo* bailar ahora?». Yo sonreí y le hice una reverencia. «Rodeada de todo el mundo», dije, «¿por qué no?» Mientras ella daba vueltas por la sala como un derviche con prurito, lady Melbourne se me acercó con una fuente de quesos y me rogó que fuera amable, pero yo no estaba para amabilidades. Cuando Caro regresó, sudando, a la sala donde se estaba sirviendo la cena, comenté cuánto había admirado su destreza en la pista de baile. Ella no respondió nada sino que, en lugar de hablar, cogió un cuchillo del aparador y lo blandió frente a mí. «Hazlo, querida», dije yo. Pero si lo que pretendes es representar a un personaje romano, fíjate en hacia dónde diriges el golpe: que sea a tu propio corazón y no al mío.» «¡Byron!», chilló ella. Entonces, puesto que sin lugar a dudas se esperaba de ella que hiciera *algo*, Caro salió corriendo de la sala y pasó a la antesala, donde logró hacerse un ligero corte en la mano, fuera por accidente o a propósito, por mi vida que eso no lo sé, pero el caso es que tenía un corte en el dedo y que la sangre le manchaba el vestido.

Basta ya de lady Caroline Lamb. No lo paso bien retratando a personas que están locas, por miedo a que algo de eso se me pegue. He oído decir que ahora le ha dado por beber aguardiente y tomar láudano, y que está bajo el cuidado de dos loqueros. Nuestra aventura fue melancólica, un desastre del que los dos fuimos culpables, aunque es cierto que le ha tocado a ella la mayor parte del sufrimiento. Pero ni siquiera eso le ha servido para aprender nada.

Hablando de intentos de suicidio, mi Margarita acaba de pasar por uno de los más impresionantes. Siguiendo las indicaciones del médico, la he plantado en la puerta esta mañana. Tras lo cual, se ha apuñalado con uno de los utensilios de panadero de su marido y se



ha tirado al canal por la ventana del dormitorio. Unos gondoleros la han sacado del agua y me la han devuelto. Eso no ha estado bien. Yo perdí mi fe en ella desde el momento en que descubrí que estaba aprendiendo a leer con objeto de espiar las cartas que recibo de otras personas de su mismo sexo. Esta noche vuelve a dormir encima de la panadería, sobradamente resarcido su orgullo herido, con el cojo milord inglés reducido a la categoría de un mal sueño ya medio olvidado por su adorable cabeza hueca. Su partida significa que mis distintos amores venecianos pueden entrar y salir al azar y de acuerdo con las necesidades. En este aspecto, nunca me he sentido más feliz, o más infeliz, no sabría decirlo.

Por alguna razón, me acuerdo ahora de que, en la cumbre de mi pasión por Caro -o, mejor dicho, en el abismo de las profundidades de su pasión por mí-, una hermosa mañana de mayo me acerqué hasta Newgate a presenciar la ejecución de Bellingham, el tendero loco que disparó contra el primer ministro Spencer Perceval en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes. Yendo camino de la habitación de alquiler desde donde se veía el cadalso, nuestro grupo adelantó a una vieja bruja que estaba tirada en un portal. Cuando le eché unas monedas al regazo, se zarandó las faldas para rechazar mi caridad y, luego, nos siguió haciendo cabriolas sobre el empedrado, a manera de una espantosa parodia de mis andares de cojo. Me acuerdo de sus saltos con más claridad de lo que recuerdo las sacudidas de Bellingham colgado de la soga.

Estas *Memorias*, se me ocurre, son un alivio. Cuando estoy cansado -y lo estoy a menudo-me sale esto y se me olvida todo lo demás. Recordar es más fácil que crear. Pero demasiado a menudo me es imposible releer lo que ya he escrito; de modo que Dios sabrá qué contradicciones contienen. No hay que preocuparse. ¡San Judas es mi santo patrón! Si soy sincero conmigo mismo (pero me temo a mí más que a nadie), cada página confundirá, refutará y abjuraré por completo de todas las que la preceden.

De todos modos, ¿qué significa... contar una vida? Que eso se ha vivido ya y que se está intentando resucitar a los muertos. Y ¿qué significa contar la propia vida? Que la vida sigue y que se está intentando demostrar que uno aún no se ha muerto. Sin embargo, el mismo hecho de escribir mata al yo que escribe. No era exactamente mi pronombre de primera persona quien se follaba a Margarita en los días anteriores a que se tirara al canal.

## Capítulo XI

*En el que un poeta con talento  
se casa con una princesa  
de los paralelogramos*

Spooney acaba de llegar a Venecia. Le he pedido que me traiga magnesia (para mis indigestiones) y polvo rojo y cepillos ingleses (para los dientes). En lugar de eso, el viejo idiota se ha presentado en una góndola únicamente cargada de papeles y pergaminos, haciendo aspavientos por haber tenido que atravesar las montañas y descender hasta aquí abajo desde Ginebra. De todos modos, me he alegrado de volver a verlo, y no menos de que el propósito de su viaje fuera conseguir mi firma para vender Newstead a mi antiguo condiscípulo de Harrow Thomas Wildman. El precio es muy inferior al que ofrecía Claughton -noventa mil guineas-, pero a decir verdad yo hubiera cerrado el trato por menos, dados los muchos problemas que ocasiona la finca al negarse los colonos a cumplir sus obligaciones con un propietario que reside en el extranjero. Así que, ahora que Spooney ha vuelto a partir hacia Londres con mi firma estampada en el contrato, cabe suponer que por fin estoy a punto de tener de nuevo fondos.

De todos modos, las cuentas son éstas:

Deuda con los prestamistas: 12.000 libras.

Deuda con Spooney, honorarios: 12.000 libras.

Deuda con lady Byron, dinero convenido: 66.000 libras.

*Total: 90.000 libras.*

De manera que, guinea más guinea menos, no voy a disponer de dinero en metálico a resultas de la definitiva venta de mi corazón, aunque Spooney tuvo buen cuidado en informarme de que los intereses de la donación de lady Byron me reportarán unos beneficios anuales de 3.300 libras. Si se agregan a esto los ingresos por los poemas (en los dos últimos años he recibido más de 7.000 libras de John Murray), entonces soy uno de los hombres más ricos de Italia. Estoy contento de esto, pues, en mi opinión, dinero significa poder y placer, y me gusta inmensamente. Me satisfizo, por ejemplo, poderle enviar un cheque urgente de 100 libras a Coleridge hace un par de años, cuando recibí una carta suya de solicitud, pese a ser un momento en que yo mismo me hallaba asediado por los alguaciles. Cuánto más generoso podré mostrarme ahora que ya no tendré montado encima el sapo de Newstead. Hacer de calavera y de manirroto ha sido siempre mi estilo...

Una vez que mi equitativo y equilibrado amigo Hobhouse me encontró en la cama con dos jóvenes encantadoras, me acusó de no ser más que un calavera. La acusación me dolió. Sigo considerando que no es cierta. Que yo soy un calavera no se puede negar, pero considero que es de pura justicia agregar que hay demasiada materia dentro de mi cabeza y en mi corazón, así como en otros órganos, para que se me pueda describir como un *simple* calavera. Incluso en mis peores tiempos, mi actividad literaria ha sido inmensa e intensa, y además yo siempre he poseído o he estado poseído por un instinto moral de fondo y por una sensibilidad a todo lo bueno que no me ha sido posible desatender. Es, sin duda, a este eterno dualismo mío a lo que mi personalidad debe todo el interés que despierta en los demás. Y donde encuentra su mejor desahogo es en ese revoltijo de petulancia y belleza que constituye mi

nuevo poema *Don Juan*, en mi opinión, de todos los míos, el que expresa de forma más veraz la esencia del hombre. Y de este modo, mientras mi relajada vida londinense seguía su curso, me encontré con que mis pensamientos se orientaban en un sentido general y abstracto hacia el matrimonio.

Era consciente de mi absoluta necesidad de redención, y el matrimonio me parecía el camino más obvio para acceder a ese estado de bienaventuranza. Sin duda, esta fórmula matrimonial, de llevarse felizmente a cabo, me hubiera salvado; y no sólo de mis acreedores y de los críticos literarios. Yo llegué a tal convicción después de un cuidadoso examen de las deficiencias de mi vida anterior y de los imperiosos avisos de mi conciencia. Una esposa, creí, sería mi salvación. Si ha existido siquiera alguna mujer que en aquel o en cualquier otro momento estuviese a la altura de la tarea, no puedo presumir de tener la respuesta, pese al comentario postmatrimonial de mi criado Fletcher: «Cualquier mujer le habría valido al señor, excepto la señora».

Las siguientes líneas del diario que escribía en 1813, la época en que andaba ocupado estudiando mentalmente a las posibles señoras Byron, demuestran que, como mínimo, yo no consideraba la idea desesperanzada, aunque tal vez den otra impresión al lector.

«Que ella no me ame es algo muy probable, así como que yo no la ame a ella [...] lo cual no significa nada [...] Ella tendrá sus propias costumbres; yo tengo buen humor con las mujeres y soy dócil; y si no me enamoro de ella, y me esforzaré porque así sea, seremos una pareja muy bien avenida. [...] Si la amo, seré celoso; por esta razón, no me enamoraré. Aunque, después de todo, dudo de mi temperamento [...], si bien me gustaría tener de vez en cuando a alguien con quien bostezar en compañía.»

Esta visión de mí mismo formando parte de «una pareja muy bien avenida» no carece de humor.

No es necesario que nos ocupemos de la lista de las damas en que fui poniendo sucesivamente (o simultáneamente) mis pensamientos; baste con decir que en un concreto momento estuve atribulado entre tres que conocía y otra cuyo nombre por lo menos ignoraba; pero lo mejor será que pasemos en seguida a aquélla sobre la que recayó el oneroso honor.

Anne Isabela, reducido el nombre para ahorrar tiempo por sus padres a «Annabella» y por mí a «Belle», era hija única de sir Ralph y lady Milbanke, de Halnaby en Yorkshire y de Seaham House en Durham, y hubiera sido imposible encontrar una mujer con mejores cualidades y una esposa más contraproducente para mí. Además de ser una heredera, era una persona con ciertas facultades intelectuales, educada con puritana severidad, erudita en metafísica y en matemáticas, y bastante encantadora en su estilo frígido. Tenía un agudo sentido de sus deberes cristianos; sus pocos amigos estaban devotamente apegados a ella; y toda su vida -una vida de martirio, en su opinión, de eso no me cabe ninguna duda- se había dedicado con gran entrega a las buenas obras, siempre que se me excluya a mí de sus ocupaciones. Sus cartas a mi hermana Augusta escritas después de nuestra separación dan toda la sensación de ser antes las de una mujer madura y mundana (en el buen sentido) dirigidas a una hermana joven y descarriada, que las de una muchacha de veinticuatro años que escribe a otra ocho años mayor que ella en amores y en todos los demás misterios. Fue mi hermana Augusta -cuya sombra tanto oscureció y amargó la vida de mi esposa, aun cuando enriqueciera y diera ternura a la mía- quien dijo de la pobre Belle en los primeros tiempos de nuestro matrimonio: «Creo que nunca he visto, he oído hablar ni he leído sobre un ser más perfecto con figura mortal de lo que parece ser ella». ¡Ay, mi queridísima Augusta! Ésta es verdaderamente la frase más hermosa que seré capaz de escribir en este capítulo y en el siguiente, y la única de que no me cabe duda que salvará el alma inmortal de mi hermana (sin que eso signifique que esta parte de ella haya corrido jamás el menor peligro). Es también un homenaje a Augusta afirmar que nunca, ni en aquel tiempo ni en ninguna época posterior, ha podido ella sospechar que las mismas palabras con que ensalzaba a Belle constituían de por sí una crítica.

Bien puede suponer el lector que fue precisamente esa terrible perfección, servida todo lo fría posible, la que iba a tener la mayor parte de la responsabilidad en el fracaso de mi matrimonio. En mi primera mención de mi futura esposa ya he presentado un vislumbre esclarecedor sobre el efecto que tal perfección tuvo sobre mí. Me habían sido presentados algunos versos de ella para que los valorase, y si bien escribí educadamente sobre ellos, dije refiriéndome a la autora: «Desde luego se trata de una muchacha extraordinaria; ¿quién podría imaginarse que hubiera semejante fuerza y variedad de pensamiento bajo un semblante tan plácido? [...] No siento ningún deseo de conocer mejor a la señorita Milbanke; es demasiado buena para ser accesible a un espíritu perdido y a mí me gustaría más si fuese menos perfecta».

Hum... Vamos a ver. Nos conocimos en una recepción de una tal lady Cowper. Yo tropecé al entrar en la casa y estuve a punto de caerme. En tales circunstancias, un romano hubiera regresado a su casa; pero yo entré y vi a una dama joven, ataviada con suma sencillez y sentada en un sofá, con un semblante cándido y modesto. Sus rasgos, aunque algo irregulares, eran delicados; el pelo oscuro, la mandíbula angulosa, los ojos azules y serenos, y la boca prieta; era graciosa y flexible de tipo, con los modales francos y tranquilos, lo cual creaba un cierto contraste con las artificiosas maneras de la sociedad inglesa en aquella temporada.

Si yo poseo, como creo que es posible, la mayor cualidad del genio, la franqueza, entonces la señorita Milbanke tenía la particularidad que se encuentra a menudo en los débiles mentales: la astucia. En nuestro primer contacto llegué tan lejos como a una declaración de amor; ella, hasta casi una de esas negativas que alientan las pasiones al no restarles esperanzas. Esto dio una apariencia de amor a mis atenciones y un cierto aroma victorioso a su refinada coquetería. Así transcurrió un año, sumido yo en dudas y vacilaciones entre las indomeñables aspiraciones de mi temperamento, que me empuja a lanzarme temerariamente a las batallas del mundo, y los consejos austeros de mi conciencia, que me guía hacia la tranquilidad del amor de la lumbre. Entretanto, puede decirse con toda justicia que la dama no tuvo necesidad de aquellos huevos de mármol lacados que eran por entonces el último grito entre las mujeres, que se servían de tales aditamentos para mantener frías las palmas de las manos cuando estaban acompañadas por hombres.

La primera vez que le propuse el matrimonio, ella lo rechazó. Esto debió de ocurrir en el mes (octubre de 1812) en que Napoleón inició la larga retirada desde Moscú. Muy poco después hice que me examinara la cabeza Johann Spurzheim, el frenólogo alemán, quien afirmó que tenía unas características muy pronunciadas y muy contradictorias, de modo que dentro de mí el bien y el mal se hallan en perpetua guerra. Yo informé sobre estos descubrimientos a la señorita Milbanke. Nuestra amistad, tal como fueron las cosas, había pasado a ser epistolar. La veía de cuando en cuando en la casa de lady Melbourne; pero tenía la cabeza ocupada con otras cosas, como los problemas con Caro. Fue alrededor de dos años después -en realidad, tras unos diez meses sin ponerle la vista encima a aquella mujer- cuando le manifesté lo que venía a equivaler a una segunda proposición. ¿Por qué? Bueno, ¿por qué no? La venta de Newstead a Claughton acababa de fracasar. Necesitaba una heredera y la necesitaba *pronto*. Augusta -con la que residía en aquel tiempo- me había estado aconsejando enérgicamente que me casara. Yo estaba aburrido y angustiado por mi existencia a partes iguales, de manera que acabé por sucumbir a los apremios de mi hermana, quedando como único problema el *¿con quién?* Yo propuse a la señorita Milbanke mientras que Augusta era partidaria de otra, a quien le rogué que escribiera una proposición en mi nombre, para empezar. Esta «otra» (se trataba de lady Charlotte Leveson-Gower) tuvo el buen sentido o la buena fortuna de responder con una negativa, tras la cual me recuerdo haciendo el comentario: «Ya ves que a fin de cuentas la señorita Milbanke ha de ser la afortunada; voy a escribirle». Así lo hice, a pesar de las protestas de mi hermana, pero ella, al leer lo que había escrito yo, comentó: «Bueno, la verdad es que es una carta muy bonita; es una pena que no se

vaya a enviar... Yo nunca he leído una carta más bonita». «Pues sí que la voy a enviar», dije yo, y de inmediato la sellé y despaché el pliego, decidiendo al mismo tiempo mi destino.

Y así fue como la pobre Annabella fue seducida y ganada definitivamente por lo que ella misma siempre describió a los demás como «una carta muy hermosa». Tales son los peligros de la literatura. Cuando oigo afirmar a personas de tan amplias miras como Leigh Hunt que nadie se ha corrompido por leer un libro, me acuerdo de la encantadora epístola que le escribí yo a Belle, que casi le fascinó el entendimiento y le embaucó el corazón. Sin embargo, me estaría pintando inteligente y calculador en demasía si admitiera que hubo la menor falta de sinceridad epistolar. A decir verdad, yo también fui víctima de aquel intercambio epistolar, por coquetear con el matrimonio sin más interés que el de escribir frases bien hechas y por tener la sensación de que bastaba un golpe de suerte en el mundo para hacerse con una amada al uso. ¡Cuán fatal error! En lugar de entrar en el estado matrimonial con una visión realista de la vida, yo iba como quien camina en sueños y recitando versos, a riesgo de tropezar y despeñarse en un abismo sin fondo.

Hay una anécdota vinculada a la recepción de la réplica de Belle a esta «hermosa» y peligrosa carta mía, que me envió pocos días después a Newstead. Estaba a la mesa cuando llegó la respuesta y el jardinero terminaba de entregarme la alianza de mi madre, que ella había perdido años atrás y que había encontrado ahora aquel hombre honrado cuando cavaba en uno de los macizos de flores. Al coger la carta exclamé: «Si me ha aceptado, ¡me casaré con este mismo anillo!». Me había aceptado, ay de mí, y con aquella alianza me casé.

Sólo pretendo hacerme justicia a mí mismo cuando opto por subrayar que es manifiesto que yo no me casé únicamente por dinero -era otra clase de salvación la que estaba buscando-, aunque admitiré que quizá me había hecho a la idea de escapar a los apuros *acuciantes* y que siempre había contado con que mi carrera de soltero culminaría en un matrimonio con una muñequita de oro o saltándome los sesos, no importaba mucho cuál de los remedios, siendo ambos casi iguales. Según el borrador de las capitulaciones redactado por Spooner, yo recibiría 1.000 libras anuales del padre de mi esposa por la benevolencia de arrebataránsela de sus manos, de las que entregaría 300 a Belle para sus gastos, de modo que mis beneficios pecuniarios se reducirían a sólo 700 libras, exactamente la misma suma que tenía que desembolsar en Londres por el alquiler de una casa. Por mi parte, yo legaba a mi esposa la suma de 60.000 libras, respaldada por la hacienda de Newstead, valorada entonces en 2.000 libras anuales. La persona que se hizo cargo de todas estas imprescindibles transacciones fue, en realidad, la madre de mi esposa, que muy pronto comenzó a pedir a gritos que hiciera nuevos y más enérgicos esfuerzos por vender el solar de mis antepasados. Recuerdo haberle contado a lady Melbourne que le había cogido una cuantiosa y bien documentada aversión a mi futura suegra. Al mismo tiempo, me acuerdo de haberle comentado a la misma confidente que Belle era la mujer más *silenciosa* que yo me hubiera echado a la cara, lo cual me causaba una inmensa perplejidad. No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que deseara recobrar algo de aquel silencio, por poco que fuese.

Ahora que reflexiono sobre el asunto (espero que por última vez), da la impresión de que debieron de ser bastante patéticos, y aún más ridículos, mis esfuerzos por convencerme a mí mismo y convencer a los demás de que yo tenía alguna esperanza de felicidad en mi nuevo estado de hombre comprometido en matrimonio. Pueden ustedes creer que mi sincera intención era desempeñar mi papel con toda honradez y ser un buen marido, fuese lo que fuese del animal que es uno, pero al mismo tiempo sabía desde un primer momento que mi carácter era demasiado fuerte para que yo pudiera formar una pareja feliz. Por ejemplo, me sentía humillantemente consciente de la desigualdad de mis capitulaciones matrimoniales; pero al hablarle de esto a un amigo recuerdo que le dije: «Ya sabes tú que se debe pensar en esas cosas lo menos posible... ¡Dios la bendiga! Ella no tiene nada que ver con eso».

Mis últimos días de soltero transcurrieron de muy buen humor, en Londres, en compañía de Tom Moore, que se sentaba al piano y se ponía a cantar sus melancólicas

canciones irlandesas mientras yo bebía aguardiente. Por fin, a comienzos de noviembre de 1814, me despabilé y partí hacia el norte, en dirección a Seaham. A Hobhouse (mi padrino), con quien hice el viaje en silla de posta, le confesé con toda franqueza que no estaba enamorado de mi prometida; pero, al mismo tiempo, le hice saber que sentía por ella esa consideración que constituye la más firme garantía de duradero afecto y de felicidad conyugal. Cuando conoció a Belle en Seaham, Hobhouse me dijo que la encontraba algo desaliñada, aunque (admitió) tenía unas piernas y unos tobillos excelentes. Por mi parte, tan pronto como volví a ponerle los ojos encima, supe que estaba cometiendo un error. Iba a casarme con una ecuación matemática dotada de pechos, con la encarnación femenina de todas las virtudes letales.

Me acuerdo muy bien de haber hablado seriamente con Hobhouse sobre la cuestión del traje de bodas, sobre si debía ponerme una levita negra o bien una azul. Se decidió que debía ser negra, por ser más adecuado este color a mi estado de ánimo. Luego, la noche anterior a la boda, me casé con Hobhouse; esto significa que hice un pequeño ensayo en el que mi viejo amigo compareció vestido como la novia y haciendo su papel. Ni siquiera esta diversión consiguió aligerar mi alma y mi espíritu. Me atrevo a decir que me había deprimido el descubrimiento de que mis futuros suegros consideraban el colmo del ingenio hacer interminables chistes sobre pulgas y salchichones. Las pulgas todavía hubiera podido soportarlas, pero los salchichones eran demasiado para un hombre de mi sensibilidad.

La mañana del día de la boda, el lunes 2 de enero de 1815, me sentía invadido por las más melancólicas cavilaciones al contemplar mi traje de novio extendido delante de mí como una mortaja bien planchada. De todos modos, me lo puse y desayuné a lo grande, como corresponde a un condenado a muerte. Luego, para pasar el rato hasta la hora del golpe mortal, que eran las once en punto, siguiendo mi costumbre, busqué refugio de los problemas en los brazos de la madre naturaleza, es decir, di un largo paseo junto al mar por uno de esos bosques ingleses que en esta estación están pelados, fríos y desolados como tumbas. Hacía un día feo y desagradable. Las nieblas se cernían sobre la tierra y sobre mi alma. No obstante, a la hora señalada comparecí a mi ejecución, que se llevó a cabo, con fruición, en el salón de Seaham House, celebrada por el reverendo Thomas Noel, párroco de Kirkby Mallory. Belle se mantuvo tan firme como una roca durante la ceremonia, aunque recuerdo su observación dicha en un suspiro de que nuestro pastel de bodas hacía que el monte Ossa pareciera una verruga; comentario éste que yo encontré bien poco simpático, dado que me pareció una broma premeditada. Cuando se le saltaron las lágrimas después de la ceremonia, la consolé asegurándole que tal vez fuésemos tan felices como si nunca nos hubiéramos casado. ¿Qué más? Ah, sí; Hobhouse me señaló más tarde que al oír las palabras «te otorgo todos mis bienes terrenales», aparté la mirada de Belle y le dirigí a él una sonrisa. Este hecho me parece ahora más adecuado para dar una impresión veraz sobre cuál era mi estado de ánimo en aquel momento que la estampita de colores de tres al cuarto que pinté en mi poema *El sueño*, escrito después de la separación, en julio del año siguiente. Tal vez en aquellos momentos me pasaran por la cabeza, o tal vez no, extraños recuerdos de Mary Chaworth -honradamente, ahora no me acuerdo si ocurrió una cosa u otra-; pero, incluso si los tuve, lo indiscutible es que aparecen un tanto exagerados en esos melancólicos versos.

Por lo que yo recuerdo después de los años transcurridos desde entonces, ni mi esposa ni yo demostramos demasiada emoción cuando nos bendijo aquel clérigo que sorbía por las narices, y el único histrionismo visible en la ceremonia fueron los profusos sollozos de mi suegra. Hobhouse llevaba guantes blancos; Belle, un traje sencillo de muselina blanca. Recuerdo que las esterillas de arrodillarse no mullían lo más mínimo el duro y rugoso suelo del salón y que el clérigo interpretó mal la dolorosa expresión de mi rostro cuando me arrodillé delante de él para aparentar devoción religiosa.

Por cierto, cuando fui a poner la alianza de mi madre en el dedo de Belle, descubrí que era demasiado ancha para ella. La cosa no tenía nada de particular, al ser mi novia delgada

mientras que mi madre había sido corpulenta. Belle aceptó la adversidad con buen talante, pero lady Milbanke armó a continuación un gran alboroto, con chillidos, carreras y manoseos, decidida a afianzar el anillo con ayuda de un lazo de cinta negra. Aquello no pude tomarlo por un buen augurio.

Para viajar, Belle se cambió el vestido de novia por una pelerina de satén color pizarra con el cuello de piel blanca. Nos montamos en el carruaje. Estaba nevando. Recuerdo al buen y querido Hobby corriendo largo rato al lado del vehículo mientras avanzábamos por el camino de la casa, apretándome la mano por la ventanilla abierta, sin ganas de dejarme ir. Luego, él desapareció, y Belle y yo nos quedamos por fin solos. Ella no dijo nada. Yo vi que las lágrimas brillaban en sus mejillas. Como hago siempre que me siento desgraciado, me puse a cantar. «¿Qué lengua es ésta?», me preguntó Belle. «Griego, por supuesto», respondí yo. Sonaban las campanas de la catedral cuando atravesamos las calles de Durham. «Repican por nuestra felicidad», dijo Belle. «O por nuestra desgracia», dije yo, y seguí cantando. La canción no era griega sino albanesa.

Este viaje a Halnaby, donde pasaríamos lo que yo he llamado nuestra «luna de melaza», vino a resultar una especie de caricatura del viaje más largo -si bien, tal como fueron las cosas, tampoco mucho más largo- en el que nos habíamos embarcado la pareja malavenida que formábamos nosotros dos. Nos detuvimos en un albergue de Rusheyford y yo comí una tortilla. Belle estuvo retorciendo la servilleta en su regazo y mirando concentradamente el fuego. Ninguno de nosotros tuvo nada que decir para llenar aquella situación. Cuando volvimos al carruaje, me sentía demasiado desanimado incluso para cantar.

Era de noche, gracias a Dios, cuando llegamos por fin a Halnaby Hall. Yo iba medio congelado de frío y el patio estaba lleno de gansos que graznaban sobre la nieve. Recuerdo que los criados armaron gran alboroto a cuenta de Annabella, sobre todo un mayordomo bizco y una doncella llamada señora Minns, que nos acompañó escaleras arriba hasta nuestra cámara nupcial con una vela en cada manaza. Los aposentos daban al norte, a unos prados cubiertos de nieve. Había una chimenea encendida en cada habitación pero bien poco hacían por disipar el frío. Me fijé en que las cortinas de los lechos eran de damasco.

Creo que fue en ese momento cuando dije algo imperdonable a Belle, algo así como que ya era demasiado tarde y que ella hubiera podido salvarme si me hubiese aceptado la primera vez que yo le pedí la mano, pero que ahora ya no había ningún remedio para mí: había ocurrido algo irreparable y, a su debido tiempo, ella se daría cuenta de que se había casado con un demonio. Yo pronuncié estos comentarios muy en serio, como se podrá comprobar cuando aborde la historia del auténtico objeto de los afectos de mi corazón. Este momento, empero, tal vez sería el adecuado, si el lector o lectora se encuentra tan ofuscado y perplejo por mis oscuras alusiones como lo estaba la pobre Belle en nuestra noche de bodas.

Cuando vi la consternación dibujada en su rostro, me eché a reír y quise fingir que estaba bromeando. La verdad, me temo, es que ahora tenía en mi poder a aquella patética princesa de los paralelogramos y que deseaba, por encima de cualquier otra cosa, que comprendiese cuál era su situación. En el momento de acostarnos, le pregunté si pensaba dormir en la misma cama que yo. «Aborrezco dormir con cualquier mujer», recuerdo que le dije, «pero tú puedes quedarte conmigo si ése es tu gusto.» Era su gusto y pasamos la noche sobradamente bien, aunque mi novia resultó ser virgen y, además, un hueso bastante duro. La poseí en el canapé de la sala de estar antes de adelantar su educación un poco más entre las sábanas. Sorprendentemente, teniendo en cuenta su frialdad cuando estaba erguida y su pasión por las estadísticas, encontré que a Belle no le repugnaban sus deberes conyugales. Nuestra luna de melaza no fue exactamente una catástrofe. Ella pasaba mis poemas en limpio por las mañanas y yo le enseñaba nuevos procedimientos para componer pareados rimados todas las noches. En las primeras etapas de su aprendizaje sexual, claro está, no se privó de la experiencia de comerse una manzana a dos carrillos, con la cara vuelta de lado sobre el almohadón, mientras yo me esforzaba allá abajo como un galeote, e incluso hubo una terrible

ocasión en que tuvo el valor de preguntarme si había acabado ya, cuando aún no era así. No obstante, antes de que concluyeran las semanas que pasamos en Halnaby, logré iniciarla, a ella que era la menos juguetona de las mujeres, en las delicias del ayuntamiento a la italiana, es decir, que la sodomice. En realidad, creo que tengo derecho a presumir de que lady Byron disfrutaba de este modo aún más de lo que disfrutaba con las atenciones de mi verga por la otra abertura, y en mi opinión debió de llevarse un gran susto cuando sus abogados matrimoniales le advirtieron más tarde que aquel acto constituía un delito criminal. Uno de los recuerdos más enternecedores que conservo del tiempo que pasamos juntos en Halnaby es la imagen de Belle doblada sobre el sofá donde la había poseído la primera vez, con un cojín apretado contra su vientrecillo, el vestido remangado, los calzones bajados y las nalgas apretándose y aflojándose con estremecimientos anticipados mientras aguardaba el embate de mi polla... Este recuerdo contribuye sin duda a hacer más tenebroso lo que, por lo demás, no pasaría de ser un incidente verdaderamente absurdo, que marcó la noche del día de nuestra boda. Al despertarme del primer sueño en un ambiente extraño, con la cabeza medio atontada de sopor, vi el resplandor del fuego que ardía en la chimenea transparentándose entre los cortinajes del lecho nupcial. «¡Santo Dios!», exclamé. «¡Seguro que estoy en el infierno!»

Luego de una estancia que se prolongó hasta casi tres semanas en Halnaby, regresamos a Seaham House, donde permanecemos otras seis y donde me aburrí miserablemente por las noches debido a la afición de sir Ralph a esos execrables monólogos que los caballeros ancianos se complacen en denominar conversación. Recuerdo que me contó interminables anécdotas sobre clérigos conocidos suyos, en buena parte obispos. Disponiendo yo de poco que ofrecer en aquella misma línea a manera de reciprocidad, lo obsequié, no obstante, con la historia de cómo lady Caroline Lamb se levantó una vez de la mesa donde cenaba para preguntarle a su marido: «George, ¿cuál es el séptimo mandamiento?». «No te preocuparás», dijo George Lamb. Mi suegro afirmó que encontraba la anécdota divertida, pero yo me di cuenta de que sus ojillos engurrñidos se movían de un lado a otro como si medio esperase que surgiera un duende de detrás de los morillos de la chimenea y me llevara consigo a Halifax o a regiones más infernales todavía.

Sólo después de hacer una visita a mi hermana Augusta, en su casa de Six Mile Bottom, cerca de Newmarket, nos trasladamos a Londres Belle y yo, instalándonos en el número 13 de Piccadilly Terrace, donde estaría nuestro hogar durante el resto de nuestra breve vida en común...

Pero me han agotado tan ambrosíacos recuerdos de mi princesa de los paralelogramos. Bien puede ser cierto que, como una vez le dije a ella muy al principio de conocernos, el gran objetivo de la vida sea sentir, sentir que se existe, aunque sea mediante el dolor. Pero en este momento yo no siento más que cansancio y el deseo de librarme del cansancio. Oigo a mi criado Fletcher roncar como un cerdo en la habitación de al lado. Creo que lo mejor será que imite su ejemplo.

Pero primero, como hago siempre antes de dormir, un sueño en verso:

*Ay, hora fatal, que vio triunfar mi plegaria  
y comportarse cual Ganimedes a mi tierna novia.  
Una dulce saliva de mi boca salida  
corre y el paso hasta su nuevo himen lubrica.  
El dios de Tespis bate sus rosadas alas  
y ríe al ver su victoria del todo realizada.  
Cierto que de los labios de ella brota un gemido  
de gusto o de rabia, es ya tarde para decidirlo;*



*pero yo juro que no hubo señal ninguna  
de que su placer en todo al mío no igualara  
¡Ay, hora fatal!, pues de ti datan mis tormentos:  
entonces comenzó a manar la fuente de su odio eterno.  
Las arpías de sus pechos arrancaron el secreto sagrado,  
luego me llamaron monstruo; y con lengua de diablo,  
misteriosos cuentos de falso arte satánico tramaron,  
cuentos que nos obligaron para siempre a separarnos.*

## Capítulo XII

*Nueve meses de arrobamiento hogareño  
en Piccadilly Terrace, 13*

Hoy es el día de mi cumpleaños, de mi trigésimo primer cumpleaños. He celebrado el acontecimiento completando un segundo canto de mi nuevo poema, *Don Juan*, y dando instrucciones a Murray para que imprima cincuenta ejemplares del Primer Canto del mismo para uso privado. Hobhouse y otros amigos de Inglaterra me han aconsejado que no lo saque a la luz para el público en general, aduciendo que la obra podría resultar ofensiva debido a lo que ellos llaman «ataques» contra mi esposa y también debido a las «obscenidades y blasfemias». No pienso hacer alteraciones en lo que he escrito ni permitir que se corte un solo verso por consideraciones morales, de manera que no hay más que hablar. Visto esto, está perfectamente claro para mí que las presentes *Memorias* tampoco verán nunca la luz del día mientras yo viva, y quizá ni siquiera después. Mi obra más sincera resulta ahora inviable de publicar; Amén. Tengo problemas estomacales. He firmado un codicilo para agregar a mi testamento por el que otorgo un legado de 3.000 libras a mi hija Allegra. Vuelve a ser época de carnaval en Venecia y durante los diez últimos días no me he acostado hasta las siete o las ocho de la mañana. Sólo para sumarlo al resto de mis problemas y aflicciones, permítaseme anotar aquí que, además, estoy infamemente enamorado de la mujer más estrambótica que jamás he conocido, una condesa de Ravena de diecinueve años, llamada Teresa Guiccioli, que está casada con un individuo de más de cincuenta. Qué agradable es hacer el amor dentro de una góndola acortinada a una muchacha de la ciudad donde está enterrado Dante. Shelley, nada más conocerla, se ha pronunciado sobre ella diciendo que, en su opinión, constituye una clara mejora, no sólo con respecto a Margarita sino también en comparación con las *ragazze* de alquiler que ocuparon el puesto de Margarita. Mi ardiente condesita, dice el autor de *La reina Mab*, es «sentimental, inocente y superficial». De modo y manera que es lo que me conviene.

En cuanto a la historia de mi separación matrimonial, voy ahora a relatarla tan deprisa como me sea posible. Desde el mismo día de nuestra boda me encontré avanzando hacia nuestra separación. «¡Qué locura cometí casándome!», le comenté a Hobhouse, al volver a verlo en Londres; y todavía tiendo a estar de acuerdo con esta sensación, que fue la tónica de mis lamentaciones desde el principio hasta el final. Yo soy esencialmente, como una vez observó Scrope, un hombre de hombres, y mis actitudes habituales hacia las mujeres pueden resumirse en términos francos y sucintos. Las considero algo muy bonito y muy divertido, pero criaturas inferiores que se hallan tan fuera de su lugar en nuestras mesas como lo estarían en nuestros órganos de gobierno. Con relación al género femenino, todo el conjunto de nuestro sistema actual no me parece a mí que sea sino un remanente del barbarismo caballeresco de nuestros antepasados. Yo veo al género femenino como a niños crecidos; pero, como una mamá tonta, soy constantemente esclavo de esos niños. Los turcos encierran a sus mujeres y son mucho más felices; si todo lo demás falla, siempre quedará el saco y el Bósforo. Para decir la verdad, aunque pueda ser herética, yo no acabo de estar convencido de que las mujeres tengan alma.

Uno de mis prejuicios es la manía, sin duda ridícula, de sentir una profunda aversión a ver comer a las mujeres. (Pese a esto, debo defender que de ninguna manera es más absurda que la sorpresa del personaje de Swift al enterarse de que una persona del bello sexo caga.) De todos modos, dada mi aversión y otras susceptibilidades del mismo estilo, ¿qué esperanza podía haber de que alcanzase la felicidad conyugal con nadie, y menos con una pareja tan

poco idónea para representar el papel de la hermosa esclava como la ex señorita Pitágoras de Halnaby Hall? Los hombres buscan la perfección en los objetos de su amor; las mujeres, la imperfección. Pero, en este caso, los dos buscábamos en el otro bastante más de lo que suele ser el *desideratum* general. Las opiniones de Belle sobre la vida estaban tan formadas y eran tan exactas como laxas e intuitivas eran las mías, y ella vivía de acuerdo con sus expectativas del mundo, de manera coherente, bien que un punto demasiado coherente para mi gusto. Ella era, dicho con toda literalidad, demasiado buena para mí. Por supuesto, a mí me era imposible mantener a aquella criatura dentro de un desprecio indulgente, lo cual hay que agregarlo a la amargura de mi conciencia por sentirme tristemente incapaz de llevar a cabo las buenas resoluciones con las que en justicia debía ganarme un buen nombre. El año escaso que pasé en Piccadilly Terrace fue un año en el que la desgracia no hizo más que crecer. En el origen de todo esto había una absoluta y desesperanzada incompatibilidad. Lo primero en que pensaba siempre lady Byron era en lo que ella se merecía. Yo deseaba a todas horas que pensara un poquitín en lo que se merecían los demás, incluido yo. Mi pecado dominante, supongo, era la falta de dignidad, cosa de la que ella andaba sobrada. Cuando estallaba, ante ligeras provocaciones, en uno de mis incontenibles ataques de cólera, su calma me acicateaba y me sentaba como un reproche; le daba un aire de superioridad que me humillaba y acrecentaba mi *mauvaise humeur*. Para ella, el nivel más alto a que podían aspirar los amantes era la mutua estima; para mí, el mutuo orgasmo. Mientras tanto, por supuesto, el mundo seguía su propio curso sin parar mientes en el estancamiento y monotonía en que se hallaba nuestro matrimonio. Napoleón volvía a apuntar hacia Inglaterra y yo me sumé al comité de dirección del teatro de Drury Lane.

Al principio las cosas no hubieran tenido por qué parecer tan mal, a ojos de Boney, pongamos, o de Edmund Kean. Teníamos un nutrido servicio y dos carruajes, aunque los alguaciles se llevaron parte del mobiliario a lo largo del año. El hecho de que *El sitio de Corinto* y *Parisina* se enviaran al editor en sendas copias hechas a mano con la hermosa letra de mi esposa habla por sí mismo, al igual que, en menor medida, la reflexión de que fue aquél un período de considerable actividad literaria, pues, además de las dos obras largas, se escribió entonces *El mundo no puede reportar ningún placer*, *Nosotros no te maldecimos*, *Waterloo*, *¿Tienes que marcharte, mi glorioso jefe?*, *La estrella del valiente* y *Adiós a Napoleón*, una producción nada despreciable para unos pocos meses, aun estando repletos aquellos meses, como lo estuvieron, de distracciones de carácter nada poético. En cuanto al mundo de la literatura, conocí por fin a sir Walter Scott, quizás el único escritor vivo por quien mi aprecio y admiración no tienen límites, y cabalgué en un caballo de balancín moteado con los hijos de Leigh Hunt mientras su padre me sermoneaba sobre Castlereagh. Recuerdo la sabiduría trémula de la sonrisa de Scott cuando comentó que pensaba que mis opiniones políticas y religiosas cambiarían conforme cumpliera años. «Supongo», dije yo, «que usted es una de esas personas que profetizan que me volveré metodista.» «No», dijo Scott, «yo no espero de usted una conversión tan vulgar. Más bien cuento con verlo refugiarse en la fe católica y distinguirse por la austeridad de sus penitencias. La clase de religión a la que usted debe, o puede, adherirse algún día ha de ejercer una gran influencia sobre la imaginación.» Me regaló una daga, engastada en oro, que fue en tiempos propiedad de Elfie Bey. La tengo ahora a mi lado, sobre el manuscrito de mis *Memorias*.

No mucho antes de la batalla de Waterloo, hubo un encuentro entre lady Caroline Lamb, muy bien empolvada, y lady Byron, encumbrada de virtudes, en casa de una o de otra, ya no recuerdo en cuál, lo juro por mi vida. Cualquiera que fuese quien rindiese la visita, como es fácil de comprender, el encuentro estuvo marcado por una exuberante cordialidad por ambas partes. Me han contado que Caro sostiene que me estrechó la mano en esta ocasión, y que le pareció que tenía yo la mano fría, aunque me mostré amable. Si es cierto, entonces debía de estar yo borracho o drogado, pero por mi parte lo dudo. El comentario de Belle sobre Caro fue: «No había visto nunca a una gata de aspecto tan espantoso».

Los problemas económicos, esos poderosos disolventes de la felicidad hogareña, estuvieron muy presentes desde el inicio de nuestro enlace. Durante los nueve meses que vivimos en Piccadilly Terrace, creo que no hubo menos de nueve ejecuciones de embargo en la casa, y no le costará mucho a nadie imaginarse la irritación que provocaba la pluscuamperfecta Annabella cuando se deslizaba en la habitación donde me hallaba yo, su señor, sentado delante de la chimenea y rumiando nuestras vergüenzas, y me asaltaba con la fútil pregunta: «¿Te interrumpo, Byron?». «¡Del peor modo!», decía yo. Bueno, así era ella.

Mi trabajo en el comité directivo del teatro de Drury Lane tampoco contribuía a la paz conyugal. Yo no era la clase de marido cuya esposa aprobara que tuviese frecuentes contactos con las damas de la escena, una de las cuales, Claire Clairmont, se convertiría en la madre de mi hija ilegítima Allegra, aunque debo destacar que yo solo me acosté con esa arpía cuando ella se lanzó a mis brazos y que ese miserable y rutinario fin de semana ocurrió *después* de mi separación de Belle. En cuanto a la preñez, cuando tuvo lugar la batalla de Waterloo mi esposa llevaba tres meses en ese estado. De no haber sido tal el caso, bien que me habría ido yo con Hobhouse a Francia, a seguir la fortuna de los ejércitos. «¡Pobre hombre!», dijo él cuando supo que Napoleón había sido derrotado. Exactamente lo que yo sentí.

Regresó Hobby. Murray me preocupó diciéndome que había consentido sin temor en leer mis últimas obras a la señora Murray, dado que había reconocido la delicadeza de la mano que las había copiado. Se nos colocó un alguacil a dormir en la casa. Censuré a Belle cuando sorprendí su zafia mirada avarienta sobre mi biblioteca. Ella se miró la punta de la nariz e hizo el comentario de que los alguaciles casi parecían haberse convertido en el objeto de mi amor por aquellos días. Así seguimos. Pasó la primavera, pasó el verano, llegó el otoño y se extendieron las habituales nieblas sobre el río. En la última semana del embarazo de Belle, añadí a mis demás delitos el de beber láudano. Me gustaban los reflejos color rubí del frasco chato al atardecer sobre la repisa de la chimenea. Leí en alguna parte que un caballero inglés se retiraba a su cama durante el invierno con la botella de láudano por toda compañía; aquello me pareció en aquel tiempo una admirable estrategia. El fuego resplandecía, saltaban pavesas a la alfombra y yo no lograba reunir ánimo suficiente para molestarme en pisarlas, de tan despatarrado como estaba en mi butaca, pasando las páginas de *Christabel*, de Coleridge. Mi conducta era en muchos aspectos brutalmente desconsiderada y desatenta. Insistí en hacer todas mis parcas comidas a solas y me pasaba interminables días en un enfurruñado silencio. Mi única buena obra, podría decirse, fue que en noviembre escribí a Murray y le dije que publicara a Coleridge. Lo hizo al año siguiente; éste es uno de mis pequeños servicios a la poesía inglesa, que ahora recuerdo desesperado porque el resto de mi existencia durante aquel siniestro período pueda parecer tan negro. Ay, gracias a mis súplicas publicó Coleridge su *Kubla Khan*. Ustedes podrán decir lo que quieran sobre mí, pero al final tendrán que reconocer esto: distinguía un buen poema cuando lo leía.

Conforme se fue acercando el parto de Belle, comenzó ella a albergar serias dudas sobre mi cordura y a sentir miedo por su seguridad personal. No la sosegaba mi costumbre de tener pistolas cargadas en el dormitorio, aunque yo siempre entendí este hábito como un rasgo de responsabilidad. Una noche en que llegué borracho en mi carruaje y, al parecer, me dominaban los remordimientos, calificándome yo mismo de monstruo y todo eso, me lancé atormentado a los pies de Belle y me revolqué un poco por el suelo, aullando y llorando. Asombrada por este resurgimiento de la virtud (según supuso ella), la pobrecita se emocionó a más no poder. Le corrieron por el rostro lágrimas de alegría y de piedad, y exclamó: «¡Byron, todo está perdonado! ¡Nunca, nunca volverás a oírme un reproche!». Entonces me puse de pie, doblé el brazo sobre el pecho y solté una carcajada. «¿Qué significa esto?», gritó mi esposa, más sorprendida todavía. «¿Un sencillo experimento filosófico», expliqué yo, «eso es todo.» Como Belle continuó desconcertada, le recordé que aquella misma mañana había jurado ella que no volvería a hablarme mientras no retirase yo mis palabras de que ella era una

fórmula matemática con guantes de botones, lo cual, innecesario era decirlo, yo no había hecho. «Sólo deseaba estar seguro de cuál es el valor de tus promesas», dije.

Supongo que debo reconocer que la mujer estaba siendo juzgada con excesivo rigor. No obstante, no es cierto que durante los dolores del parto yo tirara botellas de champán vacías contra el techo para fastidiarla; ni tampoco disparé mis pistolas dentro del cuarto donde estaba durmiendo, como alegraría ella posteriormente. La verdad es, sencillamente, que yo tenía en aquella época la mala costumbre de utilizar un atizador para arrancar los tapones de mis botellas de soda y que los ruidos que le llegaron a Belle, que estaba en el dormitorio, no eran más que la consecuencia de esta actividad inocente bien que irreflexiva. Nuestra hija Ada nació el 10 de diciembre de 1815, pese a los miedos de su madre y las fantasías de su padre. Yo quise a esta niña desde el momento en que la vi y la sigo queriendo. No obstante, la llegada de Ada a este mundo se produjo demasiado tarde para mantener unidos a sus padres. Quizá siempre fue demasiado tarde para eso, desde el principio de los tiempos.

Vi a lady Byron por última vez una tarde de mediados de enero de 1816, casi exactamente un mes después. Ella entró andando en la sala donde yo estaba sentado con Augusta, extendió la mano y dijo: «he venido a decirte adiós, Byron». Creo que encogí el brazo. Desde luego, me puse en pie y me dirigí a la chimenea, apoyándome contra la repisa, pegando la mejilla a la fría rotundidad de la botella de láudano. Luego, me giré y, con una sonrisa, pasé la vista de mi esposa a mi hermana. «¿Y cuándo volveremos a reunirnos los tres?», dije en tono galante.

«En el cielo, confío yo», dijo Annabella, y se fue.

## Capítulo XIII

(XXX)

Comenzaré este capítulo, que es el más tierno, el más secreto, el más amargo, el más profundo, el más oscuro, el más difícil y el más exigente de todos los que componen la historia de mi corazón, pidiendo al lector que lea meticulosamente un poema mío que no tengo intención de publicar en ninguna otra parte. Sólo ruego que sea leído con cuidado y con atención, y con amor a la verdad, que es como fue escrito.

*No hablo, no respiro, no escribo la palabra.  
Doloroso es el sonido, culpable es la fama...  
Hemos amado, ¡y todavía, ay mi adorada, amamos!  
El momento en que la pasión podía cesar ha pasado.  
Nos arrepentimos, abjuramos, romperemos la cadena,  
nos separaremos, volaremos hasta... ¡unirla de nuevo!  
Pensarlo será locura y pecaminoso quererlo.  
¡Perdóname, mi adorada! ¡Renuncia si es tu deseo!  
Pero yo no puedo arrepentirme de lo que nunca recordaremos...  
Y firme con los altaneros, pero humilde contigo,  
será el alma en sus momentos más resentidos.  
Y este amor del que no voy a privarme es tuyo,  
aunque el precio que pague sea el eterno infortunio.*

¿Rudimentario? ¿Sin pulir? ¿Falto de toda mi chispa habitual? Sí, sí, y sí, pero estos versos fueron escritos con el corazón y apuntan contra todas las razones y discreciones. Los escribí en mayo de 1814. El tema, el motivo, su razón de ser, es mi único amor verdadero, mi hermana Augusta.

Había visto a Augusta -la hija única de mi padre con su primera esposa, lady Carmarthen- alguna vez, cuando ella me visitaba en Harrow y venía a pasar las vacaciones en Newstead. Pero en el sentido en que se dice en el poema, en el espíritu que ahora me cautiva, la verdad es que Augusta entró verdaderamente en mi vida el verano de 1813. Yo tenía entonces veinticinco años, era famoso, estaba aburrido de mi fama y todavía bajo los perturbadores efectos de Caroline Lamb. Ella, cuatro años mayor que yo, era divertida, veleidosa, amable, y sin duda andaba en pos de esparcimiento luego de varios años de matrimonio con un papanatas. Pero, ay, ay, mi queridísima Guss, mi pichoncito, mi dulcísima hermanita, ¿cómo voy a describir tu llegada al umbral de mi puerta de Londres como si simplemente fuese un acontecimiento cronológico más entre, pongamos, mi aventura con la libertina lady Oxford, a la que se le reventaba un vaso sanguíneo cada vez que la montaba en Eywood, y la crasa ambición mía del momento, que consistía en abandonar la ciénaga legamosa de mi propia fama y conseguir un pasaje en un buque de guerra para zarpar hacia otra puesta de sol en el Mediterráneo? Yo te diré cómo fue, por mi propio gusto. Y para mi

propio pesar, además. Recuerdo, como si fuese ayer mismo, tu súbita aparición en mis habitaciones de Bennet Street, a primeras horas de la tarde del domingo 27 de junio. (Soy un enamorado de las fechas y ésta la conmemoro.) Llevabas una capa de terciopelo azul ribeteada de seda blanca y un sombrero de terciopelo azul con una pluma de avestruz. Eras tímida e indómita, y descuidada con tu aspecto, con los labios saltones y las cejas fruncidas de todos los Byron, y cuando hablaste, lo primero que me llamó la atención fue que, lo mismo que yo, nunca te tomabas la molestia de pronunciar ni una «r». Desde un principio, creo, me enamoré de tu voz, no sólo de lo que decías, aunque encontraba aquel parloteo infantil, aquel condenado trabalenguas, inefablemente dulce y seductor al oído, sino, ay, de las mismísimas subidas y bajadas del tono, de la enloquecedora viveza, de la hermosa incoherencia pueril de tu cháchara. Sí, fue tu forma de hablar lo primero y lo que más me encantó de ti. *Los misterios augustales*, le puse yo a aquello.

Me acuerdo de que, en el primer encuentro, me preguntaste, sin parar en urbanidad ni en convencionalismos, si tenía algunos versos nuevos para enseñarte; y yo repliqué que, aunque te los leyera, tú no los entenderías; y tú te pusiste a reír, sin sentirte en absoluto ofendida ni desairada, sino en realidad *satisfecha*, con una risa que era pura satisfacción de que yo te hubiera desenmascarado, y de que hubiera reconocido en ti alguna clase de rara sensibilidad para lo cómico y lo disparatado. No mucho después, aquel mismo verano, tú ya me llamabas Baby B. y yo te trataba de Hermana Pichona\*. Cualquiera hubiese encontrado aquello necio, pero para nosotros esos mismos nombres ridículos constituían la llave para entrar en un mundo infantil y crédulo en el que podíamos jugar a los papás, como hacen los niños, sólo que haciendo lo que no hacen los niños.

Hicimos el amor en Bennet Street, sí; nosotros teníamos el santo de espaldas y nos picaba la curiosidad y no supimos contenernos. Pero en Londres tú estuviste vergonzosa y yo hube de ser mirado. Lo que recuerdo es el otoño y el invierno siguientes en el campo. Tú me hablaste de tu casa, la lúgubre mansión que se alzaba en medio de un bosquecillo de tejos negros, un lugar donde decías que nunca pasaba nada ni nunca pasaría. ¡Six Mile Bottom! Pues bien, nosotros hicimos que pasara allí algo, ¿no es verdad? ¡Six Mile Bottom, la casa del incesto! Si cierro ahora los ojos, todavía alcanzo a ver la luz de las llamas que relucían en la tetera de plata y bailaban en tus maliciosos ojos castaños, y si pongo la oreja escucharé de nuevo el ruido de los postigos de las ventanas golpeando, golpeando con el viento, y después, cuando amainó el viento, nosotros que nos juntábamos y mirábamos por el ventanal grande cómo caía la nieve, la nieve espesa, la nieve que caía sin hacer ruido, más nieve de la que yo haya visto nunca caer en una hora. Nos cubríamos con las capas y nos calzábamos las botas y salíamos a la nieve con tus spaniels, y corríamos, y nos tirábamos bolas de nieve, y tú te parabas bajo las ramas desnudas del roble con las mejillas arreboladas y con carámbanos en las pestañas, y te cogías de mi brazo y me decías que cuando eras una niña pequeña siempre te gustaba pensar que Ulises era cojo. Mi querida Guss. Aquello fue tan fácil y tan bueno, que me atrevo a decir que nosotros fuimos a caer de golpe en la sensualidad con tanta dulzura y tan irreflexivamente como ningún par de amantes lo han hecho nunca, propiciando que nuestra aventura fuese tan cómoda el hecho (que al mismo tiempo le ponía picante) de existir entre nosotros un parentesco tan poco habitual. Nosotros no habíamos crecido juntos bajo el mismo techo durante los años inocentes de la infancia. Mi padre era tu padre, pero mi madre no era tu madre. Yo puedo alegar, pues, para defender lo que nosotros hicimos, que tú sólo *a medias* eras hermana mía, y que, puesto que nuestra infancia se había desarrollado con casi absoluta independencia, en ningún momento hubo nada ilícito ni antinatural en nuestro amor. Sin embargo, si dijera eso, ¿no estaría negando que uno de los acicates que me lanzó a tus brazos, y que te tentó a ti a desearme entre tus sábanas, fue el mismísimo dato erótico de que

---

\* *Sister Goose* en el original. Obvia asociación con *Mother Goose*, la Madre Oca que narra cuentos y nanas en los libros infantiles ingleses. (N. del T.)

nuestro comercio era incestuoso y prohibido? Una vez que se me hubo ocurrido la idea, el incesto me fascinó y me dominó. ¿No éramos los dos Byron, y no son los Byron tan magníficos, tan malditos y tan malhadados como los Borgias? A mí siempre me ha fascinado la posibilidad de pecar contra el Espíritu Santo, el crimen imperdonable que me situaría por encima y más allá de la ley, tanto humana como divina. Lo conseguí -ay, con tanto misterio y tantas delicias- aquella noche, aislados por la nieve en tu casa, en medio de ninguna parte, cuando nos sentamos en el suelo, delante de la chimenea de la biblioteca, y yo tomé tus manos entre mis manos para besarte las yemas de los dedos, y tú me acariciaste el pelo, y cuando yo te susurré al oído, tú te echaste a reír con tu risa casquivana, y subimos juntos la escalera, tan deprisa como pudimos, todavía entre susurros y risas, cogidos de la mano, como un Hansel perverso y una Gretel desenfrenada, para arrancarnos las ropas el uno al otro y desmoronarnos en tu cama y hacer el amor.

De modo y manera que aquí está, dicho en pocas palabras y con contundencia, el gran «misterio de Byron», como suele denominarlo irónicamente Hobby. ¿Sospechaba Hobby la verdad? Es bastante probable que sí, y no era él la única persona que lo sabía, puesto que, en uno de esos momentos imprudentes en que se me escapan las confidencias autodestructivas, momentos que han sido una plaga para mí toda mi vida (¿y no será otro precisamente éste en el que lo escribo?), fui a ver a lady Melbourne y le conté a aquella tolerante mujer, que era mejor que una madre para mí, si no toda la escandalosa y adorable verdad sobre nosotros, sí la mayor parte. Guss, pichona mía, perdóname, dulce hermanita. Puedes estar segura de que yo le dije que la culpa no era tuya, que tú no tenías ni la milésima parte de culpa que yo, a quien Dios hizo para mi propia desgracia y para nada más. Yo le recalqué que tú no te diste cuenta del peligro que corrías hasta que fue demasiado tarde... Sin embargo, ¿por qué, a no ser por la especial sazón que la idea del incesto aporta a nuestros gozos carnales, por qué tendría yo que avergonzarme de lo que hicimos? Tú eres la única persona que verdaderamente me ha amado y a quien yo he amado de verdad. Parte de mi horrible conducta con Caro y de buena parte de las vilezas que cometí contra Belle se debieron sencillamente a que ellas no eran tú; eso lo comprendo ahora con una nitidez sobrecogedora. Augusta Augusta, mi A., mi queridísima (XXX) ¡Atiende! He escrito aquí la marca que constituía para nosotros la señal secreta de nuestro mutuo amor; la cifra de nuestra dicha; nuestra rúbrica del incesto. Yo debería haber tenido el coraje de insistir en que abandonarás al desganado de George y a tus tres hijos, y que huyeras conmigo a Grecia o a Sicilia. Ay de mí, cuando mencioné este proyecto a lady Melbourne, haciéndole jurar que guardaría el secreto, aquella mujer, que era la menos escandalizable de las mujeres, se escandalizó hasta los tuétanos. «Byron», me dijo, «estáis al borde del precipicio. Si no retrocedéis, os habréis perdido definitivamente.» Así que fui tan necio como Napoleón, y retrocedí. Simulé amar primero a una y luego a otra. Primero utilicé la idea del matrimonio y luego el matrimonio mismo para enmascarar nuestro incesto. Cualquier cosa antes que permitir que el mundo tuviera conocimiento cierto de que tu hermano era el padre de la niña de la que tú ya estabas embarazada aquella Navidad de 1813.

Y sin embargo, por supuesto, yo medio deseaba que el mundo lo supiera... Bajo una especie de compulsión, escribí en cuatro noches mi poema *La desposada de Abydos*, una oscura y deliciosa presentación del tema del incesto, donde mi Zuleika y mi Selim son hermanastra y hermanastro, descendientes como nosotros del mismo padre pero de distintas madres. Si no hubiera escrito este poema, me habría vuelto loco, reconcomiéndome mi propio corazón en secreto. ¡Qué plato más amargo! Creo que al componerlo me alivié del perpetuo recuerdo de tu sagrado nombre, mi queridísima Augusta. Y luego, tres semanas después de publicarse este poema, comencé *El corsario*, completándolo en diez días, una obra bastante pobre (aunque supe que se vendieron 10.000 ejemplares el mismo día que se puso a la venta y otros 15.000 en el mes siguiente); una obra bastante pobre aunque, he de decirlo, relacionada de una forma no poco importante con nuestra propia historia. En los momentos en que yo la estaba escribiendo, tú llevabas en tu vientre a nuestro hijo; y cuando nació era niña y la



bautizamos Medora, el nombre de mi heroína. Esos nombres son poéticos: descubren y a la par ocultan. (El nombre completo de mi hija con lady Byron es *Augusta Ada*.)

¡Pobre Medora! ¡Pobre Augusta! ¡Pobres de nosotros! Pero ahora me hace reír, si bien con acritud, acordarme de la querida lady Melbourne, un alma supersticiosa metida dentro de un cuerpo liberal, que me predijo al oído que el fruto de nuestra incestuosa unión estaba condenado a ser un monstruo. Bueno, pues tampoco salió un mono, a fin de cuentas, ¿no es cierto, querida pichona? ¿Cómo iba a poder serlo, teniendo un ángel por madre y por padre un demonio? No obstante, tuvimos que ser juiciosos y prudentes, a nuestra manera. Yo me mantuve alejado de Six Mile Bottom a partir del nacimiento de Medora. No volví a verte hasta pleno verano. Proseguí con el boxeo y la esgrima; frecuenté los teatros. Aquella fue la temporada del gran *Otelo* de Kean, y alguna actriz cuyo nombre no recuerdo ahora interpretó una Cleopatra tal como Shakespeare la hubiese querido. Y de nuevo me sorprendió cuán grande fue el genio de Shakespeare... ¡que creó a esta Cleopatra sin la ayuda de haberte conocido! Porque, cuando vi a aquella maga sobre el escenario del Drury Lane, era a ti a quien yo estaba viendo, a ti, a ti, a ti, epítome de tu sexo, ¡cariñosa, vivaz, tierna, provocativa, humilde, arrogante, hermosa, un demonio! La infinita variedad de Augusta, que no se agota. Coqueta hasta el final, mi querida hermana, lo mismo con el áspid que con Marco Antonio o conmigo. Y tuvo que ser por entonces cuando te envié mi retrato, y tú, que en un tiempo habías temido mi amor tanto que decías que te era imposible respirar cuando me acercaba a ti con dedos temblorosos para tocarte los pezones, tú me enviaste en correspondencia un paquetito blanco con un mechón de tus queridos cabellos y una nota en francés:

*Partager toas vos sentiments,  
ne voir que par vos yeux,  
n'agir que par vos conseils, ne  
vivre que pour vous, voilà mes  
voeux, mes projets, et le seul  
destin qui peut me rendre  
heureuse\* .*

Queridísima, amada y adorable pichona, compartir todos *tus* sentimientos, ver solamente por *tus* ojos, actuar únicamente según *tus* consejos y vivir sólo para *ti*, éstos eran y son *mis* votos y *mis proyectos* también, y el único destino capaz de hacerme feliz también a *mí*. Sólo que ahora estoy separado de ese destino por algo más que el tiempo y la distancia. Me veo privado de tu rostro, de tu conversación, de tu compañía. Todo lo que poseo es este mechón de tus cabellos, que todavía reluce con tu magnífico y cándido resplandor. Lo cojo y me lo enredo entre los dedos ahora, al mismo tiempo que escribo: la *chevelure* de aquella a quien yo más he amado. Ay, querida mía, querida mía, un amor como el nuestro es absolutamente imposible. No cabe la menor duda que ese amor no pertenece a este mundo sumido en tinieblas. A veces pienso que ese amor procede de otro lugar y que se ha instalado entre nosotros, y que nos ha descartado después de haber jugado con nosotros. Es como si la luna se alimentara de las criaturas terrestres y todos los descoloridos amantes sublunares no tuvieran otra cosa que hacer que satisfacer el apetito de la luna. Ya estoy filosofando de

---

\* Compartir todos vuestros sentimientos, / sólo ver por vuestros ojos, / sólo actuar según vuestros consejos, no / vivir más que por vos, éstos son mis / votos, mis proyectos, y el único / destino que me puede hacer / feliz.

nuevo, como ves, dulce hermanita, pero esta noche hasta la misma filosofía sobre un amor como fue el nuestro me parece tener tan terroríficas consecuencias que dudo de si tan siquiera tú podrías despabilarme del estupor de pecado y arrepentimiento en que me hallo. El tipo de emociones que últimamente me embarga contiene un elemento terrorífico que vuelve todo lo demás insípido hasta cierto punto; en suma, uno de sus efectos ha sido similar al que padeció Mitrídates, que al irse habituando poco a poco a venenos cada vez más fuertes, acabó consiguiendo que todos los demás le resultaran ineficaces cuando quiso recurrir a ellos como remedio para todos sus males y liberarse de la existencia. Si acaso hay alguna cura para el amor, esa cura no se llama Augusta.

Pues vaya, así que acabo de utilizar la palabra *arrepentimiento*, lo cual viene a constituir una exageración de la verdad, si es que no una mentira. Porque lo que yo debería haber dicho es que fueron nuestros amores los que realizaron lo que hasta entonces había sido imposible: al hacer el amor contigo me conmocioné a mí mismo, experimenté una sensación deliciosamente nueva. Recuerdo haberle comentado a Tom Moore, en algún momento de aquel verano empapado de ti de 1813, que me había involucrado en un embrollo más grave que cualquier otro que hubiese agitado mi corazón desde mi nacimiento. Pero Moore, con toda su melifluosidad, tenía en el fondo alma de tendero, y desde luego no se imaginaba en absoluto de qué le estaba hablando. Y tú, mi pichona, ¿qué pensabas tú de todo aquello? Tú, sobre todo, te reías y suspirabas, pero nunca hablabas directamente del asunto. Cuando trato de imaginarme qué efecto ha tenido tu parte de complicidad en el incesto sobre tu propia alma, lo único que me viene a la cabeza son las manchas granates de tus mejillas y tu mano caliente en mi verga. ¿Te acuerdas de cuando grabamos nuestras iniciales en aquel tocón de Newstead? Lo hicimos, por supuesto, la misma tarde que yo escribí la carta a Annabella, pidiéndole que se casara conmigo. El matrimonio nos parecía a los dos la forma de poner luz a nuestra oscuridad, la imprescindible escapatoria del descomunal escándalo en que de otra forma podíamos vernos atrapados. Sin embargo, ¡ay, cuán distintos fueron mis días contigo en Newstead y en Newmarket, cuán completamente lo contrario de mi vida con la ecuación conyugal! Nosotros nunca bostezábamos ni teníamos desacuerdos, ¿no es cierto, Guss? Y nos carcajeábamos muchísimo más de lo aceptable en aquellos salones ancestrales, resultando así que lo que era la vergüenza de la familia Byron nos volvía compañeros más divertidos el uno para el otro de lo que ninguno de los dos había sido nunca para ninguna otra persona. Detalles. Déjame ver. Yo te daba lecciones de italiano. Tú te enteraste de todos mis temores y de todos mis defectos: de que restriego los dientes mientras duermo como un bulldog, hasta el punto de que a veces necesito ponerme una servilleta entre las mandíbulas para evitar morderme yo solo; de que, cuando tengo insomnio, me gusta pasarme toda la noche bebiendo soda, sin que una docena de botellas supongan nada para mí, descerrajándoles el cuello a golpes de atizador o disparándoles con mi pistola, lo que a ti más te divirtiera; de que soy un tricomaníaco casi tan incurable como John Milton y ninguna cosa me gustaba más que sentarme a tu lado mientras te cepillabas el pelo... Tú me lo consentías; tú parecías encantada de permitirme que te viera mientras te arreglabas... y los dos nos sentábamos delante de tu espejo, como dos gemelos enamorados. Y besar tus labios era como besar mis propios labios vueltos femeninos.

Aquel año en que nació Medora, yo tenía veintiséis. Seiscientos años en el corazón... y unos seis en la cabeza y en los propósitos. Sin embargo, a los veintiséis años, cuando todo ya se ha dicho y hecho, uno necesita ser algo. Pero ¿qué era yo? ¿Quién me amaba a mí? Sólo tú. ¿Quién me conocía? Sólo tú. Aquel año se publicó mi poema *El corsario*; se vendieron, cosa de la que ya he alardeado antes, 10.000 ejemplares el mismo día en que salió a la venta, lo cual era algo absolutamente sin precedentes, como me hizo notar Murray con satisfacción. En cuanto al autor, fue al Covent Garden y se sentó a solas en su palco particular; o bien cenó (a base de pescado únicamente) con Rogers o Sheridan, tratando de disimular que estaba aburrido hasta los huesos de su compañía. Hobhouse comentó que yo me estaba convirtiendo en un *loup-garou*, en un duende solitario. Comencé otra composición en verso, *Lara*, en la

que, por una vez, mi héroe no visita países extranjeros. Mi Lara no pertenecía a ninguna época ni a ningún lugar concreto; era el héroe solitario; era yo. Recuerdo que había cuatro versos que tú te aprendiste de memoria, pichona mía, y que desde entonces me has citado:

*Tenía él un desprecio vital por todo:  
como si todo lo peor ya hubiese ocurrido,  
se alzaba como un extraño en este mundo de suspiros,  
cual espíritu errante caído de otro...*

Inteligente por tu parte fijarte en esto, creo. Yo nunca he pintado un retrato más veraz de mi ser más profundo. Pero tú también, Augusta, compartes conmigo eso, el que no perteneces a ninguna parte en este mundo de suspiros; tú eres el segundo espíritu errante; mi otro yo. Por lo tanto, te amé. Y por eso sigo amándote.

Belle lo sabía, claro está. Bueno, podríamos decir que lo sabía y que no quería saberlo, y que en esa máquina calculadora que ella llamaba su entendimiento se las arreglaba para unas veces suprimir y otras admitir los hechos pavorosos. Al hecho, me refiero, de que su esposo no estaba enamorado de ella, nunca había estado enamorado de ella y nunca, ni por asomo, iba a enamorarse de ella. El conocimiento de que su marido estaba enamorado de su propia hermana; se había acostado con su propia hermana; no deseaba ninguna otra cosa, después de haber probado el fruto prohibido del incesto, que regresar de nuevo a los brazos de su hermana y reposar la cabeza entre los pechos de ella. Recuerdo que, en la mismísima primera mañana de mi matrimonio, cuando me desperté en Hahnaby, había una carta tuya en la mesa del desayuno y que la desgarré al abrirla, empujado por una especie de exultante frenesí, y se la leí en voz alta a Annabella, sobre todo el encabezamiento: *Mi queridísimo, el primero y el mejor de los seres humanos...* «A ver, ¿qué te parece esto?», le pregunté a lady Byron.

Qué fue exactamente lo que ella pensó, yo nunca llegué a saberlo. Confieso que me reportaba un placer cruel y repugnante atormentar a la pobre Belle con insinuaciones. Era como si estuviese retándola constantemente a que me preguntara lo que no podía decirle. En una ocasión, hablándome del *Don Sebastián* de Dryden, una auténtica tragedia de incesto, me dio un ataque de cólera y le dije que nunca volviera ni siquiera a mencionar el título de esa obra. Por la noche, ella me vio atormentado por sueños y pesadillas. «Tú deberías tener una almohada más tierna que mi corazón», le dije una noche. Y Belle respondió: «Me pregunto cuál se partirá primero, el tuyo o el mío».

Queridísima Augusta, dulcísima hermanita, naturalmente fue hacia ti y hacia tu casa de Six Mile Bottom adonde me dirigí con mi esposa cuando por fin nos fuimos de Seaham. Creo que nuestra intención era estar un día o dos. De hecho, como sabes, nos quedamos todo el mes de marzo. Tú fuiste la amabilidad en persona. En cuanto a mí, bebí aguardiente e hice comentarios endemoniados a lady Byron. Estando los tres en la biblioteca, ya tarde, le pedí que se retirase. «¡No te necesitamos, encanto!» Eso fue lo que le dije. Más tarde, en la alcoba conyugal, fui más lejos: «Ahora que ya te *tengo*, vas a ver lo que soy capaz de hacer *sin* ti... ¡en todos los sentidos!» Me dormí en el sofá, tapándome con mi capa. Estaba ofuscado por la bebida; estaba cansado, confuso y aterrorizado por la fuerza de mis propios sentimientos ahora que había vuelto a verte, ahora que te había visto al lado de ella, ahora que había comprendido realmente que me había casado con ella porque nuestro amor no tenía ningún futuro... Éstas son las razones que explican los orígenes de mi crueldad, pero que por supuesto no la excusan. Una noche, te cité, delante de ella, el más secreto de mis poemas: *Nos*

*arrepentimos, abjuramos, romperemos la cadena...* Tal vez Belle no comprendiera que yo seguía consumiéndome por tu lecho. Pero sí que *debió* de comprender la más perversa de mis frases, cuando me incliné sobre la cuna de Medora, me volví hacia ella y dije: «¿Sabes que es hija mía?».

Me llevé a Belle a Londres; pusimos juntos nuestra casa en el número 13 de Piccadilly Terrace. ¿No le parecería a ella demasiado extraño que hubiera un intervalo de sólo diez días entre nuestra despedida y tu traslado a la ciudad para instalarte con nosotros? Estuvimos diez días separados y, a continuación, diez semanas juntos. Más tarde supe que mi esposa dijo a uno de sus abogados que no tenía ninguna esperanza de mantenernos a nosotros separados; pero tampoco había ninguna esperanza, en su opinión, de que fuéramos inocentes. «Me siento la guardiana de esas dos criaturas», dijo ella. En cuanto a mí, yo no disimulé mi alegría al verte. Y le dije a Belle que ella era una tonta dejando que vinieras a nuestra casa. «Ya verás cómo debido a esto todo va a ser distinto en todos los sentidos», le dije. Ella no tardó en descubrir a qué me estaba refiriendo. Entonces tuvo deseos de matarte. Imagínatelo: ¡lady Byron, la famosa asesina! Ella admitió que hubo momentos en que casi estuvo loca. Por eso, para no entregarse a su pasión vengativa, se vio obligada a sustituirla por otra pasión: la del perdón romántico. Por desgracia, el consiguiente perdón de mi esposa únicamente recaía sobre ti. Es de suponer que yo no merecía otra cosa, Augusta.

Yo era un hombre que llevaba inmerso en una pesadilla todo aquel infernal año de mi matrimonio. Te envié lejos a finales de junio; en agosto fui tras tus pasos a Six Mile Bottom; tú me hiciste regresar a Londres, con mi paralelogramo preñado. Los meses siguientes fueron tan malos como los peores de mi vida. La culpa sería del láudano o de la batalla de Waterloo. A veces tenía la sensación de que salía del espejo otro Byron que era quien hacía las cosas que yo veía. Una noche, en un arranque de furia, mientras Annabella me contemplaba sin poder hacer nada, lancé un reloj contra el suelo y lo estuve machacando, golpe tras golpe, con el atizador, hasta dejarlo hecho pedazos. A la mañana siguiente, viendo los añicos, haciendo girar las inutilizadas manecillas del reloj entre mis manos, me di cuenta de que todo lo que había hecho era la más simplista de las repeticiones. ¿Acaso no hizo exactamente lo mismo delante de mí, en Southwell, mucho tiempo atrás, mi madre, la viuda de nuestro querido y difunto padre? Sí que lo hizo; y al recordarlo sentí que una renovada cólera me ahogaba. Aquel día decidí que tenía que existir algún medio capaz de desencadenarme de la espiral del tiempo, algo que reforzara mi voluntad. En éstas, mi querida hermana, te legué todo lo que poseo. En justa reciprocidad, como hubiera dicho Philip Sidney, puesto que tú, Augusta mía, eres todo lo que yo deseo poseer.

El último mes de su embarazo, Belle se fue, yo creo que temiendo por su vida. Ella pensaba que me había vuelto loco (y así era, Guss, pero únicamente loco por ti), de manera que qué otra cosa podía hacer ella sino escribirte e invitarte a que regresaras de nuevo y te estuvieras en Piccadilly Terrace, para que la asistieras hasta el parto y durante el parto. Tú viniste, me viste sentado, con los ojos clavados en la botella chata de color rubí, y te tomaste la libertad de pronunciar la palabra *deber* al alcance de mi oído. Debiste de pensar que en realidad estaba demasiado drogado. Yo te dije que dejaras el deber para Dios. Ahora se me ocurre que tal vez tuvieses la sensación de que ése era tu «deber», colocarte en aquel preciso momento como una barrera entre yo y Annabella. Espero que no fuera así.

El domingo 10 de diciembre, Belle dio a luz, y yo me encontré con otra hija, de la que tú fuiste la comadrona. Yo insistí en imponer los nombres con los que fue bautizada: Augusta Ada. Transcurrido poco más de un mes, como tú bien sabes, lady Byron cogió a la niña y me abandonó, en principio, según todas las apariencias, para reunirse con sus padres en Kirkby Mallory, condado de Leicester, pero yo creo que desde el mismo momento en que atravesó el umbral de la casa sus intenciones eran de no volver a vivir conmigo nunca más. Durante el mes de marzo de aquel año de 1816, la abadía de Newstead sufrió un pequeño terremoto y,

manchando el papel con mis propias lágrimas, escribí el primer borrador de un poemita absolutamente repugnante dirigido a mi querida y huida esposa:

*¡Adiós te digo! Y si es para siempre,  
entonces para siempre te digo adiós.  
Aunque, inexorablemente, siempre  
volverás a ser quien conmueva mi corazón...*

No sé muy bien qué fue lo que me inspiró tantas mentiras al poner una música tan dulce a la partida de Belle. No mucho después, recibí otras tantas mentiras por respuesta, junto con los asesores legales de lady Byron, los cuales afirmaban que yo estaba loco, que había intentado asesinarla disparándole con una pistola mientras estaba en la cama, embarazada de mi hija, que me complacía a escondidas en leer obscenidades (con lo cual se referían a que conservo un ejemplar de la *Justine* de Sade en un cajón de mi escritorio) y, ay, todo lo demás, que es demasiado siniestro y deprimente para que merezca la pena recordarlo...

Nada de esto, lo confieso, me dio muchos motivos para alarmarme. Pero otra cosa muy distinta fue, mi querida Guss, oír de labios del admirable Hobhouse, una hermosa mañana de finales de aquel mismo mes de marzo, que estaba perdido a menos que firmara un acuerdo de separación y abandonase Inglaterra para siempre y de inmediato. Me quedé mirándolo, lleno de horror e incredulidad. «¡Hobby!», exclamé. «¿De qué me hablas?»

Entonces se me comunicó que lady Byron había informado a sus abogados, el doctor Stephen Lushington y sir Samuel Romilly, sobre los secretos del lecho conyugal. Los abogados pensaban acusarme de una criminal preferencia por el vicio de la sodomía, un delito punible con la pena capital por la ley inglesa, en el caso de que no alcanzara un acuerdo amistoso con mi esposa en todo lo relativo a cuestiones legales y económicas. Aquello era sobradamente luciferino, me parece a mí, y más teniendo en cuenta que Annabella había omitido por completo decir a sus abogados cómo disfrutaba ella con esta concreta forma de intimidad, de lo cual se derivaba que ahora apareciera en el papel de la parte ofendida; pero Hobhouse ahondó el espanto general de aquel instante, aun antes de que yo tuviera tiempo de responder a la primera acusación:

-Lady Byron -susurró- tiene también intención de acusarte de algo peor.

-¿De qué peor? -dije yo.

-De incesto con tu hermana -dijo Hobhouse.

Confieso que me sentí como si me hubieran golpeado en la cara; o lo que era aún más horroroso, Augusta, como si te hubieran golpeado a ti.

-Mi querido amigo -dije-, ¿estás seguro de lo que dices?

-Tan seguro como lo estoy de que será tu ruina si el caso llega a los tribunales -respondió Hobhouse.

-Pero ¿cómo piensa ella demostrar semejante cosa? -inquirí yo.

-¡Por el amor de Dios! -exclamó Hobhouse-. Lady Byron les ha dicho a sus abogados que estuviste constantemente en compañía de la señora Leigh desde el mismo momento en que os casasteis; que le dijiste que preferías a la señora Leigh; que abandonaste tu lecho en esta misma casa y te fuiste al lecho de tu hermana, y que ella oyó cómo los dos os reáis juntos.

-¿Que nos reíamos?

-Que os reáis -repitió Hobby, con la más solemne de las entonaciones.

-Que el diablo me lleve -dije yo- si no acabamos de descubrir una nueva perversión. Yo nunca había oído decir que reírse pudiera interpretarse como una relación sexual.

Pero Hobhouse se negó a sumarse a mi baladronada. Se estaba estirando la nariz con el pulgar y el índice de la mano derecha, y cabeceaba como si quisiera deshacerse de algún zumbido molesto y, en resumidas cuentas, anduviera buscando el camino de Samarkanda en el dibujo de mi alfombra persa. En resumen, que estaba incómodo más allá de todo lo decible, un estado que probablemente le resultaba nuevo a un hombre tan educado como él.

-Mi querido Byron -se las arregló para decir al cabo, en voz baja y estrangulada-, ¿hay algo de cierto en todo eso?

-¿Si hay algo de cierto? -dije yo.

-En las acusaciones de tu esposa -dijo él.

-Sí, que me reía con mi hermana -dije yo.

Entonces, él se puso en pie y fue a situarse junto a la ventana iluminada por el sol, dándome sus anchas espaldas. Hubo un largo silencio, durante el cual yo me bebí una de mis botellas de soda y procuré, contemplando un rato las botellas, que dejaran de temblarme las manos, aunque sentía que el corazón se me había disparado dentro del pecho como si fuera un volcán.

-Entonces, es cierto -dijo Hobhouse, por último, sin volver la cara para mirarme. Exhaló un suspiro-. Más te vale saber también -prosiguió- que tu esposa tiene cartas de lady Caroline Lamb en las que ésta jura que a menudo te jactabas delante de ella de las cosas que habías hecho con jovencitas...

-Debería haber matado a esa estúpida fulana -dije.

-Sí -dijo Hobby-. Hubieras hecho mejor matándola. Hay jueces que consideran que la sodomía es peor que el asesinato.

En vano declaré ante él que todo aquello era una sucia conspiración, una especie de chantaje mediante el cual lady Byron y sus abogados estaban tratando de asustarme para que consintiera en separarme aceptando sus condiciones. Pero mi amigo insistió en que el asunto era mucho más grave y más específico. La sodomía, prosiguió diciendo, era un delito que se castigaba con la horca, y además yo no había tenido en cuenta hasta qué punto las imputaciones de incesto corromperían y deshorrarían el nombre de mi hermana para siempre. ¿Acaso no me daba cuenta de que medio Londres estaba ya indignado por los viles rumores de mi depravación ni de que mis enemigos estarían entusiasmados con la idea de que probase a defenderme delante de los tribunales, para arrastrarme por los suelos, deshonrarme y acabar conmigo? Tal vez sin yo mismo percatarme, dijo Hobhouse, el caso era que me había ganado enemigos en las alturas más encumbradas, entre las personas poderosas que aborrecían por igual mi poesía y mis ideas políticas. Estas personas no necesitarían mucho tiempo para convertir a mi esposa en un mártir y a mí en un monstruo, ni tampoco tendrían muchas dificultades en hacerlo una vez que hubieran logrado desencadenar uno de los periódicos ataques de moralidad a que es tan dada la sociedad británica.

Cuando Hobhouse se giró por fin desde el lugar que ocupaba junto a la ventana, juro que vi que le brillaban los ojos de lágrimas.

-Mi querido Byron -dijo él-, te ruego que seas prudente y que, por una vez, te atengas a razones. Concédele a lady Byron la separación tal como ella te la solicita. Yo soy de la opinión de que tu desgraciado matrimonio nada significa para ti, de todos modos. Acepta las condiciones que ella te ofrece. No te defiendas. Vete al extranjero.

Me quedé mirando su gran cara redonda y vi escrito allí mi destino. Ahora iba yo a convertirme en el héroe que tantas veces había celebrado en mis versos: no tanto en un Childe Harold como en un Caín o un Manfredo, en un proscrito de mi tierra y de mi gente, en un

vagabundo por países extraños, melancólicamente absorto en el recuerdo de mis pecados pasados y de las injusticias de que me ha hecho objeto la sociedad, un alma perdida en las tinieblas exteriores y aullando con desconuelo. Creo que sonreí.

-Dame tan sólo una razón irrefutable por la que deba irme -dije.

-Por el bien de tu hermana -dijo Hobby.

Así que me fui, mi queridísima Augusta. Creo que, con toda seguridad, me hubiera pegado un tiro de no haber tenido demasiada conciencia del placer que tal acontecimiento reportaría a mi suegra. No obstante, si por lo menos hubiese tenido la certeza de que después de la vida iba a convertirme en un espíritu fantasmagórico al que le estuviera permitido asediar a esa vieja arpía, de muy buena gana habría apretado el gatillo. Pero, como premio de consolación al fallar la muerte, elegí la imperfección del exilio, el mismo camino que mi padre. Y ahora estoy convencido de que mis huesos nunca descansarán en una tumba inglesa ni se mezclarán mis cenizas con la tierra de ese país. Creo que la mera idea me enloquecería en mi lecho de muerte, en el caso de que supusiera que alguno de mis amigos podría ser tan cruel o tan villano como para repatriar mi cadáver a Inglaterra. Yo nunca alimentaré vuestros gusanos, si puedo evitarlo.

Hoy no ha ocurrido nada de interés, de manera que sólo he vivido de estas tristes, malas, hermosas y terribles memorias del pasado. Ahora tengo que soplar la llama y tratar de dormir. Desearía, y cuantísimo lo deseo, mi muy querida Augusta, que tú pudieras dormir a mi lado, pero tengo que aceptar que lo más probable es que nunca más vuelva a ver tu amado rostro, que es como el mío aunque infinitamente mejor, ni en mi lecho ni en ninguna parte. ¡Ay de mí, pobre criatura humana! Buenas noches; mejor dicho, buenos días. Son las cuatro y el amanecer apunta sobre el Gran Canal y despeja las sombras del Rialto.

## Capítulo XIV

### *Me voy al exilio y conozco a Shelley*

Este libro consiste en su mayor parte (aunque con la lamentable excepción del capítulo anterior) en memorandos más que en confesiones, no siendo mi intención entrar en detalles sobre los distintos lugares por los que a estas alturas he pasado en mayor medida de lo que he hecho sobre la que fue mi primera peregrinación.

Pues, digámoslo desde el principio, de golpe volví a ser Childe Harold, y esta vez asumiendo de una manera más libre y más franca de lo que hasta entonces hubiera creído posible el peculiar carácter del personaje. Inglaterra me había expulsado de sus riberas, más o menos, y mi partida no se debía ahora a un viaje sino a un destierro. Salí triste y airado, como Adán del paraíso. Cuando el país natal lo considera a uno incompatible con su tranquilidad, y no queda otra elección que abandonarlo, entonces hay que actuar con la máxima rapidez y destreza, aunque al hacerlo deje uno a sus espaldas la mitad de su existencia. El exilio es una enfermedad mortal del corazón pero también forma parte de la condición humana.

El 21 de abril de 1816 firmé las actas de separación de lady Byron y di la espalda a la incurable herida que era nuestro matrimonio. Cuatro días más tarde, zarpaba de Dover en el buque correo del canal, llevándome conmigo al exilio un pequeño escritorio plegable, una docena de pares de pantalones de nanquín y un espléndido carruaje, construido por Baxter siguiendo mis instrucciones. Este carruaje, calcado del de Napoleón, me costó 500 libras y eran necesarios seis caballos para moverlo. Hobhouse y Scrope me acompañaron a la costa. Recuerdo que aquella última tarde en Inglaterra fui con mis amigos a visitar la tumba del poeta Charles Churchill en el cementerio de Dover. Me tumbé sobre la lápida y luego entregué al sacristán una corona para que le renovara el césped. El paquebote partió a la mañana siguiente, un poco después de las nueve. El bullicio me mantuvo alto el ánimo, pero conforme el barco se fue alejando, me sentí muy afectado y me quité el sombrero para despedirme de Hobby y Scrope, que miraban desde el muelle.

*¡Adiós te digo! Ahora que parto,  
separado de todos los vínculos rotos,  
con el corazón marchito, mustio y solo,  
difícil se me hace estar más muerto.*

Estos versos, que había dirigido falazmente a Annabella, volvieron a acosarme con lo que tenían de verdad mientras veía borrarse entre la niebla los acantilados blancos. No fue una travesía feliz. Pero para cuando llegamos a Ostende, estaba lo bastante recuperado de cuerpo y de espíritu como para lanzarme cual un rayo sobre la camarera.

Después de pasar por Brujas, por Gante y por Amberes, nos detuvimos durante algunos días en la sombría Bruselas, por ser preciso hacer algunas reparaciones al carruaje. Yo aproveché aquel retraso forzoso para visitar el campo de batalla de Waterloo. El lector al que le interesen mis pensamientos en lo relativo a este terreno malhadado los encontrará en el tercer canto del *Childe Harold* escrito con mi acostumbrada rapidez en aquellos momentos. Desde allí seguimos avanzando hacia Suiza, en medio del esplendor de los valles del Mosa y



el Rin, mejorando gradualmente mi salud y mi alma conforme íbamos avistando las montañas. Las gencianas estaban en flor cuando atravesamos el Jura y llegamos a Sécheron, cerca de Ginebra, donde el 25 de mayo nos inscribimos en el hotel Angleterre. En el registro del hotel puse que tenía cien años de edad. Luego, me llamó la atención un nombre y un título que había más arriba, en la misma página del registro: *Percy Bysshe Shelley*, decía, y a continuación, con un hermoso adorno en la escritura, *Ateo*.

Debo admitir que el corazón se me encogió en un principio y también que mi primera impresión del poeta Shelley no fue exactamente favorable. En este sentido, me influía en parte el hecho de que él había llegado a Sécheron unos pocos días antes acompañado por su esposa Mary y la hermana de ella, Claire, no con objeto de reunirse conmigo, sino para que Claire pudiera anunciarme la noticia decididamente desagradable de que estaba embarazada de mí. En mi profunda confusión de los días londinenses, a raíz del abandono de Annabella y de mi separación forzosa de Augusta, mientras se cernían a mi alrededor las amenazas de divorcio y otras peores, aquella joven y odiosa criatura se había introducido en mi vida con el pretexto de que estaba escribiendo una novela sobre la que solicitaba mi opinión. Casi sin pérdida de tiempo, me había invitado a que la llevara al campo a pasar una noche de pasión. Así era como la llamaba ella, agregando que me adoraba y que no quería ni más ni menos que hacerme feliz unos instantes. En cuanto a la noche en cuestión, la verdad es que a mí me ayudó a pasar el tiempo que de otra forma hubiera sido peor. Pero allí estaba Claire Clairmont, preñada como consecuencia de la noche aquella, que había viajado unos mil trescientos kilómetros para darme la buena noticia. Y no hizo palmas con sus manos regordetas cuando le propuse que considerase la posibilidad de abortar. Estaba enamorada de la idea de ser amada por el poeta Byron; a esto había agregado ahora la bendita idea de ser madre de un hijo del poeta Byron.

Yo hice todo lo que pude por concentrar el ingenio que se había salvado del susto ocasionado por Claire en el poeta Shelley. A primera vista, y a segunda, tenía cierto parecido con un ángel hermoso pero inútil, mas una vez que el oído se habituaba a su voz estridente y la inteligencia de uno aceptaba la singular pureza de su entusiasmo, entonces era imposible no reconocer que poseía o estaba poseído por un genio no del todo aislado de la realidad. Yo había leído su *Reina Mab*, y me parecía hartamente admirable, pero su conversación, una vez desvanecida su timidez, demostraba que la poesía que había escrito hasta entonces no era sino una sombra del sublime resplandor de su inteligencia. Hombre enamorado de las ideas, demostró ser un conversador fascinante y absorbente. Sentí que su contacto avivaba mi espíritu y descubrimos fundamentales gustos literarios comunes, bien que yo nunca pude entender qué veía él en el bonachón pero imbécil de Wordsworth, y él por su parte se negaba a admitir la musicalidad del pequeño ruseñor que era Twickenham. Cuando alquilé la Villa Diodati, situada un poco más arriba que la Maison Chappius, donde había residido durante una época Milton, pasamos mucho tiempo juntos, paseando y hablando, remando y navegando a vela por el lago. Shelley había tomado una casa que estaba al otro lado de los campos de vid. Junto con su esposa Mary y la inevitable Claire, probamos nuestra habilidad para escribir historias de fantasmas, aunque sólo Mary perseveró en el intento, escribiendo un relato hermoso y absurdo sobre un monstruo creado por el tal doctor Victor Frankenstein (en el que siempre me ha parecido apreciar que el doctor tiene un claro parecido con su marido y el monstruo conmigo). Hicimos un recorrido en barco por el lago de Ginebra, visitamos el castillo de Chillon y la ruinoso casa de verano de Gibbon en Lausana, donde terminó su *Historia*. En este último lugar, recogí algunas hojas de acacia de la terraza, para conservar un recuerdo tanto de Gibbon como de mi estancia allí con Shelley, pues ya estaba convencido de que mi nuevo amigo sería inmortal. A decir verdad, yo prefería navegar con Shelley a pasear con él, puesto que él daba grandes zancadas y siempre iba delante, conspirando con las dos mujeres, mientras que yo me quedaba retrasado. En el agua estábamos en condiciones de igualdad. Las inclinaciones de su espíritu, que siempre se eleva en pos de lo inaprensible, eran exactamente las contrarias de las del mío, y sin embargo existía una corriente subterránea o

una armonía profunda que funcionaba entre nosotros. Yo creo que sólo es de justicia hacer constar por escrito que, en mi opinión, él es mucho más inteligente que yo, con una capacidad de concentración y unas facultades para pensar con coherencia en comparación con las cuales yo parezco el más insignificante de los mariposones. Sin embargo, pese a toda su brillantez, me permito solicitar el derecho a poner en duda que Shelley me haya comprendido en lo más mínimo o que haya penetrado en lo fundamental de mi carácter. Nosotros podíamos chismorrear y conversar con la espontaneidad del azogue, pero nuestros corazones seguían siendo unos extraños entre sí. De todas maneras, lo amo más que a ningún otro hombre que haya conocido en mi vida, sin ninguna clase de egoísmo, y ese amor es más fuerte que yo y más duradero al no tener la menor carnalidad.

Yo le llamaba Shiloh y él me llamaba Albé. Mi diminutivo surgió una tarde en que, estando los cuatro juntos en el barco, el viento comenzó a encrespar las olas y yo me puse excitado y les prometí cantarles una canción albanesa. «¡Escuchad!», grité. «¡Poneos sentimentales! ¡Prestadme oídos!» Después me puse de pie en la amura del barco, eché hacia atrás la cabeza y lancé un aullido largo y salvaje como el de un lobo. Las mujeres se sintieron desilusionadas, puesto que estaban esperando alguna clase de melopea oriental, pero yo le expliqué a mi cautivado público que lo que acababan de oír era una exacta imitación de lo que hacían los habitantes de los montes de Albania. (Y así era, aunque aquello fuese griego para mi esposa.) A partir de aquel día, los tres me llamaron a mí Albé, y Shelley (por ejemplo, cuando vino a Venecia el verano pasado para el asunto de Allegra) gusta de echar la cabeza hacia atrás en el momento de darnos la bienvenida, saludándome con el diminutivo y aullando como un lobo.

A propósito, el recuerdo de mi época con Shelley, de cuando cuchicheábamos por los alrededores del lago de Ginebra y nos encontramos siguiendo los pasos de Rousseau, me trae también a la memoria que debo decir algo sobre aquel pequeño filósofo francés, puesto que con mucha frecuencia se me ha comparado con él. Mi madre sostenía que yo era como Rousseau desde antes de que cumplierse los veinte años, y también solía decirlo Madame de Staël, y la *Edinburgh Review* venía a decir algo parecido en la crítica del cuarto canto del *Childe Harold*. No obstante, lo juro por mi vida, yo no he sido capaz de encontrar ninguna auténtica semejanza. Rousseau escribía prosa, yo poesía; él era un hombre del pueblo, yo soy aristócrata; él era filósofo, yo no; él publicó su primera obra a los cuarenta años, la mía salió cuando yo tenía dieciocho; su primer ensayo le ganó el aplauso universal, a mí todo lo contrario; él se casó con su ama de llaves y yo no he podido compartir las llaves con mi esposa; él creía que todo el mundo conspiraba contra él, mi pequeño mundo parece pensar que soy yo quien conspiro en su contra, a juzgar por las ofensas que me hace por escrito y en las tertulias; a él le gustaba la botánica, a mí me gustan las flores, las hierbas y los árboles, pero no sé nada de clasificación; él escribió música, yo me limito a saber de música lo que capto de oído (nunca he podido aprender nada mediante el estudio, ni siquiera una lengua, al ser todo a base de repetición y de memoria); él tenía mala memoria, la mía era excelente por lo menos hasta que en los dos últimos años, aquí en Venecia, he comenzado a embarrarla con mujeres; él escribió entre muchas dudas y con cuidado, yo con suma rapidez y rara vez con esmero; él no sabía montar a caballo ni nadar, ni era «diestro en la esgrima», yo soy un excelente nadador, un jinete aceptable aunque en absoluto brioso (dado que me rompí una costilla a los dieciocho años en el curso de una cacería), y eficiente con la espada, sobre todo con la espada escocesa. Reflexiónese sobre esto: ¿se imagina usted a Rousseau de boxeador profesional? Pues yo no soy del todo mal pugilista cuando consigo dominar mi temperamento, lo cual es difícil, pero he puesto empeño en conseguirlo desde que derribé a mi *sparring*, un tal señor Purling, y le disloqué la rótula (con los guantes puestos) en las habitaciones de Angelo y Jackson, allá por 1806. Además, el estilo de vida de Rousseau, su país, sus modales, toda su personalidad, eran tan distintos que no acierto a hacerme cargo de cómo puede haber surgido esa comparación, que se ha planteado en tres distintas ocasiones y en todas ellas de forma bastante sobresaliente. Se me olvidaba decir que también tenía fama de ser corto de vista, y

que hasta la fecha mis ojos han sido todo lo contrario, hasta el punto de que, en el mayor teatro de Bolonia, era capaz de distinguir y de leer algunas inscripciones y bustos que había pintados cerca del escenario desde un palco tan lejano, y con una luz tan escasa, que nadie de quienes me acompañaban (que eran personas jóvenes y con buena vista, algunas de ellas situadas en mi mismo palco) conseguía descifrar ni una sola letra, con lo que pensaron que era un truco mío, pese a que yo no había estado hasta entonces en aquel teatro. En suma, que me siento muy justificado para pensar que la comparación carece de fundamento. Y no lo digo por despecho, puesto que Rousseau fue un gran hombre, y si la comparación fuese cierta, sería muy halagadora. Pero nunca me ha gustado satisfacerme con quimeras.

Los Shelley se fueron de Suiza a Inglaterra, junto con Claire; Hobby y Scrope Davies vinieron a Coligny y decidimos viajar en dirección a Venecia, atravesando el paso del Simplon, en mi carruaje napoleónico. En Milán me detuve para visitar la Biblioteca Ambrosiana y examinar algunas cartas autógrafas de Lucrecia Borgia; junto con las cartas, se me permitió ver y acariciar un gran mechón de los cabellos color amarillo brillante de Lucrecia, y no tuve que hacer mucha prestidigitación para enrollarme una hebra única en la muñeca mientras el vigilante estaba distraído por una mujer viva que avanzaba por las escaleras. He llevado puesto ese brazalete hasta el momento en que escribo estas palabras. Cuando muera, pueden enterrarlo conmigo, para que si alguna vez se abre mi tumba (como en los versos de John Donne) quienes descubran mi esqueleto hayan de suponer que el pelo perteneció en otro tiempo a mi amada. En Verona también me detuve, a visitar el anfiteatro y la tumba de Julieta. Era a mediados de noviembre, el peor mes en todos los climas, cuando por fin llegamos a Venecia.

Venecia me gustó desde el primer momento tanto como esperaba que me gustase, y mis expectativas eran muy grandes. Es uno de esos lugares que me parece haber conocido desde antes de haberlos visto por primera vez, y después de haber estado en Oriente creo que ésta es una idea que constantemente me ronda la cabeza. Me agrada la melancólica alegría de las góndolas y el silencio de los canales. Probablemente, este lugar es la isla más verde de mi imaginación. Ni siquiera lamento el evidente estado de decadencia de la ciudad. Llevo demasiado tiempo familiarizado con las ruinas para que me disguste la desolación.

Me gusta el dialecto veneciano y los mármoles rosas de los palazzi y los cafés de la plaza de San Marcos, pero estas cosas le gustan a todo el mundo, ¿verdad? También me gusta el tufo de los canales cuando se levanta sobre ellos la niebla al atardecer, y el puterío pintarrajeado y marcado de viruela, hombres y mujeres que se arrodillan o se inclinan para procurar el placer instantáneo a sus clientes a plena luz del día en los callejones de las vecindades del Campo de San Angelo. Es difícil aburrirse estando solo en Venecia y por eso le estoy agradecido. La fiebre lenta de este lugar mantiene vivo mi empantanado corazón.

Con todo, durante el primer carnaval que pasé aquí me sentí abatido y medio delirante como consecuencia de tanto trasnochar y de tanta disipación. Fue estando en estas condiciones cuando supe, por una carta de Shelley, que Claire había dado a luz, en Bath, a mi hija Allegra. Siguió de inmediato una vehemente carta de la madre. Yo respondí, prometiendo mi ayuda, con tal de que no tuviese que volver a ver a la mujer otra vez. Si parezco duro de corazón, o por completo falto de corazón, por esto, así sea. El lector, doy por supuesto, no tendrá que escuchar a la señorita Clairmont hablando por los codos. Esta dama es agradable y promiscuamente viciosa, así como mi esposa sería un monstruo de virtudes, pero las dos tienen mucho en común.

Aquel primer invierno me alojé en la Frezzeria, cerca de San Marcos, con un pañero llamado Segati, cuya joven esposa Marianna cubrió todas mis necesidades, en ocasiones tan a menudo como tres veces en el mismo día. Terminé mi drama en versos blancos *Manfredo* en aquellas agradables condiciones y me compré las obras completas de Voltaire en noventa y dos volúmenes, que todavía no he comenzado a leer.

## Capítulo XV

### *Voy a Roma y presencio una ejecución*

Hoy he estado forjándome ilusiones sobre sacar a Allegra de casa de los Hoppner y escaparnos a Venezuela, para emprender una nueva vida en ese país incomparablemente libre y luminoso. El dinero de la venta de Newstead ha sido ingresado en mi banco y he enviado instrucciones a Murray para que el *Don Juan* se publique sin omisiones ni alteraciones. Ayer mismo escribí también a Augusta, diciéndole que nunca he dejado de amarla y que, en realidad, estoy absolutamente incapacitado para el *auténtico* amor por ningún otro ser humano. Esta declaración es cierta, la soberbia verdad, y sin embargo aquí, en privado (y me temo que esto es *privado*, puesto que con toda seguridad el capítulo donde he confesado mis sentimientos por mi hermana habrá de garantizar que estas *Memorias* nunca se publiquen durante la vida de ninguno de los dos), en privado, digo, y para desahogo de mi propio corazón, aunque me duela decirlo más que me ha dolido nada de lo que llevo escrito, también debo subrayar que ahora me parece que el amor de Augusta por mí ha sido algo de algún modo *congelado*, quién sabe cómo, aunque sospecho de la tenebrosa influencia (a manera de una gripe moral) de lady Byron en algún momento de este proceso. Pero Venezuela me tienta... Sobre este país no sé nada, lo cual, por supuesto, es la razón de que desee irme allí, para librarme de mi condesa de Ravena, y de mi pasado, y de esta desgraciada identidad de la que ya no puedo obtener placer, ni dolor, ni nada de nada.

Está aquí Tom Moore. Le he dado algunos de estos papeles, haciendo la salvedad de que hay ciertos capítulos en los que no voy a permitirle poner los ojos, y de que, en cualquier caso, la obra está inacabada, visto que todavía no he logrado avanzar en la historia de mi vida hasta alcanzar el momento actual. El hecho de que Moore no leerá el capítulo entre manos por lo menos hasta después de mi muerte, y quizás ni siquiera entonces, me ofrece la posibilidad de dejar constancia ahora de que yo nunca he acabado de decidirme sobre si siento simpatía o no por Moore. Es encantador en todos los sentidos, pero su encanto es como el del ungüento de París que usa para peinarse, ligeramente perfumado y ligeramente vulgar. Demuestra talento en sus versos, pero el talento no basta, y eso es todo lo que tienen sus versos. Es un poco dandy, sin duda, pero a mí me parece que a partir de cierta edad resulta criticable que un hombre siga siendo un dandy. A la edad de Moore, y en sus condiciones, uno tiene que ser como mínimo un dandy *en decadencia*. Anoche, después de nuestra cena, lo conduje por los canales en mi góndola, para que viese Venecia a la luz de la luna. No tuvo nada que decir sobre la ciudad que no me rechinara en los oídos como crasa perogrullada. Al final de nuestro trayecto, cuando nos deslizábamos bajo el puente del Rialto, se puso a entonar una de sus canciones irlandesas como si ésa fuera la respuesta pertinente a la belleza y el horror de la noche. Lo estuve oyendo hasta que llegamos al Vendramin. Entonces, eché hacia atrás la cabeza y le espeté un berrido a lo albanés.

Mientras me disfrazaba hace dos años, en la época de mi primer carnaval, Hobhouse se había ido inoportunamente a Roma. Venecia no se ajustaba a los gustos de mi sobrio amigo. Desaprobaba, creo yo, mi fruición por esta ciudad de salsa de ajos y de Desdémona, de muelles y máscaras, fuegos artificiales, guitarras y latín corrupto. Roma, afirmaba él, era un sitio mucho más serio. Y como así era, por eso mismo dejé que se fuera.

Pero aquella primavera, Hobby me pidió que me reuniera con él. En plena recuperación de mis fiebres gracias a los cuidados de la admirable Marianna, me resistía a moverme, pero al final fui. Eso sí, no antes de que, sentado en la cama en casa de mi patrón, el comerciante en paños, y a medio comer una fuente de cerezas que me iba lanzando a la

boca su esposa, mi querida, escribiera en unos quince minutos el que sigo considerando uno de mis poemas más hermosos y menos afectados:

*Así que no seguiremos de bulla  
por la noche hasta tan tarde,  
aunque el corazón estará igual de amoroso  
y la luna estará igual de brillante.  
Pues en la vaina la espada perdura,  
pero el alma el pecho destruye,  
y el corazón necesita pararse a respirar,  
y hasta el mismo Amor tiene que descansar.  
Aunque la noche se hizo para el amor  
y el día regresa demasiado pronto,  
nosotros no seguiremos de bulla  
bajo la luz de la luna.*

Con lo cual quería decir, supongo, que entonces tenía veintinueve años y comenzaba a preguntarme si sería del todo prudente pasarme el resto de la vida pendoneando y haciendo el tonto. Yendo camino de una cita, poco antes de esto, vino a ocurrir que resbalé al embarcarme en mi góndola y fui a caer al Gran Canal, y no hay nada como una bocanada de mierda veneciana para hacerle recobrar a un hombre la sensatez. De todos modos, estoy mostrándome demasiado razonable y debo admitir que, en el instante en que escribo esto (tres de la madrugada del 18 de mayo de 1819), no tantas muestras hay de que mi espada perdure en su vaina como de que mi alma no haya perecido. Lo que gano con el cerebro, lo pierdo con las pelotas, y eso no se acaba nunca.

Camino de Roma, pasé por las cercanías del lago Trasimeno, que conocía desde mi infancia, pues al pastor Paterson le gustaba describirme aquel paisaje completamente cubierto de cadáveres y con la rápida corriente enrojecida por la sangre de los romanos y los cartagineses, una visión que tuvo su importancia para avivar mi interés por la historia. Ahora, los campesinos del lugar me enseñaron el torrente, que sigue llamándose el Sanguinetto. El lago parecía una plancha de plata. Me gustó verlo.

Roma no me gustó. Hobby hizo todo lo que pudo por mí, llevándome de un sitio a otro, de un lugar sagrado a otro profano. Me encuentro con que no tengo nada que decir sobre ninguno; en cualquier caso, todo es casi indescriptible y la guía fracasa tan honorablemente como cualquiera. Vi el Apolo del Belvedere: era la imagen misma de lady Adelaide Forbes, a quien en una ocasión Moore me propuso como posible esposa; creo que nunca he visto un parecido tan grande. Vi al Papa al natural, y a un cardenal muerto, y los dos parecían estar verdaderamente muy bien. (El último estaba de cuerpo presente en la Chiesa Nuova, aguardando a ser enterrado.) Diré a propósito de esta cuestión de las visitas turísticas, de las descripciones artísticas y arquitectónicas, y similares, que más de una vez he pensado que la sensibilidad necesita estar entreverada de humor al responder con palabras a tales cosas, para que no desaparezca todo rastro de humanidad. No hay nada peor, o bien más deprimente, que la sensibilidad sin levadura. *Childe Harold* se las arreglaba haciendo chistes.

El Foro, el Panteón, San Pedro, el Coliseo, toda Roma me dio la impresión de ser una necrópolis. Reina el olor dulzón y pegajoso de los muertos incluso en la escalinata de la

Piazza di Spagna y en el mismo Palatinado. Roma es hermosa, sin duda, pero su belleza es la belleza de un cadáver.

Una noche en la Piazza di Spagna, volviendo de la ópera, vi algo un poco más interesante que el Arco de Séptimo Severo. Un guapo muchacho bien formado, de unas diecisiete o dieciocho primaveras, estaba allí desnudo, de pie, delante de un grupito de espectadores bien dispuestos y atentos. Al ir acercándome, vi que tenía el miembro tieso delante del vientre a la luz de una antorcha, palpitando de deseo y de urgencia. Era un muchacho sumamente agradable, respetuoso y bien educado, cabría decir, y, sin embargo, en aquel rincón entre los edificios, cubierto por las capas extendidas de los espectadores, se consumía de lujuria. Se adelantó un hombre algo mayor, de aspecto bondadoso y simpático, y mientras yo miraba, este segundo participante insertó con cuidado en el ojo del pene erecto tres o cuatro velitas de las que se usan para celebrar los cumpleaños infantiles. Luego, el hombre mayor fue encendiendo las velas y las llamas que así brotaban sirvieron para iluminar las formas del vientre del muchacho joven -todo el torso-, dotándole de hermosos relieves. Ahora el pene del muchacho temblaba y se convulsionaba de excitación, y a cada movimiento las luces y las sombras parpadeaban y bailaban sobre su cuerpo, revelando primero y oscureciendo después uno u otro detalle. Aquello resultaba increíble y dolorosamente exasperante, tanto para los espectadores como, necesariamente hube de pensarlo, para el propio muchacho. Pero es que en seguida comenzó a gotear la cera de las velitas, caliente y derretida. Y conforme las primeras gotas tocaron el pene el dolor fue al mismo tiempo tan terrorífico y tan excitante que el muchacho, incapaz de controlarse o de contenerse, empezó a eyacular. Lo hizo con tanta fuerza que las velitas saltaron por los aires con los chorros, dando vueltas y lanzando sobre su cuerpo luces aún más movedizas y efímeras que las de antes. El muchacho tenía delante de sí una auténtica fuente de donde manaban chisporroteos de fuego. Después, una vez que hubo acabado, las salpicaduras y las chipas de fuego cayeron en cascada... sobre sus genitales y muslos abajo, por las rodillas y las pantorrillas, hasta extinguirse en la tierra que había a sus pies. Algunos de los espectadores parecieron enloquecer y, enardecidos por el espectáculo, según me percaté yo, más de uno se la estuvo meneando entre las sombras mientras miraba. Pero lo que más me llamó la atención fue que el rostro del muchacho en ningún momento manifestó el menor deseo, la menor señal de excitación ni de satisfacción, nada; el rostro era una verdadera máscara blanca, fría e inexpresiva, dentro del círculo de antorchas resplandecientes y parpadeantes. Al concluir no hubo ninguna clase de aplausos y el muchacho se perdió entre las sombras casi antes de tener uno tiempo de decir amén, mientras el hombre mayor pasaba el sombrero ante el gentío reunido y se oían tintinear las monedas de oro y plata. Más tarde supe, en un burdel cercano al Quirinal, que el muchacho en cuestión debía de ser una especie de semiprofesional itinerante y que aquel número recibía el nombre de «Triquitraque á la Mode de Firenze».

La otra cosa que presencié en Roma, y que ha perdurado en mi memoria incluso en sueños, ocurrió la víspera de mi partida de la Ciudad Eterna. Acompañado por Hobhouse y vistiendo mis mejores pantalones de color crudo, me acerqué a una ejecución pública. Iban a ser decapitados tres ladrones en el centro de la piazza. Tomé asiento a la sombra de un balcón. La procesión entró en la plaza, encabezada por sacerdotes con máscaras blancas, que iban seguidos por un par de verdugos medio desnudos. Luego venían los tres criminales, engrillados con pesadas cadenas, andando a trompicones detrás de un crucifijo absolutamente repugnante y de un pendón negro, henchido por el viento, con la imagen de Cristo. El patíbulo estaba rodeado de soldados con mosquetes y los ladrones se acercaron al tajo. La primera de las víctimas armó un gran alboroto antes de morir. Se puso a dar chillidos y a pegar patadas cuando lo obligaron a arrodillarse. Era un individuo robusto, tan grueso como el Príncipe Regente, y la ranura del tajo para apoyar la cabeza le venía estrecha a su cuello, de manera que tuvieron que aporrearlo, que estrujarlo y oprimirlo hasta hacerlo encajar. El hacha brilló en el aire y cayó. El cuerpo dio un salto de polichinela. La cabeza se desprendió, rodando con la boca todavía abierta para gritar, y la sangre fluía a chorros del cuello como el surtidor de

una ballena. La visión me hizo sentirme acalorado y sediento, poniéndome tan tembloroso que apenas era capaz de sostener entre los dedos mis gemelos de teatro. (Estaba cerca, pero estaba decidido a ver el espectáculo con atención, como debe hacerse con todo lo que se ve una sola vez.) Sin duda, es una extravagancia, pero apenas guardo recuerdo de la segunda y la tercera ejecuciones. Tal vez la primera me obturase la sensibilidad.

¿Es esto demasiado sorprendente? Yo creo que no. El espectáculo de tales horrores es espeluznante, pero la familiaridad puede dar lugar a que se desdeñe incluso la muerte violenta. Aquella primera decapitación la presencié fascinado, la segunda con disgusto, y la tercera con una indiferencia al borde del hastío. Me levanté de mi asiento y me enjuagué las gotas de sudor de la frente y del labio superior. Por supuesto, hubiera salvado a los tres hombres de estar en mi mano.

Detestaba Roma. Di un suspiro de alivio al montar en mi carruaje y partir hacia el aire fresco y puro de los Apeninos. De regreso en Venecia, encontré esperándome cartas de Augusta. Estas cartas estaban repletas de calamidades, como de costumbre, de murrias y misterios; pero mis sentimientos seguían siendo inciertos, puesto que puedo jurar por mi vida que no me era posible distinguir si sus trastornos eran fruto de la congoja o del dolor de oídos que le producía escuchar a lady Byron.

Un último recuerdo de los días romanos. En el tejado de San Pedro vine a dar con una familia inglesa: un padre, una madre y una hija que contemplaban el panorama. Al aproximarme a ellos, me di cuenta de que me habían reconocido. El rostro del padre mudó de color y le hincó el codo a la esposa. Entonces la esposa se volvió a toda prisa hacia la hija y abrió de un manotazo el parasol para protegerla. «¡Ése es lord Byron!», le oí exclamar con un fuerte suspiro. «¡Aparta los ojos de él, querida! ¡Sólo mirarlo ya es peligroso!»

## Capítulo XVI

*Me traslado al Palazzo Mocenigo  
y escribo este libro*

Conocí a un hombre (lord G.) que murió de una inflamación de los intestinos: de manera que se los extirparon y los enviaron (para resolver las discrepancias) a Inglaterra, separadamente de los demás restos. ¡Imagínense a un hombre que va en una dirección mientras sus intestinos se dirigen hacia otro lado, y su alma inmortal hacia un tercer sitio! ¿Ha existido alguna vez semejante reparto? Es indudable que uno tiene alma; pero cómo se las arregla el alma para encerrarse dentro del cuerpo supera mi imaginación. Lo único que sé es que si la mía se sale alguna vez, voy a oponerle un poco de resistencia antes de dejarla volver a entrar. Perdónenme la digresión.

Los venecianos, que son sabios y desdeñan las fiebres, no tienen la costumbre de veranear en la ciudad. Yo alquilé una gran casa de campo, la Villa Foscarini, en la orilla izquierda del Brenta, cerca de La Mira, una aldea a unos diez kilómetros tierra adentro de la desembocadura del río en Fusina, en la laguna. Allí me instalé bajo los olivos de mi huerto y estuve trabajando en el cuarto canto de *Childe Harold*, para luego, súbitamente, dejarlo de lado y dedicarme con entusiasmo a un nuevo poema, *Beppo*, una urdimbre bastante hermosa de digresiones sobre todas las cosas, desde la salsa de pescado hasta Shakespeare, basado todo en una estúpida anécdota que oí al marido de Marianna, el vendedor de paños cornudo. La épica bufa de *Beppo* y el haber desatendido deliberadamente las posibilidades «byronianas» de los vagabundeos y aventuras para favorecer la localización alrededor de una taza de café, esto, y bien que me lo he dicho a mí mismo, marca algo nuevo en mi poesía y en la poesía de mi época. Estaba mortalmente cansado de escribir cosas como el *Harold*, de toda la pretenciosidad de ese peregrinaje filosófico y del estilo propio de una gran alma que discurre por la vida sobre zancos. Me gustó el chasquido y el mordiente de la voz que descubrí entonces. El tono recupera el de Pope y Juvenal, escritores que verdaderamente admiro, así como la despreocupación de la *commedia dell'arte* y el espíritu de las novelas de Sterne y Rabelais. Escribir *Beppo* ha sido para mí como empezar por fin a ser yo mismo.

Murray, casi no es necesario decirlo, no vio con buenos ojos mi cambio de estilo. Pero Murray también se había quejado del *Manfredo*, diciendo que era blasfemo y obsceno y Dios sabe qué más y lamentándose de haber publicado semejante obra perversa, y eso en un momento en que se vendían ejemplares más deprisa de lo que era posible imprimirlos. Mi respuesta a tal crítica literaria ha consistido en solicitarle la suma de 2.500 libras por la cuarta tajada de Harold; la cual suma ha abonado, aunque gruñendo y gimiendo como una virgen medio rendida, y fingiendo estar escandalizado por mi conversión en mercenario. Sin embargo, a decir verdad, no puedo creer que mi precio fuese demasiado alto. Después de todo, Moore le sacó 3.000 libras a Longman por su último trabajo, *Lalla Rookh*, una caja de delicias turcas cuya dulzura en buena parte me ha robado a mí. ¿Qué ha pagado por sus versos a alguien como Tom Moore? Una lágrima sentimental o dos; un suspiro pasajero. Mientras que el coste de mi vida en Venecia ha ascendido a unas 5.000 libras durante el último par de años, más de la mitad de las cuales he gastado en mujeres, es decir, en servicios activos a la musa Erato.

Aquel verano y aquel otoño que pasé junto al Brenta estuvieron también puntuados por una serie de estúpidas cartas lisonjeras de la más que deplorable Claire. Nunca debí haberme ido a la cama con semejante criatura, pero ya está hecho. Yo nunca he manifestado



sentir ningún aprecio por ella, pero eso no puede aceptarlo. En la enrarecida atmósfera del círculo de los Shelley, cualquier unión sexual, por breve que sea, se exalta invariablemente a la categoría de gloriosa fusión espiritual de las almas. En estos mismos términos -cual ángel que arrulla a otro ángel en el luminoso vacío- comenzó a escribirme sin parar la desaliñada cuñadita de mi brillante amigo. Una vez provista de todos los registros maternos, decidió ponerlos en juego sin conocimiento ninguno. Dirigiéndose a mí, luego de dieciocho meses de silencio por mi parte, como «mi queridísimo amigo», me endosaba una meticulosa descripción de los rasgos de Allegra, completada con toques poéticos como el de que la pobre niña tenía unos «ojos azules deslumbrantes más parecidos al color de las aguas del lago de Ginebra bajo un cielo de verano que a ninguna otra cosa que yo haya visto jamás, unos labios gordezuelos y sonrosados, y un mentoncito cuadrado y hundido en el centro exactamente lo mismo que el tuyo». Me envió un mechón de cabellos de Allegra y otro puñado de cosas, con todo lo cual, para ser franco, *utilizaba* a nuestra hija con una flagrante y autocompasiva intención de volver a colarse en mi vida. Conforme las cartas fueron sucediéndose, cada una más perfumada y chillona y desatinada que la anterior, yo me fui endureciendo con respecto a ella hasta adoptar una inconvulsa aversión. Juré entonces que nunca volvería a verme con Claire Clairmont y nunca la he visto; no obstante, antes de que se me condene a la ligera por mi crueldad o mi frivolidad en este asunto, permítaseme que ponga en la balanza el hecho de haberle demostrado a Allegra que soy un padre benevolente y que tengo la intención de cuidarme de que reciba una buena educación, así como una generosa dote a su debido tiempo. En la actualidad, me preocupa que la niña pueda no ser feliz con los Hoppner. Hoppner es un hombre sobradamente de fiar, bien que zalamero, pero su esposa es una remilgada matrona suiza. Sigo pensando que Allegra estaría mejor interna en un convento, donde le enseñaran a practicar la religión y a creer. Pero ¿no seré yo culpable de estar tratando de convertir a mi hija bastarda en mi propia alma y de procurarle el destino que Scott me vaticinó? Ni más ni menos que esto fue lo que dijo Shelley cuando estuvo aquí el pasado agosto, mientras cabalgábamos por el Lido.

Shelley: con toda seguridad es una combinación incomparable de contrastes y armonías físicas. Me he enterado de que en su adolescencia era considerado guapo, pero ahora eso ya no es cierto. Tiene los rasgos delicados, pero no regulares, excepto la boca, que tampoco le queda bien cuando se ríe y, en cualquier caso, resulta algo más que un poco perjudicada por los dientes, cuyo estado no se corresponde con el refinamiento de la persona. En suma, que sus rasgos me hacen pensar en un lebre. Hubo un tiempo, del que aún se aprecian restos, en que debió de tener la piel blanca y hermosa; pero, desde que yo lo conozco, la ha tenido cubierta de pecas, sea por la exposición a la intemperie o por razones de salud. Veamos, ¿y qué más? Tiene extremadamente pequeña la cabeza, así como las manos y los pies. El pelo, de color castaño y tupido, no está bien cuidado y presenta ya algunas prematuras vetas plateadas. Es muy alto, pero tan encorvado que parece de estatura ordinaria, y aunque muy delgado en toda su persona, tiene los huesos y las articulaciones prominentes e incluso burdos. Y, sin embargo, todos estos elementos que se oponen a la belleza conforman un ser absolutamente atractivo; y debo resaltar la palabra ser, pues lo cierto es que mi amigo Shelley es más bien un espíritu que un hombre. También es extraordinario en su atavío, pues por lo general viste una chaqueta como la de los colegiales, sin ninguna clase de guantes jamás ni tampoco betún en las botas; y no obstante, póngasele en medio de las gentes de Londres o de Roma, dentro de la sociedad más refinada, y será Shelley quien sobresalga como el mejor compuesto de los caballeros. Tiene la voz, como ya he comentado, chillona, incluso estridente; sin embargo, modulada por el tono de su pensamiento, adquiere una gracia, una suavidad, una delicadeza que llega directamente al corazón. Pienso, en suma, que nunca he conocido a nadie, cualquiera que sea su sexo, de una belleza tan deficiente que sin embargo cree tal sensación de belleza con su presencia. Es la llama del genio de Shelley lo que transforma sus facciones.

Comenzó a llover; el viento arrastraba las hojas otoñales hacia la Brenta; en noviembre de 1817, habiendo expirado prácticamente mi arrendamiento de la Villa Foscarini, regresé a Venecia en una góndola con la proa dorada. Allí, aquel diciembre, tuve noticias de Spooney: la finca de Newstead había sido vendida por fin a Tom Wildman, a quien yo había conocido en Harrow cuando él estaba cubierto de forúnculos y no tenía cuatro reales a su nombre. Con tales perspectivas de contar con fondos, alquilé hasta nueva noticia, por 200 libras anuales, esta suntuosa residencia en ruinas donde sigo escribiendo, mi Palazzo Mocenigo del Gran Canal. Hobhouse estuvo conmigo en Navidad; recuerdo que nos pasamos la Nochebuena entera despotricando sobre Hume, lo cual me repercutió en la sesera y me hizo sentirme bastante desazonado. Tan buitre como siempre de la cultura, mi viejo amigo consiguió también llevarme consigo a La Fenice, la ópera de nosotros los venecianos, donde vimos el *Otelo* de Rossini y el *Don Giovanni* de Amadeus Mozart. (Admiro las dos obras, aunque las encuentro demasiado próximas a lo cotidiano para que conforten.) Después de prescindir de que me calentara la cama Marianna Segati, entré en el mundo de otra clase de puterío, pillé unas purgaciones con una señora llamada Elena da Mosta y me curé nadando desde el Lido hasta el final del Gran Canal. Este último logro me reportó ganar un concurso de natación. Competí contra dos antiguos amigos míos, Angelo Mangaldo y Alexander Scott, y les gané por más de un kilómetro, después de haber permanecido en el agua sin interrupción durante tres horas y tres cuartos.

Aquella primavera vino Allegra a vivir conmigo: una nueva luz para las tinieblas de mi corazón, un espíritu joven y de ojos claros para mi casa. Ella corría escaleras arriba y abajo como un adorable diablillo con redecilla en el pelo, reclamando a gritos muñecas y polvos para hacer helados, revolviendo mi biblioteca, manchando a Dante con mermelada, derramando leche sobre las hojas de un poema que acababa de empezar (llamado *Mazepa*). Me enamoré de mi querida bastarda desde el primer momento en que le puse los ojos encima. (Maldito sea Shelley por tener razón, ¡éste no es el lugar más adecuado para que viva ella!) Como esta noche me siento antojadizo, incluso podría defender que fue bajo la influencia del querido demonio que era Allegra como comencé el *Don Juan* y lo que ahora estoy escribiendo. Su inocente corazón me hizo desear dar un sentido a mi vida. Pero ahora me estoy poniendo baboso a la manera de Wordsworthless\*, el mismísimo señor de los lakistas, y puesto que ya he llegado en mi narración al momento en que comencé a escribirla, antes de dejarme llevar por los balidos, bee-bee, las sugerencias de inmortalidad y todo eso...

Impresionados o deprimidos, supongo, por la volubilidad de mis humores, tanto Shelley como mi nueva querida, la condesa Guiccioli, han tenido a bien, en varias ocasiones, por separado y respondiendo a provocaciones distintas, compararme con el camaleón. Debo protestar contra este símil, y ahora daré mis razones, confiando en que al hacerlo el lector me eximirá de adicionales recapitulaciones sobre mi alma y mi carácter. El camaleón, según yo entiendo, se protege adoptando el color del entorno. ¿Cuándo en toda mi vida he hecho yo algo similar? Yo no tomo el color del medio para esconderme, sino que tomo de su color todo lo que necesito para exhibirme.

Está amaneciendo y me siento cansado. Basta ya. Byron, buenas noches. Buenas noches, Allegra.

---

\* Nuevo juego de palabras sobre el denostado Wordsworth: Wordsworthless vendría a significar palabrasquenovalennada. (N. del T.)

## Capítulo XVII

*Post Scriptum.*

22 de abril de 1822

Buenas noches, Allegra... Escribí estas palabras hace casi tres años, pensando que había terminado mi pequeña autobiografía. Mi narración había alcanzado, como decía, el momento en que comenzara a escribirla. La mayor parte de los capítulos habían sido entregados a Moore, aunque yo me quedé con una copia de todo. Me imaginé, o bien me hice a la idea a todos los efectos, no de que mi vida estuviera terminada, pero sí de que había concluido mi relato sobre ella. Un paquete bastante primoroso, aunque, en mi opinión, probablemente impublicable, en la medida en que la verdad siempre es impublicable y por buenas razones. Cuando -el primer martes de junio de 1810-partí de Venecia con objeto de acompañar a Teresa a Ravena, sellé los papeles, confiando en no volver nunca más sobre estos asuntos.

Ahora los sellos están rotos. Yo estoy en Pisa. Tengo que hacer la más triste de las adiciones a mi historia. Permítaseme, empero, que me demore en escribir las noticias que tuve precisamente antes de ayer, y que bien hubieran podido partirme el corazón -si me quedara dentro del cuerpo ese órgano de lujo- de no refrenar las pasiones mi condición de escritor que me obliga a guardar verosimilitud, a repasar fríamente la sucesión de los acontecimientos y a respetar la cronología. No debo soltar de golpe lo que tengo que decir, aunque ése sea mi impulso espontáneo y negarlo podría costarme la vida.

Había planeado visitar a Teresa durante sólo un mes. Tal como se desarrollaron las cosas, me quedé tres, pues nuestra aventura iba adelante pese a haberla encontrado bastante enferma, en su palazzo de Ravena, con el temor a la tisis. Amo a Teresa y la estuve cuidando, adoptando el papel de *cavaliere servente*, dándole conversación sobre la infusión de hierbas, paseando con ella en su carruaje por los pinares, mientras éramos vigilados todo el tiempo por su ladino y benevolente esposo, el anciano conde en persona. Mi amor por Teresa, bien puedo proclamarlo, me ha costado en esta ocasión peligros y fugas en comparación con los cuales las hazañas de mi héroe don Juan podrían parecer meros juegos de niños. La clave de mi amor por esta dama fiel y temeraria tal vez sea que ella es capaz de compartir mis carcajadas sobre todos esos enredos y desventuras; nunca he conocido a ninguna otra mujer adulta con quien pudiera reírme de ese modo, a no ser mi hermana. Sin embargo, Teresa era seria, demasiado seria, y cuando le mostré el anillo en el que tenía escondida una diminuta ampolla de veneno, prometiéndole que me mataría si ella perecía de su enfermedad, me sorprendió con la respuesta de que consiguiera otro anillo igual para ella, puesto que no concebía poder seguir viviendo sin mí. Dejando a un lado la lógica, esto me impresionó vivamente. Por primera vez desde el invierno pasado con Augusta, estaba seguro de que alguien me amaba, y no por mi nombre ni por mi fama, sino por ser yo y nadie más que yo.

El verano se deshacía como la cera. En Ravena, el calor se hizo insoportable. Yo vivía en un hotel mal ventilado, a la merced del conde. Él sabía, por supuesto, que el milord inglés se estaba trajinando a su joven esposa, pero cuando hablaba conmigo hacía reverencias, sonreía y jugaba con el monóculo. Conversamos mucho entre nosotros, recuerdo, sobre el tema de los quesos. Durante las horas de la siesta, él se retiraba a sus habitaciones privadas mientras yo le hacía el amor a Teresa en su alcoba de cortinajes rojos, donde las almohadas y las sábanas olían a amapolas. En esta última actividad, el milord inglés era, a buen seguro, más celoso de lo normal en el cumplimiento de los deberes propios de un *cavaliere servente*. Besarle la mano, compartir el café, acompañarla a óperas y excursiones, a estas cosas se

limitaban de cara al mundo mis relaciones con la condesa Guiccioli. Pero el conde sabía que había más que eso, como ya he dicho; y yo sabía que él lo sabía; y él sabía que yo sabía que él lo sabía. ¡Ay!, qué infinita sabiduría puede abarcar un conocimiento carnal tan profundo!

Luego, repentinamente, el conde trasladó a mi querida a Bolonia, donde poseía otro puñadito de fincas. Tal vez fuese humillante, pero ¿qué podía hacer yo sino seguirla? Recuerdo que fuimos los tres juntos al teatro a ver una representación de la tragedia de Alfieri *Mirra*. En esta obra, la heroína es amada por su padre y el fruto del incesto es un hermoso niño llamado Adonis. Las lágrimas me impidieron presenciar el último acto.

A finales del mes de agosto, mandé traer a Allegra de Venecia para que me acompañara en Bolonia. Fue divertido descubrir que sólo sabía hablar italiano, y sólo en el dialecto de Venecia. ¡*Bon di, Papa!*, decía. Cantaba canciones tristes a su muñeca, sentada debajo de la encina que había en el jardín del palazzo donde yo había alquilado habitaciones. No había cambiado en lo esencial desde la última vez que la había visto, pero su inteligencia infantil se había desarrollado mucho, ampliándose sin alterarse. Ahora era una auténtica Byron, incluso con la misma incapacidad de Augusta para pronunciar la letra «r», con el hoyuelo mío y de la familia en el mentón, el ceño constantemente fruncido, la piel tan blanca como la nieve y la voz dulce. Era casi como si su madre no hubiera dejado rastro en ella. Y cuando descubrí la fuerza y la constancia de su carácter, aún tuve más razones para reconocer que Allegra era mía.

Una tarde vino conmigo al Campo Santo, donde estuve de palique con el sepulturero. Tenía él varias celdas llenas de las calaveras que había desenterrado con la pala. Me entretuve yo en comparar la belleza y la inocencia de la carita de mi hija con una concreta calavera que databa de 1776, cubierta en un tiempo, según dijo el sepulturero, por los rasgos de la mujer más hermosa que jamás hubo en Bolonia, noble y rica. Yo pasaba los ojos de la calavera a Allegra y de Allegra a la calavera. En aquel momento tuve el más horrible de los presentimientos y mis temblores le hicieron suponer al sepulturero que estaba sufriendo alguna clase de ataque epiléptico. «¡No, no!», exclamé. «No es más que el pensamiento de que *esto* (y señalaba yo la calavera)..., de que *esto* ¡fue en tiempos una bellísima mujer!» Él no entendía que lo que me aniquilaba no era el terror universal que despierta la muerte, sino el horror mucho más preciso y sumamente concreto de que la belleza de la hembra de la especie humana esté expuesta a la muerte. Todavía sigue pareciéndome que bien poca importancia tiene lo que sea de nosotros «los hombres con barba», pero odio y aborrezco la mera idea de que una hermosa mujer sea menos duradera que un hermoso árbol, menos que su propio retrato, que su propia sombra, que no se alterará tanto frente al sol como su rostro delante de un espejo.

En septiembre, el conde regresó a Ravena, luego de haber otorgado su complaciente permiso a la propuesta de que Teresa me acompañase a Venecia, donde la trataría de sus dolencias un médico llamado Aglietti. El otoño nos sorprendió aproximándonos a una especie de bienaventuranza en mi casa de campo de La Mira, aunque las enfermedades de mi amante no eran en absoluto para tomárselas a la ligera; en aquellos momentos padecía de hemorroides y tenía un desprendimiento de matriz. Por supuesto, Allegra estaba con nosotros y, desde luego, a ojos de cualquier desconocido hubiéramos pasado por una perfecta familia legal: el papá, su adorable y joven esposa, y su igualmente adorable hija. Este idilio perduró hasta noviembre, cuando el marido de Teresa la hizo regresar a Ravena y yo estuve enfermo durante una semana, o más tiempo, con unas fiebres contraídas después de haberme puesto como una sopa en una tormenta. Sin Teresa, pero todavía afortunado por contar con Allegra, me enfrasqué en el *Don Juan* en pos de alivio, trasladando a mi héroe y a su deliciosa Haidee otra vez a las luminosas costas de Grecia, componiendo unas ciento diez estrofas antes de recibir una enfurecida carta del conde Guiccioli por Navidad, en la que me informaba de que su esposa se encontraba enferma sin esperanzas y, sin mi inmediata presencia, era de temer un

fatal desenlace. ¿Qué podía hacer yo sino volver a echarme a rodar en el carruaje napoleónico?

Hasta el mes de enero no nos sorprendió el marido haciéndolo. Ella se rió de él. Yo me sentí avergonzado. El escándalo adquirió proporciones gigantescas. Los sacerdotes y los cardenales iban y venían. Sin un mal parpadeo, Teresa fue prestando declaración tras declaración, en las que defendía su personal mal comportamiento conmigo a base de acusar al conde de perversiones sexuales. Los cardenales fueron escribiéndolo todo y trasladaron los documentos a Roma. Cuando los leyó el Papa, se pronunció por la conveniencia de la separación. Teresa debía regresar con su padre, el conde Gamba, mientras que a Guiccioli se le ordenaba que la dotara con una pensión de 1.200 coronas anuales. Teresa se trasladó a la casa de campo de los Gamba. La primera noche que me acosté con ella allí, le pregunté, por mera curiosidad, de qué clase eran los delitos que cometía su marido en la cama. Era impotente, me dijo ella, y no se corría ni aun acariciándole ella el miembro. Su único alivio sexual lo conseguía tirándole a ella bollos de crema mientras él mismo se meneaba el miembro. Yo pensé en el Papa y los cardenales meditando sobre este problema en el Vaticano, y estuve muy cerca de morirme de la risa nerviosa que me dio.

El *Don Juan* se publicó en Inglaterra. Murray me dijo que no se vendía bien y me envió un artículo de la *Blackwood's* donde el más delicado de mis hijos poéticos era calificado de «obsceno e impío». La desaprobación de Teresa me dolió de una forma más profunda, pero por entonces ella no entendía el inglés y tuvo que leer la traducción francesa. ¡No, no puedo permitirme a mí mismo tales duplicidades! Ella odiaba a don Juan y a eso se reducía todo. Es posible que exista algo así como la literatura masculina; quiero decir, un mundo compuesto por algunos libros que no pueden gustar a ninguna mujer. Para el lector que casualmente sea hombre, diré en defensa de Donny Johnny lo mismo que una vez le dije a mi amigo Douglas Kinnaird: «Confiesa, confiesa, perro, y sé honrado, que lo que importa es lo que hay de sublime en esa clase de escritos». Puede que sean obscenos, pero ¿acaso no están bien escritos? Puede que sean disolutos, pero ¿no es así la vida, no es así la cosa? ¿Podría haberlos escrito algún hombre que no hubiese vivido en el mundo? ¿Y que no hubiese jodido en una silla de postas? ¿En una góndola? ¿Contra una tapia? ¿O en un confidente? ¿O estando a la mesa? (¿O debajo de la mesa?) Pues bien, yo tengo previstas todas estas cosas para mi don Juan, pero hoy en día la mojigatería es hasta tal punto más poderosa que el coño, que bien pueden perderse para la desesperanzada posterioridad los beneficios de la experiencia de un hombre que ha sopesado a fondo el peso de ambas palabras.

Por entonces, el hermano de Teresa, Pietro, me propuso una alternativa a los versos, a saber: la política italiana. Fui admitido en la hermandad secreta de los Carbonari, inmediatamente a continuación del día de mi trigésimo tercer aniversario, a medianoche del cual recuerdo que me metí en la cama con el corazón abatido por haber vivido tanto tiempo y con tan poco provecho. Estaba aburrido. Estaba entristecido. El aburrimiento y la tristeza forman parte de mi carácter, y ahora que ya no me era posible evadirme mediante los desquiciados jolgorios del *Don Juan*, busqué elevar mi espíritu concentrándome cada vez más en la revolución. Pero la revolución fracasó, como fracasan las revoluciones, y yo me quedé con la casa atiborrada de armas y municiones.

Y en ese momento -el jueves primero de marzo de 1821- dije adiós a Allegra. Los soldados habían estado disparando en la calle a que daba la fachada de mi casa y había muertos en el jardín trasero. Decidí que sería una imprudencia mantener alojada a mi niñita en una casa que se había convertido en un arsenal. Siguiendo el consejo de Teresa, la envié a que la educaran en el convento de las capuchinas de San Giovanni, en Bagnacavallo. El colegio era nuevo (fundado en 1818) y costaba mucho (setenta *scudi* al año). Las monjas no eran diablos ni tampoco zopencos, ni eran crueles y rigoristas. Estaba convencido de que Allegra sería allí feliz y consideré que lo hacía por su bien. Las vitriólicas cartas con las protestas de Claire ni las tuve en cuenta. Yo sabía en mi conciencia que no había escatimado dolores de

cabeza ni dinero por dar una educación a mi hija hasta entonces y ningún mal podía haber en mi plan de formarla como romana católica, puesto que consideraba que esta religión era con toda seguridad la más antigua de las distintas ramas del cristianismo. En realidad, soy un gran admirador de la religión tangible. Me gustaba la idea de que Allegra tuviera algo en las manos. Es con mucha diferencia el culto más elegante, con la dudosa excepción de la mitología griega. Porque, en forma de incienso, de cuadros, de imágenes, altares, aras y reliquias, más la eucaristía, la confesión y la comunión, el catolicismo contiene algo que se puede tocar. Además, no deja ninguna posibilidad de duda; quienes ingieren a su deidad, real y verdaderamente, en la transubstanciación, es difícil que se topen con ninguna otra cosa que no les resulte digerible. Las objeciones de su madre eran, en esencia, que Allegra podría convertirse de mayor en una especie de condesa de Guiccioli. A mí no me parecía tan desastroso aquel sino.

Si la Clairmont chillaba, ¿no estaría Shelley detrás de sus protestas? Mi magnánimo amigo se presentó ahora en Ravena, aparentemente para entregarme una elegía que le había compuesto a Keats; en realidad para espiar el convento y dar información a Claire. *Nosotros* hablamos de Keats, cuya obra me gustaba muy poco, considerándola el onanismo en poesía, meaditos de niño llorón que no paraba de tocarse su propia imaginación. No obstante, confieso que la lectura del *Adonais* de Shelley me emocionó. Keats había muerto de una hemorragia arterial en Roma; destruido, dijo Shelley, por la brutalidad con que el mundo rechazaba su genio. Había muerto joven y pobre, incomprendido y desgraciado. Cuando se hubo ido Shelley, me senté y volví a leer el *Endymion*. Hablando con franqueza, seguí encontrándolo demasiado acaramelado. Pero tomé la decisión de que, en tratándose de poetas que mueren jóvenes, lo mejor es posponer el juicio; sobre todo si el difunto poeta en cuestión inspira un buen poema a un espíritu como el de Shelley. Resolví que no volvería a decir una palabra contra John Keats.

Volviendo a lo que importa, Shelley visitó a Allegra en el convento. Pese a su anticlericalismo, tuvo luego que admitir que la reverenda madre y las hermanitas no se dedicaban a corromper el alma de la niña ni su cuerpo ni su inteligencia. Lo que exactamente le dijo a Claire, no tengo forma de saberlo; pero a Teresa le dijo que aprobaba nuestras disposiciones.

Shelley se fue de Ravena la tercera semana de agosto y poco después opté por seguirlo, alquilando en Pisa una mansión llamada Casa Lanfranchi, donde instalé a Teresa y su familia, así como a mis bestias (es decir, cinco pavos reales, tres gallinas de Guinea, una grulla egipcia, varios monos y un cuervo). Mi nueva vivienda, sobre el río Lungarno, era amplia y magnífica, tal como necesitaba serlo, teniendo en cuenta todo lo que tenía a mi cargo.

En el viaje hacia Pisa fui a topar con tres fantasmas de mi pasado. En primer lugar, en el trayecto entre Imola y Bolonia, al hacer una parada para contemplar el paisaje desde un crucero, vi otro carruaje, que ascendía la montaña acercándoseme, y cuando llegó a mi altura y miré a la ventanilla, me encontré frente a un viejo rostro familiar. «¡Clare!», exclamé. Era mi antiguo condiscípulo del colegio y aquel encuentro casual anuló momentáneamente todos los años transcurridos entre hoy y los tiempos de Harrow. Fue una sensación que me resultaba nueva e inexplicable, como si algo saliera de su tumba. También Clare se puso muy excitado, incluso más, en apariencia, que yo, pues cuando le estreché la mano sentí latirle el pulso hasta en las yemas de los dedos; a no ser, claro está, que mis propios latidos me confundieran. No estuvimos juntos más que unos minutos y en medio de la vía pública, pero me cuesta recordar una sola hora de toda mi existencia que iguale en intensidad la vivencia de aquellos cinco minutos. Hablamos de naderías: de cómo habíamos cambiado y no habíamos cambiado. Luego nos separamos, siguiendo nuestros distintos caminos. Un encuentro trivial, y sin embargo todavía me estremezco al evocarlo, pues Clare era una especie de fantasma vuelto del pasado.

El segundo fantasma que vi constituyó una grave desilusión, pues allí, en Bolonia, Samuel Rogers se montó en mi carruaje y viajó conmigo hasta que llegamos a Florencia. Al cabo de horas de oír su maliciosa conversación, me pregunté qué había visto yo en los sosos versos de aquel hombre. Y es que resulta deprimente -y estúpido- lo que da de sí una inteligencia reseca que hace mucho tiempo que ha perdido el contacto con cualquier corazoncito mecánico que pueda haber rondado por sus proximidades. Sam Rogers es banquero e hijo de banquero. Ahora me resulta imposible pensar que alguna vez tuviera mucho de poeta. Y, sin embargo, fue esta anticuada máquina de calcular quien me presentó a Caro Lamb, como si dijéramos, dejando caer el golpetazo del *Childe Harold* en su caliente y promiscuo regazo... Por eso mismo, además, no tenía nada que agradecerle. Con algo de buena suerte, y un poco de cuidado por mi parte, nunca más tendré que volver a ver a mi segundo fantasma.

En cuanto al tercero, yo no la vi en ningún momento, pero sé que me vio ella. Yo había puesto como condición para trasladarme a Pisa que la Clairmont no formara parte del grupo. Shelley se opuso en un principio, pero yo me mantuve firme, así que él le dijo que se fuera. En algún punto del camino, pasado Empoli, mi carruaje se cruzó con la diligencia procedente de Pisa en la que iba la madre de Allegra hacia Florencia. Ella me vio, puesto que me escribió y me lo decía; yo no la vi a ella, por lo que he de dar gracias a los hados benévolos. Clare seguido de Claire, con el gordo Rogers en medio, mis fantasmas me resumieron una vida que había muerto para mí.

Pues mis motivos para trasladarme a Pisa no eran únicamente el conseguir un mejor alojamiento donde mantener en buenas condiciones la colección de animales, ni tampoco el poder conversar con Shelley a diario. Deseaba interrumpir la vida rutinaria en que había incurrido en Ravena. Quería hablar con gente nueva y hacer cosas nuevas. Con Teresa a mi lado, mantuve ahora la casa abierta de un modo al que casi ni siquiera había aspirado antes. Además de los Shelley y los Gamba, entre mis amigos se contaban Edward y Jane Williams, el primo de Shelley, Thomas Medwin, y un irlandés llamado John Taaffe, que se dedicaba a traducir a Dante sin saber demasiado italiano (ni, si hay que decirlo, demasiado inglés). Me gustaba. En enero, nuestro pequeño círculo se ensanchó algo más con la llegada de un individuo escandaloso, y en otros tiempos pirata, llamado Edward Trelawny, que medía un metro ochenta, tenía el pelo negro con rizos tupidos y cortos como los moros, unos expresivos ojos de color gris oscuro, la frente abultada y los labios prominentes, una especie de inglés medio árabe. Yo encargué a aquel ser que construyera barcos para Shelley y para mí, aunque luego de pensármelo dejó de gustarme. No obstante, todavía era posible convertir a Trelawny en un caballero, siempre que se lograra convencerlo de que se lavara las manos y dejara de contar mentiras.

Nuestro nido de pájaros cantores no iba a durar mucho. En febrero, Shelley tuvo una discusión conmigo, actuando él por su cuenta de abogado de Claire. La causa de nuestra pelea fue el asunto de la educación de Allegra. Sobre esto, creía yo, y sigo creyendo, haber tenido muy presente cuáles eran los intereses de la niña; pero debo confesar que también estaba más molesto de lo debido por cómo había *usado* la Clairmont a nuestra hija primero, y a Shelley después, para meterse con Teresa y conmigo. Todos sus ataques contra el convento y contra las mujeres educadas en conventos no me parecían ni más ni menos que otros tantos golpes contra Teresa, y sus embates contra la educación católica en general sólo servían para enojarme. Shelley apoyaba a Claire por razones personales, tal vez religiosas, tal vez amorosas. Yo le dije que se dedicara a sus versos.

Este mes comenzó con una inesperada carta de mi banquero. Se llama Ghigi y se ocupa de los tratos con el convento en mi nombre. En su carta me informaba de que la pobre Allegra esta enferma con unas fiebres. Yo no le di muchas vueltas al asunto. Todo el que vive en Venecia o en la Romagna padece tercianas de vez en cuando. Además, Ghigi se mostraba bastante claro en el sentido de que la enfermedad era leve. De todos modos, cuando volvió a

escribir, diciendo que Allegra había empeorado, envié correos directos a Ravena, exigiendo que las monjas llamaran a un médico especialista de Bolonia si era necesario. Si esto se hizo o no se hizo, aún no lo sé. Pero Ghigi me escribía a diario, siguiendo mis instrucciones. Me mantenía informado. Y al cabo llegó una carta, hace una semana: Allegra estaba mejor. Se había recuperado y había vuelto a ser ella. Estaba tan mimada, dulce y caprichosamente testaruda como siempre, haciendo sufrir a las monjas y pidiendo toda clase de delicias turcas...

Teresa entró en mi estudio antes de ayer. El hecho en sí me sobresaltó, puesto que muy rara vez me molesta cuando estoy escribiendo. Vi en su cara que pasaba algo espantoso.

-Byron -dijo-, hay una carta de Ghigi.

-Allegra -dije yo-, ¿está peor?

Teresa estalló en lágrimas. Entonces comprendí.

Me estoy ocupando de los trámites para enviar por barco a Inglaterra, donde será enterrado, el cadáver de mi hija. Me gustaría que la enterrasen en la iglesia de Harrow. Cerca de la puerta, a mano izquierda conforme se entra, hay un mausoleo con una lápida donde se leen estas palabras:

*Cuando la tristeza llora sobre las sagradas cenizas de la Virtud,  
nos hacemos dignos de las lágrimas y nuestra aflicción es justa:  
así fueron las lagrimas de ella, la que agradecida paga  
este último y triste tributo de amor y de alabanza.*

Recuerdo estos versos (aunque hace muchos años que no los veo), no porque tengan nada de especial en cuanto al sentimiento o la expresión, sino porque, desde mi sitio en la galería de la iglesia, cuando era alumno en Harrow, mantenía los ojos clavados en esa sepultura. Desearía que Allegra fuese enterrada tan cerca de ese lugar como sea posible y que se coloque en el muro una placa de mármol con estas palabras:

En memoria de  
ALLEGRA,  
hija de lord Byron,  
que murió en Bagnacavallo,  
Italia, el 20 de abril de 1822,  
a la edad de cinco años y tres meses.

Pero si el capillero tiene algún inconveniente en admitir el cadáver de una hija natural en el interior de la iglesia, que plante un rosal en el cementerio a la memoria de ella.

En cuanto a todo lo demás, hágase la voluntad de Dios. Y no se hable más del asunto.



## Capítulo XVIII

*Segundo Post Scriptum.*

*31 de agosto de 1822*

Una vez más, he roto los sellos de mi paquetito color púrpura. El canto a mí mismo ha concluido, pero ahora debo dar cuenta de otra muerte. Mi madre siempre juraba que la muerte viene de tres en tres, como las Parcas y las Furias. No cabe ninguna duda de que tenía razón. En cuyo caso, ¿quién es el tercero? Por el sudor que me gotea sobre la página donde estoy escribiendo estas palabras, ¿a quién puede caberle duda de quién será el tercero? En estos momentos, la muerte es para mí un país más seductor que Italia, que Grecia, que cualquier otro paraje sublunar, puesto que las pocas personas a quienes amo comienzan a trasladarse allí. No, no... Basta de histrionismo, si no te importa, lord Albé. Tú no te estás muriendo, por desgracia, bien que la desgracia no sea peor que cualquier otro día. Tienes un principio de fiebre, solamente eso, provocado por esa insensata necesidad de nadar, de bañarte a la luz de la luna y del sol hace dos semanas, en Viareggio, mientras el cadáver de Shelley todavía estaba ardiendo en la pira. Contemos la historia por orden. Tu estilo es empezar por el principio.

Esto comenzó, pues, a principios de este año, cuando puse al «pirata» Trelawny (de quien sospecho que no ha sido nunca nada peor que un marino normal y corriente, pero eso no importa), cuando puse a nuestro nuevo amigo Edward Trelawny a construir barcos, uno para Shelley y otro para mí. El mío es un yate al que he bautizado el *Bolívar*. El de Shelley era una embarcación sin cubierta, no mucho mayor que un bote auxiliar, que, a manera de cumplido para zanjar nuestras anteriores disputas, él bautizó el *Don Juan*. Mi amigo se sentía sumamente satisfecho de su velero; como un niño con un juguete nuevo, que suele decirse. Shelley siempre sintió una auténtica pasión por los barcos y la navegación, por el viento y el mar; mucho mayor que la mía. Recuerdo los últimos versos de su *Adonais*:

*El aliento cuya fuerza he invocado en mi canto  
desciende sobre mí; el grito de mi espíritu es arrastrado  
lejos de la costa, lejos de la temblorosa caterva  
cuyas velas nunca se entregaron a la tormenta...*

Bueno, pues uno de los primeros días del mes pasado -debió de ser el once de julio, inmediatamente después de llegar a Londres Leigh Hunt con su familia- oí a Trelawny gritar mi nombre a la vez que penetraba en el patio sobre un caballo blanco, como si fuera un ser salido del Apocalipsis. «¿Qué pasa?», le pregunté yo desde la ventana. Se trataba de Shelley. Shelley se había perdido en el mar. Trelawny había cabalgado desde Lerici para decírmelo. Tres días antes, dijo Trelawny, estaba él en las amuras de mi *Bolívar* y observó con malos presagios cómo Shelley y Williams levaban anclas y zarpaban en el *Don Juan* del puerto de Livorno. Tenían la intención de hacer la corta travesía de Livorno a Lerici, siguiendo la costa, pues allí se había instalado Shelley luego de su pelea conmigo. Deberían haber zarpado de Livorno al amanecer, dijo Trelawny, pero se levantó una tormenta que les hizo retrasarse, y en

realidad era mediodía cuando franquearon la barra del puerto y salieron a mar abierta. Trelawny, que se ocupaba de cuidar mi barco y más o menos vivía a bordo, me dijo que él había intentado acompañar al *Don Juan* a Lerici, debido a que el tiempo era inestable, y mi embarcación, de mayor tamaño y más marinera. La única razón de que no lo hiciera, dijo, fueron las autoridades portuarias. En el último minuto lo obligaron a permanecer en la rada de Livorno por haber surgido algunas dudas sobre si tenía en orden sus documentos. De manera que Trelawny tuvo que quedarse allí y ver cómo se hacía a la mar la pequeña embarcación de Shelley bajo un cielo encapotado; y, según él mismo dijo, de repente lo invadió una sensación tal de desastre y tragedia en ciernes que envió corriendo a un compinche a la torre del espigón a observar por el antejo de larga vista cómo se desenvolvía el velero en el mar. Cuando el compinche se reunió de nuevo con él, dijo Trelawny, le informó de que había visto, a unas diez millas de distancia, cómo las gaviotas del *Don Juan* se venían abajo al ser arrastrado el barco por una ventolera hasta el otro lado de la bahía de La Spezia. La atmósfera se había oscurecido con la lluvia y una espesa niebla hizo que la pequeña embarcación se perdiera de vista, y cuando de nuevo hubo visibilidad ya no se distinguía nada.

En las siguientes veinticuatro horas, Trelawny interrogó a todos los pescadores que atracaron y zarparon de Livorno. Ninguno había visto el *Don Juan*, ni tampoco el menor rastro de su existencia. Por eso, al segundo día, cabalgó hasta Lerici. Shelley no estaba allí. Mary, loca de dolor, andaba por la costa buscando alguna señal de él. No había encontrado nada, dijo Trelawny. El *Don Juan* había desaparecido. Y Shelley probablemente se habría ahogado, dijo. Habría muerto, dijo.

En el fondo de mi corazón estaba de acuerdo con Trelawny, pero mi entendimiento no quería reconocerlo.

-¿No es posible -le pregunté- que hayan sido arrastrados mar adentro?

-Sí que es posible -dijo Trelawny.

-En cuyo caso -dije yo-, podrían estar a salvo en Córcega, por lo que podemos saber.

Como bien sabíamos los dos, yo me estaba agarrando a un clavo ardiendo. Pero en aquellos momentos me resultaba absolutamente insoportable la mera suposición de que un corazón tan lleno de vida como el de Shelley hubiera dejado de latir para siempre.

-Vete derecho al *Bolívar* -ordené a Trelawny-. No dejes de buscarlos hasta que los encuentres.

La búsqueda duró cinco días. La mañana del 16 llegó la noticia de que el mar había arrojado a la costa dos cadáveres unos cinco o seis kilómetros más allá de Viareggio. Fui a caballo al día siguiente y solicité permiso para ver los cadáveres. Me señalaron unos montículos sobre la arena, entre las rocas, pues las autoridades sanitarias habían ordenado el inmediato enterramiento en cal viva, de acuerdo con la estúpida legislación local.

-Pero si no nos dejan verlos -dije a Trelawny-, ¿cómo vamos a estar seguros de que son ellos?

Trelawny no me miró a la cara al contestarme:

-Yo los he visto. El cuerpo de William estaba hinchado por el mar, pero todavía reconocible. En cuanto a Shelley..., los peces le habían comido la cara y el cadáver estaba en avanzado estado de descomposición, pero sé sin ninguna duda que era él.

-¿Por qué? -inquirí yo-. ¿Cómo puedes saber que era Shelley?

Trelawny me entregó un libro manchado de agua de mar.

-Porque llevaba esto en el bolsillo -me explicó.

Cogí el libro -lo que quedaba del libro, roto y podrido- y se me hizo pedazos entre los dedos, pero no antes de que me diese cuenta de que era un ejemplar de los *Poemas* de Keats de 1820, abierto de par en par por la página de «La víspera de Santa Inés», como si el lector lo hubiera doblado en mitad de la lectura para ocuparse de algo más urgente. Al oír esto, y

recordando la serenidad con que Shelley había afrontado la perspectiva de ahogarse la vez que se nos vino encima una tormenta estando juntos, lo único que me sorprendió fue la violencia cometida contra Keats.

*¡Hendidos están los cielos esféricos y la sólida tierra!  
Yo me veo a oscuras, con miedo y lejos;  
mientras, ardiendo en el más remoto velo del cielo,  
el alma de Adonais, como una estrella,  
alumbra desde allá donde los inmortales moran.*

Que mi amigo previera precisamente este final para sí en la última estrofa de su elegía a John Keats no era ni más ni menos que lo que yo hubiera esperado de él. No creo que se deba adobar con sentimentalismo la muerte más que la vida, y me niego tajantemente a blasfemar ahora contra su memoria poniéndome pío al hablar del ateo más categórico que haya conocido. Sin embargo, ha desaparecido un espíritu singular y un hombre que el mundo desconocía y sobre el que estaba brutalmente equivocado. Ahora yo le haré justicia, tal vez cuando no vaya a servirle de nada. Por mi parte, estoy orgulloso de que Shelley fuera amigo mío; y le estoy agradecido por haber sido tan buen amigo; y me alegro de que antes de su muerte hubiésemos solventado nuestras diferencias. Es un raro retorcimiento, pero creo que fue la muerte de Allegra la que volvió a unirnos. A diferencia de la madre de la niña, él no me sermoneó, echándome en cara que la hubiese descuidado, después de haberla perdido, sino que cuando vio mi dolor, mis remordimientos y mi culpabilidad en aquellos tristes días, Shelley fue un puro consuelo. Digo, pues, una vez más, que se trata sin ninguna duda del único poeta entre todos mis contemporáneos a quien reconozco como mi igual y mi hermano, y que Shelley fue, sin ninguna excepción, el mejor de los hombres y el menos egoísta de todos cuantos yo he conocido.

Desde luego, resultaba intolerable para cuantos lo habían amado que los restos mortales de Shelley reposaran en una tumba sin lápida perdida en una playa. Se iniciaron negociaciones con las autoridades para exhumar los cadáveres y volverlos a enterrar en el cementerio protestante de Roma, donde reposa el hijo de Shelley, William, así como John Keats. Se intercambiaron cartas durante cerca de un mes. Luego de haber sido rechazada mi primera solicitud por algún don nadie con cargo, finalmente obtuve el permiso para desenterrar al pobre Shelley y a Williams, e incinerar los dos cadáveres en la misma playa. A decir verdad, tuve la impresión de que aquel rito pagano coincidía bastante con lo que hubiera sido el gusto del propio Shelley, y Mary fue de la misma opinión y dio su consentimiento, de modo que no hicimos más apelaciones a funcionarios ni a sacerdotes. Yo dispuse que Mary Shelley y Jane Williams fueran escoltadas hasta aquí, a Pisa, donde puse a su disposición mi Casa Lanfranchi para todo el tiempo que quisieran quedarse. Luego, el 15 de este mes, fui en mi carruaje, con Trelawny y Hunt, a Viareggio, donde a la mañana siguiente llevamos a cabo nuestra tétrica tarea en aquella desolada costa.

Comenzamos por Williams. Una vez descubierto el cadáver, lo arrastramos por la playa con bicheros. Trelawny había construido una espaciosa caja de hierro, sostenida sobre cuatro patas, en cuyo interior se consumirían los cuerpos. Tuvimos nuestras dudas sobre si meter a Williams dentro no porque el cadáver fuese muy grande sino porque la carne se había deteriorado hasta convertirse en una masa viscosa e informe, más parecida a los restos de una oveja que a los de un ser humano, y se desmenuzaba al tocarla los bicheros y tuvimos que

recogerla a paladas después de haberse esparcido por la arena dorada y caliente. Por último, conseguimos reunir toda aquella materia espectral. Trelawny encendió una tea y la lanzó al interior del cajón. La pira ardió con llamas embravecidas y nosotros alimentamos el fuego echándole trapos encendidos empapados en aguardiente, al mismo tiempo que vino e incienso, este último con la intención de aliviar el espantoso hedor que despedía. El calor era tan intenso que el aire trepidaba. Yo permanecí de pie bastante cerca, observando cómo las llamas iban cambiando de color durante la cremación. Cuando el cadáver estuvo reducido a cenizas, el fuego se volvió plateado.

Supongo, con toda honradez, que era muy poca la diferencia entre el aspecto del cadáver de Shelley y lo que acabábamos de ver en el de Williams. No obstante, de alguna manera *parecía* estar peor, muchísimo peor, probablemente debido a que, al poner la vista en aquel magma de légamo pútrido, me sentí embargado por la más vívida remembranza del Shelley vivo, hablando, andando, despidiéndose con la mano, corriendo escaleras arriba a mi encuentro (siempre subía los escalones de dos en dos), por el recuerdo de los ojos de Shelley y de sus labios, y de su vigor en apariencia inagotable. Y sin embargo allí estaba, totalmente descompuesto, convertido en unas repulsivas migas en putrefacción. El olor era espantoso. Hunt se cubrió con un pañuelo. Yo me mareé de asco.

-Me gustaría conservar la calavera -le dije a Trelawny.

Él me hizo una mueca horripilante, pero se inclinó para complacerme. Sin embargo, al tratar de arrancar la cabeza de la espina dorsal, el cráneo se hizo pedazos. Yo me arrodillé y recogí algunos fragmentos de la arena, pero el olor era demasiado repugnante para mis narices y los fragmentos se me desmenuzaban entre los dedos, con lo que pronto desistí.

Me obligué no sólo a presenciar la cremación de Shelley sino a participar. Trelawny encendió la pira. Yo vertí el vino y el incienso, así como algunos saquitos de canela, que hicieron crepitar las llamas y transmutarse del rojo sangre al azul mar. Después de haber vomitado detrás de una roca, Hunt se mantuvo de pie, mirando. Trelawny se había desnudado hasta la cintura. El sudor le corría por el rostro (aunque a lo mejor eran lágrimas). Abrió los brazos y, en el instante en que era más fuerte el rugido del fuego, gritó:

-Devuelvo a la naturaleza, por mediación del fuego, los elementos de que estaba compuesto este hombre: tierra, aire y agua. Todo ha cambiado pero nada ha sido aniquilado. Y ahora él vuelve a formar parte de aquello a lo que siempre adoró.

-Amén -dijo Hunt.

Apreté los puños y me golpeé la cabeza de rabia. Aquello era el Shelley de que ellos hablaban, pero yo sabía que la inteligencia que finalmente se estaba consumiendo en la pira funeraria había sido, de lejos, mucho más sutil y mucho más matizada que semejantes fórmulas panteístas. Me pasó por la imaginación la idea de probar a pronunciar una plegaria que había aprendido mucho tiempo antes, de un monje armenio en la isla de San Lorenzo, una plegaria llamada la Oración de Jesús que algunos de ellos recitaban sin cesar: «Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, que soy un pecador». Sólo que, claro está, al ofrecerla por Shelley, tendría que decir «ten piedad de él» en lugar de «ten piedad de *mí*». Pero las palabras no me salieron, espero que no por otro motivo peor que por el hecho de que tenía la garganta reseca y obstruida por el humo, y sentía la lengua tan hinchada y espesa dentro de la boca que pensé que iba a ahogarme. Di satisfacción a mi momentáneo impulso hacia el cristianismo, pues, recitando mentalmente la hermosa oración a la Virgen que tan a menudo había oído rezar a Allegra: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...». Luego, las lágrimas me inundaron los ojos y no hubo manera de pararlas.

Entré en el mar, andando, a purgar mi pesadumbre. No obstante, más que eso, de lo que sentía necesidad era de una absolución. Me desprendí de la camisa y de los pantalones, y me lancé entre las olas tan desnudo como el día en que nací. Me han contado

que fui nadando hasta el *Bolívar*, que estaba fondeado tal vez a milla y media de la costa. En la travesía de regreso sufrí un calambre y me puse a vomitar. Las manchas de bilis que flotaban a mi alrededor se alejaron al seguir avanzando yo. Era muy a finales de la tarde cuando volví a salir del mar, cojo y con escalofríos, y me envolví en mi capa y regresé junto a los demás. El sol resplandecía, muy bajo ya, pero la pira funeraria aún humeaba. Cuando inspeccioné el contenido del cajón de hierro, vi que Shelley estaba casi reducido a cenizas; es decir, a excepción del corazón, que rojo y resplandeciente, era la única pavesa que aún ardía, resistiéndose a perecer e incluso a romperse.

A Trelawny le produjo una extraña desazón el hecho de que aquel órgano no ardiera. Lo ensartó en una estaca puntiaguda y lo sacó de la caja. Levantó el corazón a la altura de sus narices y lo olió, de modo que cualquiera hubiese podido tomarlo por un mono que recelara de algún alimento desconocido. Luego, se lo acercó a la oreja y lo sacudió ligeramente, como si se tratase de un reloj estropeado. Poco a poco, el corazón se fue ennegreciendo y marchitando, según veía yo, y fueron formándose arrugas, como aparecen los nervios en las hojas caídas. Pero el corazón no tenía aspecto de hoja; se parecía más a una gran ciruela podrida.

Me acerqué al carruaje a buscar mi frasco de licor y lo rocié con aguardiente. Pero el encogido corazón, aunque bullía, seguía negándose a arder. Al final, Trelawny volvió a pincharlo con la estaca y luego lo lanzó al mar. El corazón salió a la superficie, echando chorros de vapor, silbando y rezumando sangre. Yo lo recogí, lo metí en un jarro de vino y lo cargué en mi carruaje. (Más tarde, supe por un médico de aquí, de Pisa, que, en el caso de los ahogados y otras formas de muerte por asfixia, a menudo el corazón de la víctima se hincha de sangre, debido a lo cual resulta más difícil que lo consuma el fuego, sobre todo al aire libre.)

Trelawny recogió las cenizas de Shelley y las echó dentro de una urna. Colocamos la urna en el carruaje, junto a la jarra de vino. Nos lavamos las manos y la cara y regresamos en el coche a la ciudad, llegando a Viareggio en el preciso momento en que el sol comenzaba a hundirse en el mar. Luego, los tres nos fuimos a una taberna, donde cenamos bien. Trelawny y Hunt comieron cordero, en tanto que yo tomé pescado. Creo que entre los tres nos bebimos siete botellas de vino. Hablamos sobre los griegos y los turcos, sobre la elocuencia de la acción y la variedad de las palabras. Recuerdo que les dije que tenía el propósito de ir a Grecia a hacer de soldado. Trelawny dijo que moriría allí. Yo insistí en que los tres debíamos beber porque así fuera.

Era más de medianoche cuando volvimos a subir al carruaje. Hunt y Trelawny iban borrachos, pero yo había bebido hasta superar la borrachera y ahora estaba tan sobrio como si fuera de piedra. Mientras el carruaje serpenteaba por los bosques hacia Pisa, mis dos compañeros se fueron durmiendo, pero yo no me dormí. Llevaba aferrada entre las manos la jarra de barro que contenía el corazón de Shelley. Tenía las mejillas quemadas por el sol y sentía los huesos doloridos de nadar. Pensaba en el *Don Juan* y en Grecia, y pensaba también en mi madre. Recordaba cómo mi padre se había separado de ella y luego se había ido a Francia, a vivir con su hermana, y me pregunté si mi padre había amado a aquella hermana tanto como yo a la mía. Pensé en flecos escarlata y negros al estilo francés y en una corona por remate. Me acordé de la nieve. Decidí pagarle a Augusta los gastos del viaje, junto con los de su zángano marido, con tal de que se trasladara a Italia y viviese donde yo pudiera verla. Pensé en Allegra dentro de su ataúd forrado de plomo. Tomé la resolución de entregar el corazón de Shelley a Mary Shelley. Pensé en un millar de cosas, y luego procuré no pensar en nada. En el momento en que probé a no pensar en nada, me dieron ganas de orinar. Así que hice detenerse el coche, me apeé y meé larga y placenteramente en la oscuridad, desabotonándome y abotonándome con una sola mano, pues durante todo el tiempo sostuve el corazón en la otra. Mientras orinaba, con los ojos alzados al cielo, vi una estrella fugaz atravesar la noche y la observé desvanecerse. Para entonces estaba convencido de que la

tercera muerte sería la mía, y la idea no me disgustaba. Regresé al carruaje, dando un grito que despertó a Hunt y a Trelawny. Eché hacia atrás la cabeza y lancé mi aullido albanés. Esto divirtió a mis compañeros de viaje, que se sumaron, Hunt en tono alto y Trelawny con el bajo del lobo, a mi voz de tenor. Cantamos, nos reímos y dimos voces durante el resto del camino hasta mi casa.

FIN DE LAS MEMORIAS DE LORD BYRON

## EPÍLOGO

Lord Byron murió un año y nueve meses después que Shelley, y casi dos años justos después que Allegra, el lunes 19 de abril de 1824. Estaba en Missolonghi, en la costa septentrional del golfo de Patrás, donde había ido a luchar con los griegos en su guerra por librarse de la centenaria opresión turca. La causa de la muerte parece haber sido la uremia, complicada con fiebres reumáticas y los cuidados de cuatro médicos que tenían propensión a curarlo todo con sangrías. Después de hacerle la autopsia, el cadáver fue embalsamado, extrayéndosele los pulmones, que fueron colocados en una urna y depositados en la iglesia de Missolonghi, aunque más tarde los robaron. Los demás órganos internos de lord Byron, repartidos en cuatro frascos, se enviaron por barco a Inglaterra, junto con el resto del cadáver, y luego de ser expuestos en Londres y de un magnífico cortejo fúnebre en dirección norte que duró tres días, todos los restos fueron enterrados en el mausoleo familiar de Hucknall Torkard, en el condado de Nottingham, cerca de la abadía de Newstead, el viernes 16 de julio.

Dos meses antes del funeral, el lunes 17 de mayo, una comisión compuesta por John Cam Hobhouse, Thomas Moore, John Murray y representantes de la esposa del poeta, lady Byron, y de su hermanastra, la honorable Augusta Leigh, rompió todas las páginas de los dos únicos ejemplares conocidos del manuscrito de sus *Memorias* y quemó los pedazos en la chimenea de las oficinas del editor en Albermarle Street. De todos los presentes, sólo Moore se opuso, y tal vez más por razones económicas que de otro tipo (había vendido el ejemplar depositado a su cuidado a Murray y temía que se le exigiera devolver el dinero). Hobhouse, que fue el albacea de Byron, escribió en su diario íntimo en el momento de la quema: «Las *Memorias* enteras sólo eran adecuadas para un burdel y hubieran condenado a lord B. a la perpetua infamia, de haberse publicado».

## ÍNDICE

- I Pierdo parte de mi virginidad4
- II Pierdo otro poco más de mi virginidad...7
- III Heredo una gran cantidad de tocones....13
- IV Me enamoro tres veces y pierdo el resto de mi virginidad.....18
- V Comienzo el abominable comercio de los versos.23
- VI Me voy a Cambridge, donde tengo un oso28
- VII Mi perro coge la rabia y muere mientras yo ocupo mi escaño en la Cámara de los Lores.....35
- VIII Emprendo mi primer peregrinaje, cruzo a nado el Helesponto y salvo a una muchacha metida dentro de un saco 39
- IX Muere mi madre; una mañana me despierto y me encuentro con que soy famoso.....45
- X En el que un león literario yace con una cordera lunática.....50
- XI En el que un poeta con talento se casa con una princesa de los paralelogramos...55
- XII Nueve meses de arrobamiento hogareño en Piccadilly Terrace, 13.....62
- XIII (XXX).66
- XIV Me voy al exilio y conozco a Shelley...75
- XV Voy a Roma y presencio una ejecución79
- XVI Me traslado al Palazzo Mocenigo y escribo este libro...83
- XVII Post Scriptum. 22 de abril de 1822.....86
- XVIII Segundo Post Scriptum. 31 de agosto de 1822....92
- EPÍLOGO97